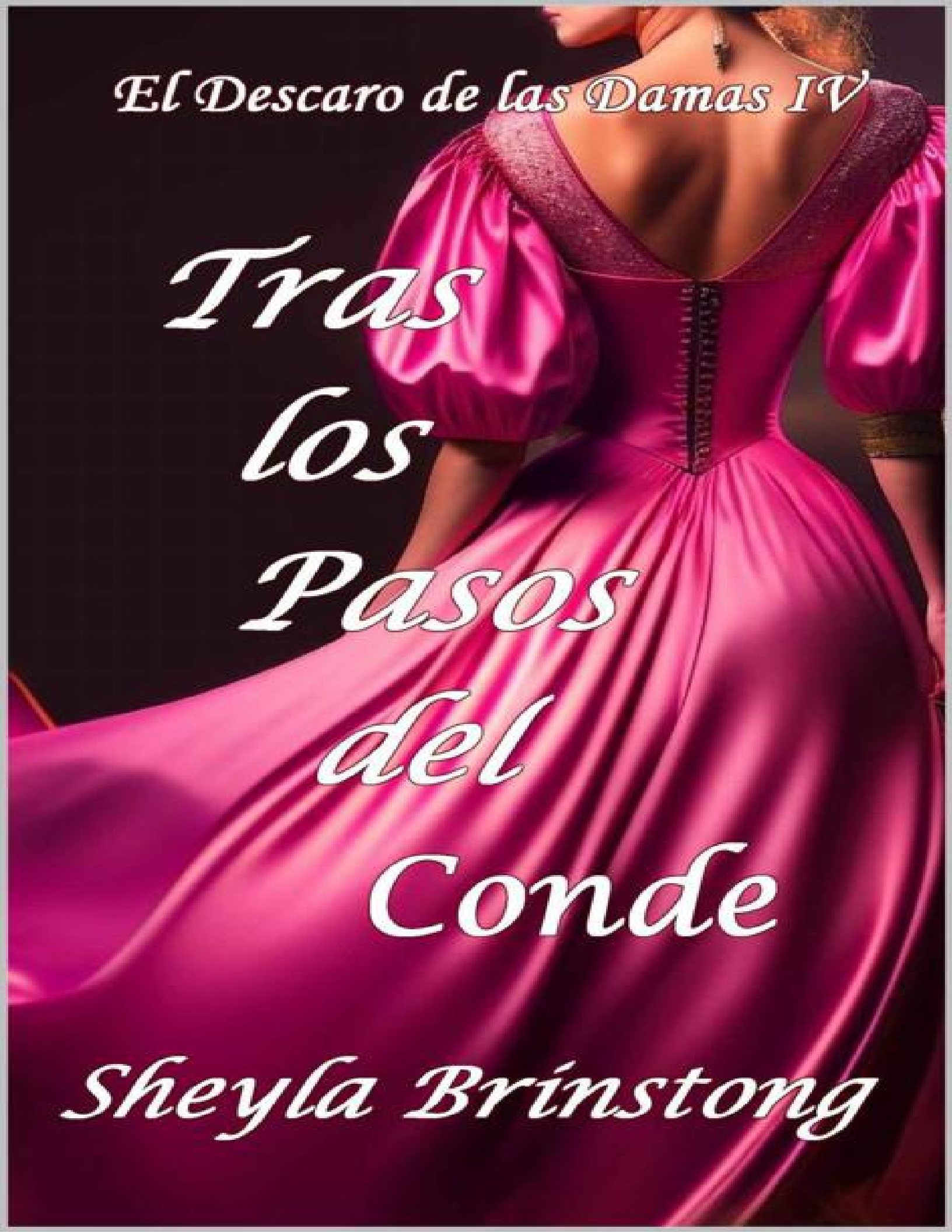


A woman is shown from the back, wearing a vibrant pink, long-sleeved gown with a deep V-neckline and a full, flowing skirt. The dress has a subtle shimmer and a vertical seam down the back. She is also wearing a gold bracelet on her left wrist and a necklace. The background is dark, making the pink dress stand out.

El Descaro de las Damas IV

*Tras
los
Pasos
del
Conde*

Sheyla Brínstong

Series: El Descaro de las Damas IV
Tras los Pasos del Conde
Sheyla Brinstong
All rights reserved ISBN: 9798857758465
Kindle Direct Publishing
Ediciones Kasai 2023

Sheyla Brinstong

Tras los Pasos del Conde

El Descaro de las Damas IV

Argumento:

Una Dama Enmascarada.

Considerada casi una solterona, despreciada por el que supuestamente sería su esposo, Lady Rebecca decide tomar las riendas de su vida y perseguir lo que siempre ha deseado.

Un amante que no es quien dice ser.

Tras perder a su hermana por un error de juventud, Lord Halford, se ve obligado a abandonar Londres y esconderse en la campiña, bajo una falsa identidad.

Una convivencia que ninguno de los dos desea.

CAPÍTULO 1

Después de todo lo ocurrido en los últimos meses, Lady Rebecca Penton necesitaba un cambio, por lo que recibir la oferta de sus amigos, los Marqueses de Kendall para hacerse cargo de la inspección de una antigua biblioteca en la campiña, era exactamente lo que necesitaba, pensó mientras acariciaba la cabeza de su fiel Nusa, distraída.

En tan solo unas semanas había perdido a su padre y había descubierto que el hombre del que estaba secretamente enamorada, desde su infancia, nunca la había considerado más que una amiga, incluso era probable que ni eso, si no más bien una obligación impuesta por su antiguo tutor y vecino a quien admiraba.

La hervía la sangre solo de recordar lo tonta que había sido, durante todos esos años, por creer que él compartía sus sentimientos.

— Ufff — bufo, enfurruñada consigo misma.

Nusa levanto la cabeza para mirarla preocupada al oír su gruñido en el silencio reinante del interior de su carruaje, solo roto por el traqueteo de las ruedas sobre el camino empedrado.

Lo único bueno que la había pasado ese año era conocer a sus nuevos amigos y embarcarse en aquella loca aventura de reconstruir la biblioteca perdida de John Dee.

La verdad era que ella prefería pasar su tiempo pintando que perdida entre las páginas de un libro y que se había unido a ellos por su padre, un gran amante del conocimiento que los libros aportan a sus lectores, pero no se arrepentía en absoluto de haberlo hecho.

Se había contagiado del entusiasmo que los demás sentían y lo estaba disfrutando.

Y ese era el motivo por el cual se encontraba embarcada en ese viaje a Kentford en el condado de Suffolk con su adorada Nusa.

Nusa se removió a sus pies para acomodarse mejor, Becca la miro con cariño, pronto anochecería y pararían en alguna posada adecuada para pasar la noche y entonces podría pasear un rato con ella para compensarla.

Al día siguiente, si todo iba bien, llegaría a su destino.

Al poco tiempo el carruaje disminuyo la velocidad y entro en el patio de la posada.

Becca se inclino y observo por la ventana su estructura, a simple vista nada la distinguía de cualquier otra posada del camino, pero Becca sabía que en su interior sería distinta a cualquier otra que hubiera conocido.

La había elegido cuidadosamente, a dos horas de su destino, estaba lo suficientemente

cerca para poder visitarla con asiduidad, mientras fuera necesario, pero a la vez lo bastante lejos para no ser reconocida entre sus comensales.

No haber frecuentado los salones de baile en Londres y apenas conocer un puñado de sus pares, la ayudaría a mantener el anonimato.

El coche se detuvo por completo y uno de los lacayos que la acompañaban la ayudo a descender, tras Nusa, quien se lanzo al exterior nada más abrirse la portezuela.

Había prescindido de su doncella y de cualquier otra dama de compañía, las cuales serían un estorbo para sus planes.

Tomo la correa de Nusa y se dirigió hacia campo abierto para que se desfagara, antes de dejarla al cuidado de sus fieles criados.

Esa noche dormiría en los aposentos sobre los establos con ellos.

Tras una hora correteando de aquí para allá, comenzó a dar muestras de cansancio, por lo que Becca decidió volver sobre sus pasos, era hora de poner en marcha su plan.

— Ya está todo listo, milady — la dijo Alfred, uno de sus lacayos, quien la estaba esperando junto a la puerta.

Becca le tendió la correa y se despidió de su adorada Nusa hasta el día siguiente.

— Gracias, Alfred, que tengáis una buena noche.

— Igualmente, milady.

Becca vio como daba media vuelta y se marchaba hacia la parte trasera del edificio, antes de cruzar el umbral y subir a sus aposentos a prepararse para la velada tras una ligera cena fría que tomaría arriba.

Estaba nerviosa, pensó, mientras esperaba a que la sirvieran la pinta que había pedido.

Observo al resto de comensales, tal y como la habían informado, esa posada era frecuentada por grupos de caballeros que se dirigían a Newmarket en busca de diversión durante la temporada de las carreras de caballos.

Libertinos que no se negaban el placer de yacer con una buena moza por el camino, pero que huían de cualquier dama joven que pudiera atraparlos en matrimonio.

Por lo que algunas damas, viudas o insatisfechas con sus maridos, también la frecuentaban en busca de su propio placer, amparadas en el anonimato, ocultas tras una gran máscara.

Becca había seguido todas las pautas que Helena, la cortesana que había mantenido su padre hasta hace unos años, cuando su enfermedad, le aparto de su cama, la había enseñado.

Helena era la única que conocía su plan y solo gracias a su ayuda se había atrevido a intentar llevarlo a cabo.

— ¿Buscas compañía, princesa? — balbuceo el desconocido tomando asiento junto a ella — pues ya la has encontrado — afirmo, lanzando un gran silbido para llamar la atención del camarero.

— Whisky, del mejor que tengas, paga, está elegante, putita.

Becca salto en su asiento, sobresaltada al oírle, buscaba un hombre lo suficientemente

borracho para que a la mañana siguiente no se acordara de ella, ni de lo que había ocurrido, pero definitivamente este no era ese hombre.

“Recuerda, tú eres quien decide, con quien sí y con quien no, si algún hombre no te agrada, no estás obligada a irte con él”, la había recalcado Helena en diversas ocasiones.

La puerta se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire, Becca arrugo la nariz ante el olor tan desagradable que le llegó de su compañero de mesa, por su falta de aseo.

— Lléveselas o sívalas en otra mesa — le ordeno al posadero que había llegado con las bebidas — el caballero ya se marchaba.

El posadero la miro y con una ligera inclinación de cabeza regreso a sus quehaceres tras la barra.

— Por supuesto, buscaremos un lugar donde podamos estar solos — dijo levantándose torpemente — estás muy necesitada, no te preocupes, yo me ocuparé de ti, putita.

— No iré con usted a ninguna parte — le dijo indignada sin levantar la voz, a pesar de su enfado no se olvido del acento francés que había estado ensayado junto con Helena — haga el favor de abandonar mi mesa inmediatamente.

— ¿Y si no qué? — se rio en su cara, sin ninguna intención de soltar su presa.

— Me veré en la necesidad de pedirle al posadero que le obligue a salir del salón — le contesto manteniendo la compostura a pesar del miedo que la atenazaba por dentro.

Sus palabras solo consiguieron que sus risotadas aumentaran y rebotaran atronadoras en las paredes de piedra de la taberna.

— Ya ha oído a la señorita, márchese o yo mismo le acompañaré hasta la puerta — le dijo el desconocido que había aparecido a su espalda, tocándole el hombro para llamar su atención.

Gibson había estado observando la escena desde la barra, mientras vaciaba la botella de whisky que había pedido.

La dama había llamado su atención desde que entro en el salón, pero ese petimetre se le había adelantado, sentándose a su mesa.

Ahora ella había dejado bien claro que no la agradaba su compañía, no desperdiciaría la oportunidad de ser él, quien compartiera su cama esa noche.

— Tranquilo, tampoco hace falta ponerse violento — exclamo el desconocido, reconociendo, por fin, que había sido despechado.

Se estiro todo lo largo que era, colocándose sus ropas lentamente, antes de girarse y volver con sus compañeros de correrías.

— ¿Me permite que la acompañe? — la preguntó su salvador.

Becca se tomo unos segundos antes de contestar, para observarle de pies a cabeza, era un hombre bien parecido, por sus ropas pudo adivinar que debía de ganarse el pan con el sudor de su frente, un abogado o administrador de alguna finca cercana, especuló en su mente.

Su nariz, típica, aristocrática y la seguridad que exudaban sus palabras y movimientos, la dijo que pertenecía a la nobleza, un tercer o cuarto hijo.

Sus ojos rasgados la observaban a su vez, mientras esperaba pacientemente su respuesta.

Era un hombre viril, Becca sintió que podía confiar en él, de manera instintiva, justo lo que estaba buscando.

Había llegado hasta ahí, se felicitó a sí misma, no creyéndose capaz de hacerlo, después de todo, por qué no seguir adelante, la cuestiono su mente.

Gibson vio las dudas que atravesaban su mente, reflejadas en sus hermosos ojos color miel, y espero pacientemente su aprobación.

Tal y como había supuesto, esa mujer no estaba habituada a frecuentar ese tipo de antros, dudaba incluso que hubiera hecho algo así antes.

Él conocía las reglas, una noche de placer y un adiós por la mañana, sin ningún compromiso por ninguna de las partes, se pregunto si ella también las conocería.

— Por favor — le dijo señalándole la silla que antes había ocupado el desagradable desconocido.

— Gracias — contesto aceptando su invitación y colocando sobre la mesa el vaso que portaba.

Casi al instante el posadero apareció tras él, portando una botella de whisky y un vaso limpio para ella, que dejo sobre la mesa, antes de desaparecer de nuevo, en completo silencio.

— Es más fácil si ambos nos desinhibimos con una buena dosis de alcohol de las normas sociales — se atrevió a aconsejarla invitándola a beber.

— Eso me han asegurado.

Esas simples palabras confirmaron a Gibson su teoría de que era la primera vez, sería interesante ver hasta donde estaba dispuesta a llegar. Lo que hizo que su instinto de cazador despertara junto con su libido, a esa mujer no solo la tendría que seducir, sino también conquistar, si deseaba ser invitado a su cama, lo cual era todo un reto y a él le encantaban los retos.

Becca tomo su vaso y le dio un sorbo con cuidado, de no quemarse la garganta con la bebida.

Helena la había hecho practicar con ella, asegurándola que era la bebida preferida de los caballeros, cuando salían a divertirse.

— Se dirige usted a las carreras de Newmarket — le pregunto, empezando así una conversación.

— Me temo que mis obligaciones no me permiten disfrutar de semejante placer.

— Una pena, me han dicho que este año están especialmente competitivas.

— ¿Es allí donde usted se dirige? — la pregunto a su vez, curioso por su destino.

— Oh, no, me temo que yo también tengo obligaciones que cumplir por la zona — se la escapo una risita tonta, producto de la embriaguez en la que se encontraba.

Se sentía mucho más relajada y a gusto en compañía de ese extraño, si bebía un poco más, nada la detendría, pensó tomando el vaso y llevandoselo de nuevo a los labios.

Gibson se había dado cuenta de su embriaguez, él mismo ya se encontraba lo

suficientemente borracho, por lo que abstuvo de imitarla.

— Cuidado, princesa, no queremos que el alcohol nos impida disfrutar del resto de la noche.

— Tiene usted toda la razón, de nuevo — le contesto dándose cuenta de ello — ¿cómo debería llamarle? — le pregunto — llamarle señor todo el tiempo, me resulta incómodo, dada la naturaleza de nuestro propósito.

Gibson sopeso su petición antes de responderla.

— Michael — la contesto, sorprendiéndose a sí mismo por haberla dicho su nombre verdadero, gracias a dios casi nadie lo conocía, aparte de su hermana, dudaba de que alguno de sus conocidos, los cuales pudieran haberlo oído antes, se acordara de ello.

— Michael — repitió despacio saboreando cada sílaba al pronunciarlo — me gusta, se adapta perfectamente a su personalidad.

Michael rio de buena gana al escucharla.

— No sabe qué tipo de hombre soy, como para afirmar tal cosa — la recordó — somos dos completos desconocidos que se han encontrado al amparo de la noche.

— Tiene usted toda la razón — reconoció sonrojándose, estaba empezando a olvidar todo lo que Helena la había enseñado, sobre no mantener ningún contacto emocional con el hombre elegido, tan solo era un intercambio de placer físico.

— ¿Y como debería dirigirme a usted? — la pregunto a su vez.

— Princesa, está bien — le contesto sin pensar.

Había preparado una lista bastante extensa de nombres para utilizar en sus encuentros, tal y como Helena la había aconsejado, “nunca uses el mismo nombre, para que no puedan relacionarte de ningún modo y jamás les digas tu nombre verdadero, eso creará un vínculo entre vosotros, que no es lo que deseamos”.

Definitivamente, lo estaba haciendo todo mal, se regañó a sí misma, tenía que centrarse o terminaría mal parada, estaba allí con un objetivo y ese hombre solo era un peón en su particular partida de ajedrez, no debía olvidarlo.

— Está segura de entender que lo que ocurra esta noche entre nosotros, no nos compromete a nada a ninguno de los dos y por la mañana cada uno seguirá su camino sin arrepentimiento ni mirar atrás — la pregunto dudoso, quería estar seguro de ello.

Becca lo miro a los ojos, al oírle poner en palabras sus propios pensamientos y temores.

— Sí, lo sé y es exactamente lo que he venido a buscar.

— Entonces, si es así, es hora de que subamos, ¿no cree?

— Por supuesto.

Apuro de un trago lo que la quedaba en su vaso, para calmar los nervios que la atenazaban y se levanto decidida.

Había llegado el momento de dar el siguiente paso, esperaba haber elegido bien y que él fuera considerado con ella.

Michael la imito en silencio y juntos fueron hacia las escaleras, rumbo a sus aposentos.

CAPÍTULO 2

Entraron en su dormitorio y camino hacia el centro de la habitación, antes de volverse hacia él.

Helena la había dicho que diera ella el primer paso, con el fin de que los nervios no la dominaran y saliera corriendo de allí arrepentida.

Aun así, se quedo allí plantada, observándole en silencio, mientras se desabrochaba la chaqueta y el chaleco, colgándolos en el respaldo de la silla frente a la chimenea.

Después le vio caminar hacia la cama, sentarse en el borde, con la intención de deshacerse de sus botas, adivino ella.

Tomo una larga respiración y camino hacia él, situándose entre sus piernas.

Michael levantó la cabeza, para poder mirarla a los ojos, le había sorprendido su atrevimiento, no lo esperaba, quizás se había confundido al pensar que esto era nuevo para ella.

Sintió sus manos alrededor de su cuello, desatándole el nudo de su corbata con maestría y desabrochándole la camisa hasta medio pecho, pero sin llegar a quitársela.

Michael la rodeo la cintura con el brazo, acercándola a él con suavidad, antes de adueñarse de su boca con un profundo beso.

Noto como se sorprendió por el asalto de su lengua en el interior de su boca y vacilo unos segundos antes de comenzar a besarle de vuelta, tentativa, torpe e inocente al tratar de imitar sus movimientos y caricias, esa mujer lo estaba volviendo loco.

Sin soltarla se dejo caer hacia atrás sobre el colchón, hasta tenerla tumbada sobre su cuerpo.

Becca sintió como si fuera a caer hacia delante y rompió sorprendida el beso, apoyo las palmas de las manos a ambos lados del colchón, para poder levantar la cabeza y mirarle a la cara.

La estaba sonriendo, sus ojos azules como el cielo, se habían nublado como las tardes de tormentas, pensó fijándose en ellos, pero en lugar de sentirlos amenazantes, estaban cargados de promesas ocultas, si se atrevía a despejarlos.

La sonrisa traviesa de sus labios, carnosos, la invitaban a besarlos de nuevo, donde la llevaría a otro mundo al fundirse con ellos. Inclino de nuevo la cabeza, rindiéndose a ellos por completo.

Michael había esperado pacientemente, dándole la oportunidad de retirarse, si así lo deseaba, por muy excitado que estuviera, nunca había forzado a una mujer.

Ardería en el infierno si ella decidía irse en ese momento, pero no pensaba imponerla sus atenciones, bajo ningún concepto, ya había caído lo suficientemente bajo en su vida, como para llegar a eso.

Ella debía venir libremente a él o marcharse si así lo deseaba, él no la detendría ni coaccionaría para calmar su deseo.

Se pecho se inflamó al sentir de nuevo sus labios sobre los suyos, esta vez con mayor seguridad y determinación.

Hizo rodar sus cuerpos, para quedar sobre ella sin dejar de explorar su boca a conciencia, haciendo que se le escapasen pequeños suspiros de placer entre los labios.

La oportunidad de retirarse sin que pasase nada más entre ellos, había pasado, comprendió Becca al sentir la dureza de su deseo sobre su bajo vientre, esta vez continuarían hasta que toda la pasión que encerraban en sus cuerpos fuera liberada y ambos quedaran satisfechos.

Becca despertó horas después aprisionada por el brazo de su compañero de cama que la mantenía atrapada junto a su cuerpo.

Se deslizo despacio fuera de la cama para no despertarle, era hora de marcharse y continuar con su vida.

Con cuidado recogió sus ropas y se vistió en silencio, se volvió una vez más a mirarle dormir placenteramente sobre el lecho, con una tenue sonrisa sobre los labios, ya analizaría más tarde lo sucedido aquella noche, en esa taberna, con aquel desconocido, pensó, pero si de algo estaba segura es que no se arrepentiría de ello.

Cerro la puerta a sus espaldas y camino por el pasillo hacia sus aposentos, tenía que cambiarse, pronto amanecería y debía continuar con su viaje.

Sí, se daba prisa, incluso podría pasear con Nusa antes de volverla a encerrar en el carruaje.

Aunque el trayecto era corto, en esta ocasión estaba deseando llegar a Kentford para ver a sus amigos, pero antes pararían en la siguiente posada para tomar un abundante desayuno, tal y como la estaba pidiendo ansiosamente su estómago desde que se había despertado.

Tal y como había previsto, era casi la hora del almuerzo, cuando su carruaje se detuvo ante la escalinata de piedra de la mansión de los Kendall en Kentford.

Chloe llevaba horas esperándola, por lo que salió inmediatamente a recibirla.

Se echó a un lado para dejar salir a Nusa, la pobre parecía tan aliviada de poder escapar de su prisión que la hizo reír.

— Por favor, llévela a dar un largo paseo por el bosque — le pidió a uno de los mozos de cuadra que se habían acercado para hacerse cargo de los caballos y el carruaje.

— Sí, milady — se apresuro a tomar la correa que le tendían.

— Por favor, no la suelte de la correa o se perderá — le avisó Becca viendo como se alejaban por el sendero.

— Tranquila, James cuidará de ella — trató Chloe de calmarla.

— Seguro, pero es que es demasiado traviesa y la gusta mucho corretear por el campo.

— Pobrecilla, supongo que no habrá podido hacerlo a menudo viviendo en la ciudad.

— La verdad es que no — señaló Becca con tristeza — Hyde Park y el Serpentin es lo más parecido que conoce al campo abierto.

— Pues entonces va a disfrutar mucho con tu estancia en Kentford — observo Chloe, viendo como se perdían entre los árboles cercanos.

— Me atrevería a decir que más que yo buscando los libros de John Dee.

Ambas rieron, Chloe se colgó de su brazo y la guio hacia la casa.

— Te he preparado una habitación para que te puedas asear antes del almuerzo — la informo entrando en el vestíbulo — Rosemary te acompañara.

— Gracias, no tardaré — la prometió a su anfitriona, siguiendo a la doncella al piso superior.

— No hay prisa, tomate todo el tiempo que necesites — la aseguro Chloe desde abajo, antes de regresar a la salita verde a esperar su regreso.

Estaba muy emocionada con la llegada de su amiga, la había parecido que estaba mejor de lo que ella se esperaba, cansada y un poco abatida, pero después de todo lo que había pasado era algo normal que se encontrara así.

Había estado muy preocupada por ella, en estas tres semanas que llevaban separadas, había querido viajar a Londres para acompañarla a la boda de Lord Morrison con Lady Evelyn la semana anterior, pero Alex estaba muy comprometido con la búsqueda de la desaparecida biblioteca de John Dee.

Concertando entrevistas con la nobleza y terratenientes de la zona que permitieran la inspección de las mismas y supervisando a los trabajadores que se ocupaban de ello.

Por lo que había sido del todo impensable que se ausentara en esos momentos, aunque fuera brevemente.

Incluso ella misma, se había sumergido completamente en la búsqueda, encargándose de la revisión de todos los libros de la casa principal y la casa de la viuda, la cual era también bastante suntuosa, los Kendall parecían haber sido grandes lectores, aunque por lo que Alex le había contado de su padre y su forma de vida, lo dudaba.

Más bien era otro noble más que acumulaba los ejemplares, por el prestigio que le otorgaba parecer ser un hombre más culto de lo que en realidad fue.

Oyó pasos por el corredor que se acercaban y se volvió hacia la puerta, instantes después Becca aparecía bajo el umbral, acompañada de su mayordomo.

— Por favor, dígame a la señora Simón, que ya puede servir el almuerzo, en el comedor pequeño — le pidió a su mayordomo antes de que se retirara.

— Por supuesto, milady.

Chloe fue hacia Becca y entrelazo su brazo con el suyo.

— Tienes mucho que contarme — la dijo guiándola de nuevo por el corredor hacia el comedor.

— No menos que tú — la sonrió con cariño — has estado muy ocupada estas últimas semanas.

Chloe se quedó pensativa por un momento antes de responderla, rememorando todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo y como su vida había cambiado por completo.

— Sí, tenemos mucho de que hablar.

Y ambas rieron, contentas de estar juntas de nuevo.

Becca miró alrededor.

— Lord Kendall, no nos acompaña — se volvió para preguntar a su anfitriona, extrañada de no verle en el comedor.

— Me temo que está muy ocupado con sus reuniones — le excuso — ni siquiera recuerdo con quién me ha dicho que comería hoy, ni donde.

— Ya veo.

— Me ha pedido que le disculpes, se pasará en cuanto pueda para saludarte por casa de Sir Arthur — la explico — ambos lo haremos, te lo prometo.

— Al menos confía en mí lo suficiente como para no darme instrucciones de lo que espera de mi trabajo y como debería hacerlo.

— Espera y verás, dudo que pueda resistirse a ello — sonrió al pensarlo.

— ¿De verdad?, Lord Kendall no me ha parecido uno de esos caballeros que creen que las mujeres son incapaces de pensar por sí mismas y hay que guiarlas en todo — la dijo Becca un poco confundida, y si se había equivocado con él, igual que con Morrison.

— No, no es eso, Alex respeta y admira a las mujeres y su intelecto — la aclaró Chloe — pero no deja de ser un hombre, por lo que, de una manera u otra, terminará opinando sobre tu trabajo — la explico — igual que hace con el mío.

— Hombres y su imponente ego.

Ambas sonrieron con complicidad la una en la otra, no hacía falta decir nada más al respecto.

Justo en ese momento entró la señora Simón con la comida, una vez la dispusieron sobre la mesa salieron del comedor, volviendo a quedarse solas.

Había sido un almuerzo agradable, pensó Becca horas después en el silencio del carruaje, y muy largo, poniéndose al día de todas las novedades.

Después volvieron a la salita verde, donde Nusa ya las esperaba tumbada sobre la alfombra junto al fuego.

Disfrutaron de una taza de té, reacias a despedirse, pero Becca quería llegar al pabellón de caza de Sir Arthur, donde se hospedaría mientras estuviera en Kentford, antes de que anoheciera.

Chloe estuvo de acuerdo con ella, los caminos podían ser muy peligrosos una vez que la noche los envolvía y más para una joven dama que viajaba sola.

Quedaron en verse el domingo en la parroquia del pueblo e ir a almorzar a la posada tras los oficios.

Estaba deseando volver a ver a su amiga, esperaba haber podido encontrar algo interesante en la biblioteca de Sir Arthur para entonces.

Chloe la había comentado que en realidad Sir Arthur disponía de dos bibliotecas para catalogar, una en la casa principal y otra en el pabellón de caza.

Según la había dicho Lord Kendall a su esposa, ambas eran bastante voluminosas, por lo que Becca decidió empezar por el pabellón y así evitar viajar de un lugar a otro, durante la temporada de lluvias. Y de paso habituarse a vivir en la campiña sin tener a Sir Arthur como testigo.

Acababa de tomar esa decisión, cuando noto que el carruaje aminoraba la marcha, se volvió a mirar por la ventanilla. Para ver una pequeña casa de ladrillo de dos pisos, muy agradable a la vista.

Ese sería su nuevo hogar durante los próximos meses, sonrió satisfecha y al mismo tiempo expectante, ante lo que esta aventura la depararía.

Sí, eso es lo que necesitaba, un nuevo reto para sentirse viva de nuevo, se dijo convencida y dispuesta a disfrutar de cada momento.

Tomo la correa de Nusa que había dejado en el asiento y la prendió en el collar, antes de que saliera disparada en cuanto el carruaje se detuviera y abrieran la portezuela, tal y como pensaba que haría en cuanto tuviera oportunidad y no se equivocó.

El carruaje era demasiado pequeño para ella, apenas podía moverse, tendida en su interior, aun así parecía resignada con su sufrimiento y no había dado problemas en todo el viaje desde Londres.

Por lo que Becca la compensaba con una buena caminata cada vez que se detenían.

CAPÍTULO 3

Lord Michael Gibson, Conde de Halfted, regresaba de los establos cuando vio al carruaje aminorar la marcha para girar y tomar el camino de entrada al pabellón de caza donde se hospedaba.

Gruño para sus adentros, no esperaba visitantes, ni tampoco los deseaba, llegó junto al carruaje justo cuando la portezuela se abría y un enorme perro emergía de su interior, seguido de una dama que lo sujetaba firmemente de la correa.

— Llévela a pasear, la pobre lleva dos días metida en el carruaje y necesita hacer ejercicio — le pidió al mozo que se había acercado a recibirla — pero no la suelte de la correa, por favor, la gusta alejarse corriendo y no conoce el lugar.

Halfted miro la correa que le tendía consternado, sin saber muy bien que hacer.

— ¿A qué está esperando? — le pregunto poniéndole la correa en sus manos — sujétela fuerte o se le escapará.

Halfted cerro los puños con fuerza al notar el fuerte tirón que el enorme animal dio en dirección al bosque, tuvo que afianzar bien los pies para que no lo arrastrara tras él.

Se volvió de nuevo hacia el carruaje para increpar a la dama y devolverle a su perro, pero esta ya había desaparecido, solo quedaban junto a él los lacayos que la acompañaban, los cuales estaban descargando el equipaje e introduciéndolo en la casa.

Un nuevo tirón del otro lado de la correa llamo su atención, se giro para ver como le miraba con ojos suplicantes, suspiro resignado y comenzó a caminar hacia el bosque, ya aclararía la situación más tarde con su ama.

— Milady, soy la señora Harris — la saludo con una reverencia, saliendo a su encuentro — espero que haya tenido un buen viaje.

— Sí, muchas gracias.

— La acompañaré a sus habitaciones, estoy segura de que desea descansar un rato antes de la cena.

A Becca no la quedo más remedio que seguirla por las escaleras.

— Espero que sean de su agrado — la dijo deteniéndose ante una puerta y abriéndola.

Becca entro en lo que era un dormitorio bastante grande, con una enorme cama que dominaba por entero la habitación, una chimenea, un par de cómodos sillones, la daban un toque de confort, se fijo en el tocador y el escritorio de debajo de la ventana.

— Aquí está el cuarto de aseo — llamo su atención la señora Harris — aún no disponemos de los adelantos de la ciudad, pero podrá tomar un baño siempre que lo desee.

Becca se acerco para examinarlo, la verdad es que no estaba tan mal como había esperado, después de ver el de la posada de la noche anterior, por lo menos este parecía estar limpio y los olores no eran insoportables.

— Y este es el vestidor — la informo abriendo la puerta de al lado — no es demasiado grande, pero espero sea suficiente para albergar sus cosas.

— Seguro que si — trato de tranquilizarla — no he traído demasiado equipaje, he venido a trabajar, no a socializar con los vecinos de la zona.

— Bien, si no desea nada más, he de volver a la cocina — dijo caminado hacia la puerta — Zoe subirá en un momento con agua caliente para que pueda asearse y se ocupará de deshacer el equipaje.

— Gracias, señora Harris.

Se despidió viéndola salir y cerrar la puerta tras ella, se acerco a la ventana y se sentó sobre los mullidos cojines del alfeizar a observar el paisaje.

Más allá de los primeros árboles había un pequeño claro, pudo ver a Nusa retozando entre la hierba, mientras su cuidador la vigilaba de cerca, sonrió ante la escena.

A Nusa la encantaría ese lugar, incluso ella podría llegar a acostumbrarse al silencio que la rodeaba, en contraste al bullicio de las calles de Londres al que estaba acostumbrada. Nunca había vivido fuera de la ciudad y con su padre tan delicado de salud, apenas si había disfrutado de sus enormes parques, lo más cercano a la campiña inglesa que había conocido.

Era un gran cambio, pero esperaba poder acostumbrarse a él, por el momento no deseaba volver a su antigua vida, era hora de experimentar y abrirse a nuevas experiencias, sonrió satisfecha consigo misma.

Oyó ruidos en el vestidor y fue hacia allí.

Parecía que sus baúles ya habían llegado, observo al verlos en la habitación, una joven doncella llego en ese momento con una jofaina de agua caliente, tal y como la señora Harris la había prometido.

Será mejor que me lave un poco antes de que se enfríe, pensó regresando al dormitorio y yendo hacia el aseo.

Como una hora después bajo al comedor en busca de la cena. La casa era pequeña, por lo que no tuvo dificultad en encontrarlo.

La planta baja constaba con un gran recibidor que hacía las veces de salita y daba paso a las escaleras que llevaban al piso superior, a la derecha había unas puertas dobles de madera que conducía a una gran biblioteca en comparación al tamaño de la casa.

Justo enfrente había un pequeño arco que conducía a las cocinas y la zona de servicio, por lo que pudo ver. Cruzó la sala por el lateral de la escalera, frente a la chimenea, y encontró la puerta que buscaba.

El comedor no era demasiado grande, con una mesa de nogal dispuesta para ocho comensales, las paredes adornadas por cuadros de caza que recordaban el uso de la casa, una

gran chimenea caldeaba la sala, junto con los aparadores para la comida y la loza era todo lo que había en la habitación.

Se pregunto donde estaría Nusa en esos momentos, se había olvidado completamente de ella, se regañó a sí misma, se levanto y volvió sobre sus pasos, dispuesta a encontrarla.

Se acerco a la chimenea y vio la campanilla sobre uno de los estantes de la vitrina, la tomo y la toco suavemente.

Giro a observar a su alrededor mientras esperaba a que alguien acudiera a su llamada.

A pesar de que la decoración era muy masculina, tal y como se podía esperar en un sitio así, también era agradable y confortable.

Un cómodo sillón de tres plazas marrón oscuro, con mantas tejidas a mano de vivos colores, dominaba la habitación, en el lateral de la chimenea, justo enfrente se encontraban dos sillones individuales a juego, separados por una mesita baja en el centro.

Tras ellos se podía ver una mesa redonda con sus faldillas doradas y tres sillas alrededor.

Podría parecer una estancia oscura, pero el enorme ventanal junto a la puerta principal, la iluminaria con calidez, adivino Becca acercándose a él para observar el exterior.

La noche ya había caído sobre el páramo, por lo que todo lo que pudo ver era la oscuridad que lo envolvía, salvo por la débil luz del farolillo, colocado junto a la puerta.

— Ha llamado, milady.

Becca se volvió hacia la señora Harris al oírla.

— Sí, me gustaría saber donde está Nusa — la pregunto — mi perro — la aclaro al ver su cara de confusión.

— Ahhh, está arriba con el señor Gibson, supongo que estarán a punto de bajar para la cena.

Becca la miro confundida, ¿Gibson?

— Si no desea nada más, he de volver a la cocina.

— Sí, claro — la despidió distraída.

La señora Harris hizo una reverencia y regreso por donde había venido, dejándola sola de nuevo con sus pensamientos.

El sonido de una puerta al abrirse y cerrarse en el piso superior la arranco de sus cavilaciones.

Levanto la mirada hacia las escaleras, para ver aparecer a su querida Nusa, seguida de cerca por el mozo de cuadra con quien la había dejado.

Espero a que llegara junto a ella, para acariciarla suavemente su lomo peludo.

— Gracias por cuidarla, ya puede retirarse a sus labores — le agradeció tomando la correa con la que la sujetaba.

— Ha sido toda una experiencia — la contesto con un toque de burla en la voz que no paso desapercibido para ella, según pudo observar — si me disculpa iré a disfrutar de la cena que la señora Harris haya preparado.

Y sin más giro sobre sus talones y se encamino hacia el comedor, dejándola allí plantada. había sido un placer librarse de ese enorme chuchó, devolviéndoselo a su dueña.

Becca se había quedado paralizada al escuchar esa voz que nunca jamás debería haber vuelto a oír en su vida.

Menos mal que tenía la cabeza inclinada hacia Nusa y no había podido ver su desconcierto. Nusa levanto la cabeza hacia ella con un leve gruñido al sentir su nerviosismo.

Becca tomo varias respiraciones rápidas y profundas, antes de ser capaz de dominar sus emociones como para incorporarse, observo su espalda mientras se alejaba hacia el interior de la casa, petrificada, sacudió la cabeza tratando de salir de su estupor y fue tras él, no antes de liberar a Nusa de su correa y dejarla sobre el aparador bajo la ventana.

— Pórtate como la Dama que eres — la advirtió, antes de seguir al desconocido hacia el comedor.

— ¿Quién es usted? ¿Y qué hace sentado a mi mesa? — inquirió de malos modos al entrar en el comedor y verle allí sentado.

— Es el señor Gibson, un invitado de Sir Arthur — la respondió la señora Harris entrando tras ella portando la bandeja de la cena — además está ayudando a los campesinos de la zona a mejorar sus tierras.

— ¿Cómo? — se volvió a mirarla indignada — eso es imposible, debe marcharse inmediatamente, no puede quedarse aquí.

— Según yo lo veo, usted no es más que una empleada de Sir Arthur que ha venido a catalogar la biblioteca — la respondió con calma, mientras dejaba la bandeja sobre la mesa.

Se aparto para que los demás sirvientes que la acompañaban hicieran lo mismo.

— Sir Arthur ha tenido la amabilidad de permitir que se alojara en su casa, milady — la miro de frente sin amilanarse — si no está de acuerdo con sus condiciones debería buscarse otro alojamiento por la zona.

Becca la miraba totalmente sorprendida por su osadía, nunca un sirviente la había hablado así en toda su vida, ella era Lady Rebecca Penton, hija del difunto Barón de Penton, se merecía ser tratada con más respeto.

Mañana en su reunión con Sir Arthur le informaría de lo sucedido, o mejor escribiría a Lord Kendall, pensó en el último momento, si se quejaba a Sir Arthur, este podría negarles el acceso a sus bibliotecas.

Tendría que ser Kendall quien solucionara su situación y rápido, no podía residir bajo el mismo techo que aquel caballero, eso arruinaría completamente su reputación y daría al traste con su elaborado plan.

Sonrió lánguidamente al acordarse de la Marquesa Viuda de Lexdan y su sermón sobre el decoro por su viaje con Morrison hasta la costa para enterrar a su padre.

Si la viera en esa situación correría despavorida ante tal indecencia.

— Que les aproveche.

Oyó distraída que les decía la señora Harris saliendo de la habitación con el resto de lacayos.

— Gracias — la contesto el señor Gibson desde su posición, sentado a la cabecera de la mesa.

Becca los miro a ambos, sin saber muy bien que hacer, un olor a carne asada con especias llego hasta ella, haciendo que su estómago rugiera, tenía hambre, no había tomado nada desde su almuerzo con Lady Kendall.

Quedarse sin cenar no iba a hacer que desapareciera el lío en el que se encontraba, por lo que tomo un plato y comenzó a servirse antes de sentarse a la mesa.

Nusa la había estado observando indecisa, pero al ver que se sentaba decidió tumbarse sobre la alfombra ante la chimenea y dormir un rato.

Gibson prefirió guardar silencio ante lo ocurrido, tenía sus propias razones para encontrarse allí y no estaba dispuesto a renunciar a los pocos momentos de paz, que había conseguido, por culpa de una dama entrometida, preocupada por el decoro.

Él tenía sus propios demonios con los que batallar.

— ¿Está roncando? — la pregunto extrañado ante los sonidos que parecían salir del animal tendido frente al fuego.

— Por supuesto, — le contesto con altanería, antes de volver su atención a la comida de nuevo.

— Nunca había visto un animal así, ¿qué raza es?, si me permite preguntarlo.

Becca levanto la cabeza de su plato, no deseaba entablar ningún tipo de conversación con él, aún estaba muy disgustada con toda esa situación.

— Un San Bernardo, un pupilo de mi padre, se lo trajo de los Alpes, italianos tras su gran tour por Europa, de donde son originarios — le explico.

— A pesar de su gran tamaño, parece bastante dócil.

— Lo es, solo necesita hacer ejercicio todos los días y una buena alfombra donde tumbarse, para ser feliz.

— No voy a discutir eso — la aseguro observando de nuevo al animal — parece estar de lo más cómoda.

Becca se giro a observar a Nusa con cariño, tan solo llevaba con ella dos años, pero desde que llego se había convertido en un miembro más de la familia, no sabía qué hubiera hecho sin ella después de todo lo ocurrido.

Se volvió de nuevo al hombre que la acompañaba, parecía que ya hubiera terminado la cena, pensó, viéndole apurar su copa de vino.

— A pesar de lo que diga la señora Harris, debería marcharse, esta situación podría comprometerlos a ambos — le pidió tratando de hacerle ver lo indecoroso que era que ambos convivieran bajo el mismo techo.

— Yo no me siento comprometido a nada con usted, milady — la contestó tajante, dejándola ver cuál era su postura al respecto.

Becca le miro confundida, ¿qué clase de caballero no vería peligrar sus días de soltería si alguien se enteraba de lo que ocurría?, suponiendo que estuviera soltero, se pregunto sin atreverse a pronunciar las palabras en voz alta.

Estaba claro que ese hombre no era un caballero y mucho menos alguien perteneciente a la nobleza.

— Además, los Harris también residen en la casa — la informo — por lo que la señora Harris puede hacer las veces de carabina si lo necesita.

Becca no había pensado en ello, que la señora Harris viviera bajo su mismo techo, hacía la situación menos obscena, de cara a la sociedad, pero aun así insuficiente ante las grandes matronas de Londres, como la Marquesa Viuda de Lexdan.

— Si me disculpa — se levanto y se encamino hacia la puerta, dejándola sola en el comedor.

Nusa abrió un ojo al oírle, se levanto y fue tras él.

— Traidora — musito Becca sintiéndose abandonada.

Poco después decidió dar por terminada la cena y salir del comedor, estaba muy cansada, por lo que decidió subir directamente a su dormitorio, mañana comenzaría a trabajar.

— Vamos, Nusa, es hora de retirarnos — la llamo camino de la escalera.

Nusa levanto la cabeza emitiendo un sordo quejido, parecía que quisiera quedarse con su nuevo amigo, pero acabo levantándose para ir tras ella rumbo a sus aposentos.

CAPÍTULO 4

Gibson se había acomodado en uno de sus sillones favoritos, de espaldas a la puerta del comedor, con una botella de brandy y un buen libro con el que disfrutar el resto de la velada.

Observo a Lady Rebecca atravesar el corredor hacia las escaleras, su espalda rígida le confirmó que no estaba muy contenta con su presencia en la casa.

Él tampoco lo estaba, no había ido allí para compartir su tiempo con mujeres, para eso visitaba la posada de Moulton donde acudía en busca de compañía, mujeres anónimas, que desearan sus atenciones o hubiera permanecido en Londres participando en los eventos de la Temporada.

había ido allí buscando la paz que solo la soledad podía proporcionarle y tener que convivir con una estirada damisela no entraba en sus planes.

El sonido de una puerta cerrándose, suavemente, en el piso superior le devolvió al presente, tomo un largo trago de la copa que sostenía, el calor del brandy, bajando por su garganta, le aseguraba la embriaguez que necesitaba antes de retirarse y tratar de descansar una noche más en medio de su agonía.

Sacudió la cabeza para alejar tan lúgubres pensamientos de su mente y bajo la mirada al libro que sostenía, pero ni una sola palabra de las que contenía consiguió traspasar su mente.

Esta noche ningún buen libro le atraparía, lo cerró lentamente, rindiéndose a lo inevitable y lo depositó sobre la mesilla.

Se reclino contra el respaldo del viejo sillón de piel y cerro los ojos, abandonándose a sus pensamientos, los cuales le sorprendieron al regresar a la noche anterior en Moulton y a la mujer misteriosa que lo acompañaba.

Por un momento, viéndola allí parada en el comedor, con la cabeza erguida, dispuesta a presentar batalla, Lady Rebecca la había traído de regreso a su mente.

Normalmente, se olvidaba de ellas a la mañana siguiente, pero en esa ocasión no fue así, incluso no le importaría volver a verla, se puso rígido al comprender lo que eso significaría.

No, no podía ser bajo ningún concepto.

Eso sería romper las reglas, por las que se regían esos breves encuentros, y él nunca rompía las reglas, salvo aquella vez, hacía tantísimo tiempo, algo que ya había olvidado, pero que regreso con fuerza para atormentarlo.

No, no volvería hacerlo, las reglas estaban allí para algo, no volvería a quebrantarlas, se prometió a sí mismo.

Todos nuestros actos conllevan consecuencias, se recordó a sí mismo, tomando la botella de brandy y dándola un buen sorbo.

Esa noche, con un par de copas, no sería suficiente como para adormecerle los sentidos, necesitaría toda la botella para conseguirlo, pensó, levantándose y caminando hacia las escaleras, era hora de retirarse y terminar de emborracharse en la intimidad de su cuarto, donde los Harris no tuvieran que cargar con él para llevarlo a su cama.

Becca fue directa al vestidor nada más cerrar la puerta de sus aposentos.

Aunque parecía que él no la había relacionado con la mujer con quien compartió su cama la noche anterior, necesitaba estar segura de que sus secretos se encontraban a salvo.

Recorrió con la mirada la estancia buscando su pequeño baúl donde los guardaba, lo encontró en la esquina más lejana, semi oculto tras el resto de su equipaje.

Fue hacia él y comprobó que las cerraduras seguían intactas y el pequeño candado permanecía cerrado.

Era de vital importancia que nadie viera su contenido o su plan se vería comprometido. Alguien podría relacionarla con la mujer enmascarada de Moulton y su reputación desaparecería, algo que tampoco es que la preocupara demasiado, su vida permanecería más o menos igual que como hasta ahora, pero si su plan tenía éxito, en un futuro sería su hijo quien sufriría por ello y eso no estaba dispuesta a permitirlo.

Todo debía llevarse con la mayor discreción para poder retirarse en el más absoluto anonimato, cuando lograra su objetivo de quedarse embarazada, si es que lo conseguía, mientras catalogaba la biblioteca de Sir Arthur, era todo el tiempo del que disponía para lograrlo.

Aunque había conocido matrimonios que no conseguían tener descendencia durante años, ella misma nació tres años después de que sus padres se casaran, aun así, mantenía la esperanza de conseguirlo. Ya que también sabía de casos en que lo habían logrado en las primeras veces de compartir el lecho conyugal, incluso antes de obtener la bendición para hacerlo, esta sociedad estaba plagada de niños que nacieron antes de tiempo.

La vida no podía ser tan cruel de arrebatarla, su mayor deseo, pensó, no estaba haciendo daño a nadie con ello, pero podía ponerle muchas trabas, como el hecho de que su único amante, por el momento, viviera bajo su techo.

¿Qué iba a hacer al respecto?, bajo ningún concepto, debía descubrir quien era, tal vez al día siguiente, durante su reunión con Sir Arthur, pudiera convencerle para que se marchara, por el bien del decoro, aunque dudaba que fuera hacerlo.

Sacudió la cabeza y regreso al dormitorio, estaba muy cansada, apenas si había dormido la noche anterior, se sonrojo al recordarlo, había elegido bien. Helena estaría orgullosa, bajo otras circunstancias incluso la hubiera complacido conocer a ese hombre más a fondo y entablar una relación, aunque solo fuera de amistad, con él.

Se paro en seco en medio del dormitorio al darse cuenta de ello, ¿en qué demonios estaba pensando? No podía tener ningún tipo de acercamiento con ese hombre, incluso podría ser el padre de su hijo, si la noche anterior la hubiera fecundado.

— No, debemos mantenernos alejadas de él, todo lo que podamos — la advirtió a Nusa que la observaba desde su posición, junto a la chimenea — bajo ningún concepto podemos llegar a ser amigos o nos meteremos en un buen lío. — la dijo continuando su camino hacia la cama.

Mañana hablaría con Sir Arthur y todo se arreglaría, fue su último pensamiento coherente antes de caer rendida en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, cuando Becca bajo a desayunar, se encontró el comedor vacío, parecía que el señor Gibson ya había estado allí, a pesar de que apenas eran las nueve de la mañana.

Sabía que los horarios de las comidas eran distintos en el campo que, en la ciudad, pero levantarse antes de las nueve no entraba en sus planes, era demasiado temprano para ella.

— Por favor, ¿podría alguien sacar a Nusa a dar un paseo? — le pidió al lacayo que entro tras ella con una tetera humeante.

— Por supuesto, milady, yo mismo lo haré — dejó la tetera que transportaba en el centro de la mesa y se volvió a tomar la correa que le tendía — vamos Nusa.

— Muchas gracias.

Becca tomo un desayuno rápido y se fue en busca de la biblioteca, la señora Harris le había comentado que se encontraba tras las puertas dobles, junto a las escaleras.

Lo primero que vio nada más entrar fue un enorme escritorio, coronado por dos grandes ventanales que dejaban pasar un gran halo de luz sobre él, a pesar de que el día estaba nublado. Dos butacas frente a él y montañas de libros, desordenados alrededor, lo cual le recordó un poco a su padre, siempre apilando libros alrededor.

Sintió las lágrimas agruparse en sus ojos y sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente, se había metido en esa loca aventura por él, para hacer realidad su sueño y estaba decidida a conseguirlo.

Miro más allá, para ver unos cómodos sofás y sillones frente a la chimenea, un poco más allá un cómodo diván junto a la ventana.

Avanzo un paso adentrándose en la sala y descubrió que la biblioteca se ampliaba considerablemente tras la esquina.

Era más grande de lo que había imaginado encontrar en un pequeño pabellón de caza de un simple terrateniente.

Paseo su mirada entre las paredes llenas de estanterías del suelo hasta el techo, no solo debía haber como unos mil libros, pulcramente colocados sobre ellas, sino un sin fin de objetos de lo más extraños.

Dibujar esos objetos era su cometido principal, pero para poder hacerlo necesitaría ayuda con el inventario de los manuscritos.

Tenía mucho trabajo por delante, pensó Becca, si quería presentarle un plan a Sir Arthur para el almuerzo, era hora de ponerse a ello, se dijo, dirigiéndose al escritorio y sentándose ante él.

Las campanadas del reloj de la sala contigua, la recordó que era mediodía, hora de prepararse para acudir a su cita en la casa principal, donde almorzaría con Sir Arthur.

Por lo que se levanto, recogió sus papeles y los guardo en su cartera, antes de subir a sus aposentos para prepararse.

Como media hora después volvió a bajar lista para partir.

Nusa se acercó a ella desde donde estaba tumbada frente a la chimenea al oírla.

— No cariño — la acarició la cabeza — esta vez no puedes acompañarme — la dijo muy seria — no tardaré mucho y cuando vuelva saldremos a dar un largo paseo — la prometió, tomando su cartera y abriendo la puerta.

Tal y como esperaba, su carruaje ya estaba listo y preparado para partir.

CAPÍTULO 5

Becca encontró a Sir Arthur trabajando en su biblioteca, aún mucho más grande que la del pabellón, este se puso de pie al verla entrar y camino hacia ella para saludarla.

Era un hombre menudo, bastante mayor, pero que se encontraba en perfecta forma física, ojalá su padre hubiera gozado de tan buena salud durante sus últimos años de vida.

Tenía que dejar de pensar tanto en él, por mucho que le echara de menos, él no querría que estuviera triste todo el día por su recuerdo.

Para distraerse se fijo en los montones de libros que cubrían prácticamente todo el suelo de la estancia, incluso era difícil moverse sin tropezar con alguno de ellos, aunque Sir Arthur no parecía tener ningún problema, pensó al verle a su lado.

— Lady Rebecca Penton —la saludo con una ligera reverencia — mi más sentido pésame por su pérdida.

— Muchas gracias — fue todo lo que pudo contestarle, la habían sorprendido sus palabras, quizás Lord Kendall le hubiera comentado algo al respecto, pero no la parecía probable.

— Aunque no conocía personalmente al Barón de Penton, hace años que manteníamos una asidua correspondencia — la aclaro Sir Arthur su relación con él — respetaba mucho sus conocimientos y hubo muchas ocasiones en las que me hablaba de lo orgulloso que estaba de usted.

Becca no supo que responder, nunca se hubiera imaginado que Sir Arthur tuviera cualquier tipo de relación con su padre, aunque sabía que este se carteaba con media Inglaterra, era su forma de mantenerse al corriente de las novedades, ya que no podía a penas salir de casa, por su delicada salud.

— Por eso, cuando Lord Kendall me propuso que fuera usted quien dirigiría el trabajo, accedí a su petición — quería dejarlo claro desde el principio — usted tratara a mis libros con el respeto y cariño que se merecen.

— Espero estar a la altura de sus expectativas y no defraudarle — le contesto modesta, no estaba acostumbrada a que la alabaran de esa manera.

— No tengo ninguna duda al respecto — concluyo — vayamos a almorzar y después trataremos como tiene pensado hacerlo.

— Me parece una gran idea — estuvo de acuerdo con él y le siguió a través del vestíbulo, por los pasillos que se adentraban en la casa hasta el comedor.

Ambos disfrutaron de un agradable almuerzo, charlando de temas intrascendentes

mientras comían, los exquisitos platos de los que disfrutaban.

Tras el cual se trasladaron a lo que parecía ser una salita para recibir visitas, en la cual también se podían ver una gran cantidad de libros por todas partes.

Hacer un inventario de todos ellos iba a ser más complicado de lo que había imaginado en un principio, pensó paseando la vista a su alrededor, si todas las habitaciones de la casa, aunque no era una gran mansión, contaban con tal cantidad de libros, estaría allí mucho pero que mucho tiempo.

Tras ellos entro el mayordomo con una bandeja de té y unos pastelitos para picar que deposito sobre la mesa.

Becca vio que Sir Arthur se dirigía hacia el escritorio situado junto a la ventana y tomo asiento, por lo que no la quedo más remedio que seguirle y sentarse frente a él.

— Y bien, Lady Rebecca, ¿cómo tiene pensado hacer su trabajo? — la pregunto directamente dando a si por comenzada la reunión.

— Tengo pensado clasificarlos por materias y ordenarlos alfabéticamente según su autor — le respondió mirándolo a los ojos — como además posee una gran cantidad de objetos, había pensado incluir un boceto de ellos entre los apartados — se inclino para tomar su cartera del suelo — me he permitido preparar una muestra de como quedaría — continuó extrayendo los documentos y tendiéndoselos para que los examinara.

Becca guardo silencio, mientras Sir Arthur los examinaba detenidamente, era un hombre muy meticulouso, no dejaba nada al azar.

— Me gusta, supongo, que una vez terminado el inventario, tendrá pensado encuadernarlo adecuadamente — la pregunto mirándola de nuevo.

— Sí, además, lo haríamos en nuestra imprenta, por lo que podrá decidir cuáles serían los detalles que más le gustarían.

— Bien, me gusta la idea, aunque dejaré para más tarde esa decisión.

— Como desee.

— Ya, hable con Lord Kendall de que en el caso, poco probable, de que encuentren uno de los libros que están buscando, este no está a la venta ni abandonara mi casa, bajo ningún concepto — la informo de su postura al respecto.

— Y respetaremos sus deseos siempre y cuando nos permita que un escribano copie su contenido íntegro.

— ¿Y quién se hará cargo de sus costes?

— Nosotros, por supuesto.

Becca sabía que ese sería uno de los temas que Sir Arthur la plantearía, Chloe ya la había advertido de que Sir Arthur era conocido en la zona por su tacañería y garantizarle que no le costaría ni un solo penique, nada de todo aquello, era vital para que les concediera los permisos.

— De acuerdo, puede traer un escribano para que los copie, pero no debe molestarme en mi trabajo.

— Se lo garantizo, yo misma me ocuparé de ello — le aseguro.

— Entonces, si no tiene nada más que decir, hemos terminado — se pudo de pie — si me disculpa, he de continuar con mis estudios — la dijo caminando hacia la puerta, sin volverse siquiera a mirarla — mi mayordomo la acompañará a su carruaje, que tenga usted un buen día, Lady Rebecca — se despidió desapareciendo fuera de la sala.

Becca sonrió observando el umbral de la puerta vacío, su padre se comportaba exactamente igual, tan pronto contaba con toda su atención como de repente todo estaba claro para él y desaparecía de nuevo durante horas e incluso durante días.

Cualquier otra persona se hubiera sentido ofendida al ser despachada de aquella manera, pero Becca no, estaba acostumbrada a tratar con ellos, incluso se sintió alagada de que la hubiera dedicado tanto tiempo.

Siguió al mayordomo hasta su carruaje y emprendió el regreso al pabellón donde se hospedaba, mañana comenzaría a trabajar, había mucho por hacer y un gran reto que la mantendría con la mente ocupada, lejos de otros pensamientos que la torturaban.

Hasta que el carruaje no desaceleró a la entrada del pabellón, no recordó que no había tenido la oportunidad de tratar con Sir Arthur el tema de su otro inquilino, maldijo en silencio por ello.

Solicitar una nueva entrevista con él, en tampoco tiempo, no la ayudaría en absoluto con su problema, por lo que tendría que esperar a que surgiera otra ocasión más propicia para hacerlo.

Tendría que lidiar con el señor Gibson mientras tanto. Aunque estaría tan ocupada que apenas se daría cuenta de que estaba allí, se dijo a sí misma restándole importancia a ello.

Bajo del carruaje y entro en el pabellón, Nusa se acercó a saludarla, Becca se inclinó a acariciarla.

— Te he echado de menos — la besó en la cabeza, permitiendo que la lamiera las manos como muestra de su alegría.

Levanto la mirada y se encontró con el señor Gibson observándola desde el sillón donde estaba sentado con un libro entre las manos, parecía que había interrumpido su lectura con su llegada.

— Señor Gibson — le saluda con una leve inclinación de cabeza.

— Lady Rebecca — la correspondió — espero que haya disfrutado de la compañía de Sir Arthur.

— Ha sido muy agradable, ahora si me disculpa he de cambiarme para la cena — le contesto yendo hacia las escaleras.

— Aquí en el campo no procedemos con tantas formalidades — la comento mientras la oía subir al piso superior — todo es más sencillo, ya se acostumbrará a ello.

Becca entro en su dormitorio sin molestarse en responderle, puede que si hubiera estado sola se hubiera limitado a asearse un poco, quitándose el polvo del camino, simplemente, pero, aunque el señor Gibson no la caía bien, su educación la obligaba a hacer lo correcto y seguir las normas, por muy formales que se las considerara en la campaña.

CAPÍTULO 6

Lord Michael Gibson, Conde de Haltfted, la siguió con la mirada mientras desaparecía por la escalera.

Se preguntaba que pretendía Sir Arthur exactamente al imponerle su presencia en el pabellón, él también le había visitado esa mañana para pedirle una explicación, pero no había obtenido más que más preguntas al respecto.

Sir Arthur siempre tenía un propósito entre manos, para cada una de sus decisiones, tal y como había aprendido desde su infancia cuando era su tutor y mentor en Halftead.

Pero en esta ocasión no era capaz de imaginarlo.

Él era el único que conocía su verdadera identidad y dado que ocultarse en el pabellón de caza como un simple caballero, había sido idea suya, no creía que le hubiera delatado ante Lady Rebecca.

La verdad es que había sido una buena idea, tenía que reconocer, el trabajo con los campesinos y la paz de la campiña, estaban empezando a mantener a raya a sus demonios, los cuales le habían obligado a huir de Londres antes de meterse en más problemas, de los que ya era responsable y que otros trataban de arreglar entregando su brillante futuro para salvarle.

Apretó los puños con fuerza, al recordarlo, su hermana nunca debería haberse visto obligada a casarse con alguien así, ella tenía un gran futuro por delante y la posibilidad de ser feliz con quien ella escogiera como marido.

Pero no había sido así y ahora estaba atrapada en un matrimonio no deseado con un impresentable que no la haría feliz.

Había intentado impedirlo, pero en las semanas que llevaba allí, había comprendido que era imposible salvar a quien no quería ser salvado, por lo que no tuvo más remedio que apartarse y esperar a que solicitara su ayuda, si alguna vez lo hacía, lo cual dudaba, era demasiado orgullosa e independiente como para pedirla.

Oyó la puerta que se abría y cerraba en el piso superior y dio un largo sorbo a la copa de brandy que se había servido, era hora de encerrar sus demonios de nuevo, antes de que Lady Rebecca regresara al corredor.

Justo cuando alcanzaba el último escalón, la señora Harris apareció con la bandeja de la cena, Becca la dejó pasar y fue tras ella.

— Que les aproveche — les deseo tras dejarla sobre la mesa del comedor y volver a sus

quehaceres.

— Gracias, señora Harris — la respondió, tomando algunos trozos de carne y verduras, antes de ocupar su lugar en la mesa.

Gibson observaba en silencio sus movimientos, era una mujer hermosa, un poco mayor que Marian y aunque algunos la considerarían una solterona, fuera del mercado matrimonial por su edad, él no la consideraba así, las debutantes recién salidas de la escuela nunca habían llamado su atención.

Se necesitaba algo más de tiempo, fuera de esos muros, para consolidar el temple de una dama, igual que pasaba con los caballeros, a los cuales se les enviaba al gran tour en busca de experiencias que les ayudaran a determinar la clase de hombre en que se convertirían.

Era una pena que no pudieran gozar de tal privilegio, sino que eran acompañadas por sus progenitores, o parientes cercanos, quienes las vigilaban muy estrechamente, coaccionando así todas sus experiencias y moldeándolas de acuerdo a las normas de la alta sociedad.

Y eso en el mejor de los casos, ya que por regla general eran arrojadas al mercado matrimonial, sin ningún escrúpulo, durante su primera temporada.

Estaba seguro de que Lady Rebecca disfrutaría de la libertad de un hombre en el gran tour.

— ¿Ha estado en Europa? — la pregunto siguiendo el curso de sus pensamientos.

— No, apenas he salido de Londres — le respondió, no tenía sentido negarse a participar en una conversación educada, solo por el hecho de que deseara que desapareciera — solo he estado en dos ocasiones en Brichington, brevemente para el entierro de mis padres — tomo una respiración profunda ante la tristeza que la embargo al recordarlo — y ahora en Kentford.

— Lo siento, no deseaba causarla ningún pesar con mis preguntas — se disculpó compungido, al ver el dolor que había asomado a sus ojos al hablar de ello.

Becca inclino levemente la cabeza agradeciéndole sus palabras de disculpa.

— No tenía manera de saber lo que me provocarían, ya que solo somos dos extraños atrapados bajo el mismo techo por distintos motivos.

Gibson reconoció la verdad de su razonamiento, pero no dijo nada al respecto, manteniéndose en silencio el resto de la cena.

Lady Rebecca era todo un misterio que aún no había decidido si quería descubrir.

Becca agradeció que no intentara conversar de nuevo, su educación la obligaba a corresponderle, aunque no deseara hacerlo.

Al igual, que la noche anterior, nada más acabar la cena, Becca se disculpo y regreso a la privacidad de su dormitorio, con la intención de leer un poco, frente a la chimenea, pero al final decidió acostarse directamente, el día había sido largo y estaba muy cansada.

Se quedo dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada.

De manera táctica parecieron adquirir una rutina que a los dos favorecía.

Por las mañanas, cuando Becca bajaba a desayunar, Gibson, ya se había marchado, este almorzaba en los campos y no regresaba hasta casi la hora de la cena.

Mientras Becca se pasaba el día encerrada en la biblioteca, planificando y estudiando la manera más rápida y efectiva de realizar su trabajo.

Tenía que hablar con Lord Kendall el domingo tras el almuerzo y deseaba poder entregarle un plan de acción efectivo que los satisficiera a todos.

Con lo cual solo se veían durante la cena y apenas hablaban, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Tras la cual, Gibson se acomodaba en el corredor con una copa de brandy a leer antes de retirarse, mientras que Becca volvía a la biblioteca. Y Nusa se quedaba junto al señor Gibson hasta la hora de retirarse con su ama al dormitorio, mientras que la mayor parte del día la pasaba junto a Becca tumbada frente a la chimenea en la biblioteca.

El domingo por la mañana amaneció un día soleado con una agradable temperatura, parecía que lo peor del invierno ya había pasado y este daba paso a una cálida primavera.

Becca se levanto antes de lo habitual para que tuviera tiempo de arreglarse antes de acudir a los oficios, en la parroquia de Kentford, pero aun así no coincidió con Gibson en el comedor, pues este ya se había marchado, según la dijo la señora Harris cuando la vio mirar extrañada su plato vacío sobre la mesa.

Debía de levantarse al alba o incluso antes de que amaneciera, pensó Becca mientras se acomodaba en su asiento.

Era un hombre extraño, pero no carente de atractivo, en Londres, si tuviera un título y riquezas, sería el soltero del año, ahora que Lord Kendall ya había sido esclavizado por los grilletos del matrimonio y Lord Dartford no parecía estar interesado en otra cosa que no fueran los libros de John Dee.

Aunque no participara en las actividades de la temporada, la gustaba leer las columnas de cotilleos de los periódicos, secretamente se imaginaba como una joven disfrutando de sus bailes y de los coqueteos inofensivos de los caballeros interesados en ella.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente.

¿A quién quería engañar?, ese tiempo paso, junto con su juventud, cumpliría los veinticinco en poco más de un mes y entonces sería declarada oficialmente una solterona por la alta sociedad, la cual la condenaría a pasar el resto de su vida con la única compañía de su amada Nusa y sus pinturas.

Una lágrima solitaria surco su mejilla, todo era culpa suya, había depositado todas sus esperanzas en Lord Morrison y ahora ya no había nada que pudiera hacer al respecto, él había elegido a otra con quien desposarse y formar una familia.

— Ufff — suspiro, levantándose de la mesa — es hora de marcharme o llegaré tarde a la iglesia.

Nusa se levanto desperezándose, al verla, dispuesta a seguirla.

— No cariño, tienes que quedarte aquí — la dijo desde la puerta — regresaré esta tarde, a tiempo para dar un largo paseo, tú y yo, te lo prometo.

Nusa gruño por lo bajo al oírla, no parecía estar muy conforme con ello, pero volvió, resignada, a tumbarse sobre la alfombra, frente a la chimenea, desde donde la observaba.

Becca tomo su chal y sus guantes al tiempo que oyó al carruaje detenerse junto a la puerta.

Gibson vio el carruaje pasar en dirección a la aldea, desde el campo donde llevaba trabajando toda la mañana.

Tal y como se había imaginado, Lady Rebecca acudiría a los oficios del domingo a la parroquia, él no podía ir sin arriesgarse a ser reconocido y más cuando los Marqueses de Kendall se encontraban en su finca y estaba seguro de que asistirían.

Nusa estaría triste al quedarse sola en casa, por suerte se había acordado de pedirle a un lacayo que se la llevara a los campos cuando Lady Rebecca se marchara, esa enorme perra se había ganado su corazón desde el primer día.

Oyó el sonido lejano de su ladrido y se volvió hacia él para verla correr entre los árboles en su dirección, planto bien los pies en el suelo y se preparo para el asalto lo mejor que pudo.

En tan solo unos segundos la tenía de pie, con las patas delanteras apoyadas sobre su pecho intentando lamerle la cara.

— Está bien, Nusa — trato de refrenarla — yo también te quiero — musito esquivando un nuevo lametazo, por los pelos — abajo — la dijo poniéndose serio.

Nusa le miro por un momento, pero obedeció y se puso a olisquear a su alrededor.

— Gracias, Logan, no olvides recogerla tras el almuerzo — le dijo al lacayo — debe estar en casa cuando Lady Rebecca regrese.

— Sí, señor, volveré a tiempo a por ella.

Logan inclinó respetuosamente la cabeza antes de regresar a la casa y a sus labores.

Gibson regreso a su trabajo junto a los demás jornaleros que le acompañaban, con un poco de suerte terminarían de sembrar el campo para el almuerzo y tendría el resto de la tarde libre.

La semana próxima planificarían un nuevo campo, aún quedaba mucho por hacer, algo a lo cual estaba agradecido, el cansancio del trabajo físico le ayudaba a dormir por las noches, junto con el brandy.

Era como media tarde cuando Becca regreso al pabellón, dispuesta a cumplir su promesa.

Entro sin llamar, la puerta rara vez se cerraba con llave durante el día.

Se sorprendió al ver, reflejadas en el espejo de la entrada, las puertas de la biblioteca abiertas de par en par.

Se giro hacia allí, aun con su sombrero en la mano, para encontrarse al señor Gibson sentado tras el escritorio trabajando, con un montón de papeles sobre él, parecían ser listas y anotaciones de contabilidad.

— Buenas tardes, — le saludo asombrada de verle allí sentado, había supuesto que la biblioteca era de su uso exclusivo.

— Buenas tardes, milady — la contesto sin apartar la mirada de la cuenta que intentaba sumar.

Por el rabillo del ojo vio a Nusa que se acercaba a ella, desde la chimenea donde había

estado durmiendo.

— Hola, preciosa — la saludo con afecto, acariciándola entre las orejas — ¿lista para nuestro paseo? — la pregunto, volviéndose hacia el aparador y tomando su correa.

Volvió a colocarse su sombrero y juntas salieron de la casa.

— ¿La importa si las acompaño? — pregunto Gibson desde el umbral de la puerta principal.

Becca se volvió hacia él, sorprendida.

— No, si cree que puede soportar nuestra compañía — le invito al no ocurrírsele ninguna excusa para negarse sin que pudiera ser ofensiva.

— Siempre será mejor que pasarme la tarde cuadrando cuentas — la respondió, cerrando la puerta tras él y uniéndose a ellas en el camino — tiene pensado ir a algún sitio, en especial — la pregunto echando a andar a su lado.

— No, en realidad, como no conozco la zona, solo pensaba en caminar por los alrededores para irme familiarizando con el paisaje.

— Entonces, permítame que la muestre uno de los sitios más bonitos de la zona — la propuso echando a andar por el sendero de la izquierda, en dirección al bosque, a Becca no la quedo más remedio que seguirle.

— Conoce usted bien la zona, señor Gibson — le pregunto comenzando así una conversación, no tenía sentido que los dos caminaran en silencio, el uno al lado del otro.

— He estado aquí en varias ocasiones — la respondió, ambiguo, sin darla más explicaciones.

Había estado a punto de revelarla que sus tierras se encontraban cerca y dada su relación con Sir Arthur conocía bastante bien el lugar.

— A trabajar, supongo, que tiene que ganarse la vida.

— Algo así.

Becca lo miro con suspicacia, ante sus escuetas palabras, parecía no tener intención de hablar sobre sí mismo, lo que la hizo preguntarse que estaría escondiendo.

— Sir Arthur, me ha comentado que su labor principal no es catalogar sus libros, sino que está buscando unos libros desaparecidos durante el reinado de Isabel I de Inglaterra.

— Sí, señor — le confirmo — los libros desaparecidos de la biblioteca del mago de la corte en aquella época.

— Y piensa que podrían estar entre los ejemplares que conserva Sir Arthur.

— Tenemos muchas esperanzas de encontrar alguno entre ellos.

— ¿Tenemos?

Becca le miro dudando entre seguir dándole más datos concretos, sobre quienes eran y lo que estaban haciendo o guardar silencio.

Al final decidió contárselo, parecía ser un tema seguro de conversación que no la comprometería a nada.

Gibson la observaba en silencio, esperando que decidiera si seguían hablando sobre el tema o, por el contrario, ignorarlo por completo.

— En realidad todo surgió por casualidad en el Club de los Eruditos en Londres.

Comenzó Becca a contarle todo lo sucedido tan solo unos pocos meses antes y que había dado un vuelco completo a su rutinaria vida.

Tantas cosas habían cambiado desde entonces, pensó con nostalgia en su padre, gracias a todo ello podía soportar mejor su falta.

Gibson permaneció en silencio escuchándola, cada vez más fascinado con la historia, si no fuera porque deseaba ocultar su identidad, iría a hablar con Kendall, para unirse a ellos en tan fascinante aventura.

Tal vez en un futuro no muy lejano, lo haría, pensó sintiendo un poco de interés en algo, desde que todo ocurrió y Marian desapareció de su vida, tal vez aún haya esperanza para él, aunque no la mereciera.

CAPÍTULO 7

Becca dejó de parlotear y se quedó mirando a Nusa, llevaban caminando como veinte minutos y no había notado ni un solo tirón de la correa, se fijó más en ella, preocupada.

— ¿Ocurre algo? — la pregunto al notar su silencio.

— No estoy segura, Nusa parece cansada, como abatida — le comento no sabiendo muy bien como explicarse — no es normal que camine tan tranquila a mi lado después de llevar todo el día encerrada en casa.

Gibson volvió la cabeza para fijarse en el animal, debatiéndose entre contarle la verdad de lo que había estado haciendo toda la mañana o seguir ocultárselo para no hacerla enfadar de nuevo.

La verdad es que había disfrutado de su compañía durante el paseo, tuvo que reconocer para sí mismo, Lady Rebecca no solo era una mujer hermosa que despertaba sus más bajos instintos, además de una agradable conversadora.

— ¿Cree que podría estar enferma? — le pregunto presa del pánico que la atenazaba con solo pensarlo — puede que el campo no la haya sentado tan bien como yo esperaba, tenga en cuenta que nunca ha salido de Londres — continuó expresando sus pensamientos en voz alta — será mejor que volvamos a casa, cuanto antes, para que descanse.

— Eso me parece una buena idea — estuvo de acuerdo con ella — seguro que mañana volverá a estar tan juguetona como siempre.

Becca lo miro dubitativa, no confiando de todo en ello, preocupada por su gran amiga y compañera. Si la perdiera se quedaría completamente sola en el mundo y no creía que pudiera soportarlo.

— Eso espero ...

Hicieron el camino de regreso a la casa en completo silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Gibson la observaba detenidamente, cada paso que daban se sentía peor por causarla ese sufrimiento.

No se sentía el mejor de los hombres en esos momentos, era del todo egoísta su aptitud, pero tenía sus motivos para hacerlo.

Durante su corto paseo había sido capaz de alejar por completo sus demonios de su mente. Algo que no había sucedido desde que su apacible y agradable vida, se había convertido en una pesadilla y no estaba dispuesto a perderlo.

Puede que ese fuera el objetivo de Sir Arthur, demostrarle que, si se daba la oportunidad, sus heridas llegarían a cicatrizar y estaba utilizando a esa mujer para ello. Obligándolo a convivir con ella bajo el mismo techo y tener que tratarla, en lugar de huir de nuevo en busca de soledad.

— Siento mucho que no hayamos podido ir a donde tenía pensado — dijo Becca tras soltar a Nusa en el recibidor, volviéndose hacia él.

— En otra ocasión.

Becca no se molestó en contestar, estaba concentrada siguiendo los movimientos de Nusa, quien había caminado hasta la alfombra de la biblioteca, frente a la chimenea y se había dejado caer sobre ella.

— Iré a por un poco de agua a la cocina.

Gibson la observó mientras desaparecía bajo el arco que conducía a la zona de los criados.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia el escritorio, tenía mucho trabajo por hacer, ya era hora de que pusiera con ello.

Su administrador esperaba que le devolviera las cuentas revisadas y la aprobación de algunos gastos extras que habían surgido tras las tormentas del último mes.

Las reparaciones debían realizarse cuanto antes, para evitar daños aún mayores en el caso de que las fuertes lluvias volvieran de nuevo, pensó mientras volvía a centrarse en los cálculos.

Becca regresó poco después con un cuenco con agua para Nusa que dejó en el suelo, pero fuera de la alfombra, por si se volcaba al beberlo.

Tomo sus cosas de la mesa y se sentó en uno de los sillones, junto a ella, a dibujar.

Sir Arthur tenía una colección de objetos de lo más curiosa, en este caso había elegido una mano que sostenía una gran piedra azul en su palma, el reflejo de la luz sobre ella la recordaba al mar, por sus tonalidades cambiantes, por el movimiento de las olas.

Abrió su cuaderno y comenzó el boceto.

Aunque parecía estar, totalmente, concentrada en su trabajo, en realidad seguía muy preocupada por Nusa, que en esos momentos dormía placidamente ajena a lo que pasaba a su alrededor.

Mientras que el señor Gibson continuaba trabajando en sus cuentas tras el escritorio.

Visto desde fuera, parecían una familia disfrutando de la tarde del domingo mientras esperaban para la cena, pensó Becca sorprendida de que le agradara tanto la estampa.

Sacudió la cabeza para alejar esas fantasías de su cerebro, la realidad era bien distinta. Ella nunca tendría una familia, lo único que la quedaba era su adorada Nusa y aunque aún era muy joven, tarde o temprano la dejaría y entonces se quedaría completamente sola, rodeada tan solo por sus fieles criados, los cuales también eran ya muy mayores, pensó dentro de unos años no tendría ni eso.

A quien quería engañar, nunca tendría un marido ni un hijo a quien abrazar contra su pecho, una solitaria lágrima se escapó de su cautiverio y rodó libremente por su mejilla. Ese era el motivo por el que había ideado su plan, junto con Helena, se negaba a renunciar al mayor de sus anhelos.

Dios la había dado una oportunidad para alcanzarlo y pensaba aprovecharla, esa noche tenía la intención de volver a la posada para seguir intentándolo, pero el estado Nusa la impediría hacerlo, su amiga la necesitaba a su lado y no la abandonaría.

Oyó una especie de gruñido procedente del escritorio, donde estaba sentado el señor Gibson, le miro de reojo, parecía estar consternado por el resultado obtenido.

Le oyó suspirar antes de volverse a inclinar sobre sus papeles y concentrarse de nuevo en su tarea.

Las campanas del reloj del corredor la sacaron abruptamente de su ensimismamiento, era hora de prepararse para la cena.

Cerro su cuaderno y fue a colocarlo sobre la mesa, junto con el resto de sus cosas que había estado utilizando, antes de abandonar la biblioteca y subir a su dormitorio.

Nusa ni se movió de donde estaba tumbada, eso no era propio de ella, pensó volviendo a estar preocupada por su salud.

Si al día siguiente no volvía a ser la que era, iría a ver a Chloe para preguntarla si había alguien en la aldea que pudiera ayudarla, decidió mientras terminaba de acicalarse para la cena.

Aunque tal vez el señor Gibson supiera de alguien y no tendría que molestar a Chloe con ello, pensó en el último momento entrando en el comedor.

Gibson ya se encontraba allí, charlando amigablemente con la señora Harris mientras esta colocaba las viandas sobre la mesa. Espero a que se marchara antes de abordarle.

— Señor Gibson, me preguntaba si no sabría usted de alguien que pudiera ayudarme para que Nusa se sintiera mejor — le pregunto alcanzando su copa de vino y dándole un sorbo.

No sabía por qué, pero siempre se ponía nerviosa con la cercanía de ese hombre.

— En Londres existen médicos solo para los animales, que se encargan de cuidar de las mascotas, de quien pueda pagarlos — le explico haciéndole saber que era exactamente lo que buscaba.

Gibson se tomo su tiempo antes de contestar, lleno su plato con algunos trozos de carne y patatas hervidas, no era muy aficionado a las verduras, por lo que las ignoraba cada vez que podía. Algo que su hermana Marian se encargaba de recordarle a menudo, sintió un peso en el corazón al acordarse de ella y las miles de comidas que habían compartido, la echaba de menos.

Levanto la cabeza y la miro de frente cuando volvió a ocupar su lugar en la mesa, centrarse en Lady Rebecca le ayudaría a lidiar con el dolor casi insoportable de su ausencia.

— Solo está cansada — trato de nuevo de calmarla — ya verá como mañana, volverá a estar tan activa como siempre.

— No lo creo, ni siquiera se ha levantado para acompañarnos durante la cena — replico dudando seriamente de sus palabras.

Ojalá él tuviera razón y Nusa no tuviera nada grave, pensó observando su sitio vacío frente a la chimenea.

— Ha estado encerrada en la casa toda la mañana y gran parte de la tarde, es imposible que esté cansada con el corto paseo que hemos dado — le confesó dudosa de su diagnóstico — tendría que haber estado todo el día correteando de un lado a otro para casarse tanto y aun así

dudo de que fuera tan acusado.

Gibson volvió a tomar su copa de vino, apurándola de un trago, el momento de cantarla la verdad había pasado, ahora tendría que mantener su postura para no enfrentarse a su ira por habérselo ocultado y permitir que se preocupara tanto por ella.

— Si mañana sigue igual, buscaremos a uno de esos doctores para que la trate. — la prometió, seguro de que sería del todo innecesario.

— Gracias — le sonrió feliz al escucharle.

Gibson se atraganto con las patatas al verla sonreír de esa manera, lo cual le provoco un acceso de tos de lo más inoportuno.

Lady Rebecca tenía una de las sonrisas más hermosas que había visto en su vida, pensó, tendría que hacer un esfuerzo si quería volver a disfrutar de ella.

Y quería.

Terminaron de cenar en silencio, como las otras noches que habían compartido, Gibson se instaló en uno de los sillones del corredor, con un buen libro, acompañado de una copa de brandy, dispuesto a disfrutar del resto de la velada, hasta que se retirara a descansar.

Becca, por el contrario, camino directa a la biblioteca en busca de Nusa. La cual seguía dormida frente a la chimenea, la observo con cariño antes de dirigirse a las estanterías que tenía a su espalda.

Comenzó a examinarlas distraída, debería subir a descansar, si el párroco cumplía con su palabra, mañana enviaría a algunos candidatos para que la ayudaran y tendría que entrevistarlos antes de decidir cuáles serían los adecuados para el puesto.

Sus dedos se detuvieron sobre un volumen en especial que no estaba en línea con los demás, lo cual llamo su atención, Sir Arthur mantenía sus estanterías en perfecto orden, por tamaño, color y todos alineados, como soldados ante la inspección de un superior.

Lo extrajo de la estantería y se acerco a la luz para poder leer el título, “Secretos para una buena esposa”, por La Duquesa.

Ella no sería la esposa de nadie, por lo que no necesitaba conocerlos, pensó para sí misma, dispuesta a dejarlo en su lugar bien colocado.

Aun así, su curiosidad fue más fuerte y lo abrió por la primera página.

“Este libro está escrito para mujeres valientes que estén dispuestas a dejar de lado sus escrúpulos y deseen disfrutar de la atención de sus esposos sin tener que compartirlas con otras mujeres.

Este libro es para aquellas esposas que estén dispuestas a convertirse en las cortesanas que sus esposos buscan fuera de sus camas ...”

Con tan solo esos dos párrafos, la autora había conseguido llamar la atención de Becca por completo, ya conocía la parte de las cortesanas y como hacerse pasar por una de ellas, pero no sabía nada de como ser una esposa.

Hasta ese momento hubiera jurado que no habría diferencia, ser una buena esposa conllevaba compartir el lecho con tu marido como hacían las cortesanas, pero debía estar equivocada si hacía caso a lo que la autora de ese libro insinuaba.

Sacudió la cabeza abrumada por este pensamiento, las relaciones amorosas entre un hombre y una mujer eran demasiado complicadas para ella.

No perdía nada por leerlo, quizás eso la ayudará a comprenderlas, se dijo a sí misma, acomodándose en el sillón junto a Nusa.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente, Nusa volvió a estar tan activa como siempre, tal y como el señor Gibson había vaticinado, aun así, Becca no dejó de observarla detenidamente en toda la mañana.

Como era ya costumbre desayunaron solas, el señor Gibson ya se había marchado a sus quehaceres, por lo que no pudo darle las buenas noticias sobre Nusa y agradecerle todo lo que había hecho para calmarla el día anterior.

Miro la silla al otro lado de la mesa con anhelo, la hubiera gustado que estuviera allí y comenzar el día conversando, pensó sorprendida de ello, desde cuando deseaba su compañía, se pregunto confusa.

No debía desear nada de él, se regaña a sí misma, cualquier acercamiento entre ambos, solo la traería problemas.

Se levanto y fue hacia la biblioteca, ya era hora de dejarse de tonterías, había mucho trabajo por hacer.

Tal y como la había prometido el párroco de Kentford, sobre las diez de la mañana comenzaron a llegar los candidatos, dos señoritas y cuatro caballeros.

Para la hora del almuerzo ya había contratado a todos los que necesitaba por el momento y habían acordado que comenzarían al día siguiente a las diez. Por lo que decidió dedicarle el resto del día a Nusa, quien estaba del todo recuperada, tal y como pudo comprobar durante su paseo por los alrededores, antes de marcharse a la posada de Moulton donde tenía pensado pasar la noche.

Gibson regreso esa tarde antes de lo habitual a la casa, se había pasado todo el día imaginando la reacción de Lady Rebecca cuando descubriera que su adorada Nusa se encontraba en perfecto estado de salud tras una buena noche de descanso.

Nusa lo oyó entrar en la casa y fue a saludarle.

— ¿Dónde está tu ama? — la pregunto acariciándola la cabeza con cariño.

— Lady Rebecca salió — le contesto la señora Harris que cruzaba en ese momento el corredor rumbo al comedor — no se la espera hasta mañana.

Gibson levanto la cabeza, sorprendido, donde había ido, se pregunto, entonces recordó que tenía amigos por la zona, quizás hubiera ido a visitarlos y pasaría la noche con ellos, era lo más probable, se dijo a sí mismo un poco decepcionado de no encontrarla en casa y no poder disfrutar de su compañía durante la velada.

Sacudió la cabeza, consternado, desde cuando echaba en falta a Lady Rebecca, se

pregunto, ni siquiera eran amigos.

— Yo también saldré tras la cena — le dijo a la señora Harris, impulsivamente.

Le vendría bien una noche alejado de esa casa con otras compañías.

Michael la vio nada más entrar en la posada, estaba sentada en el centro del salón en compañía de otro caballero.

Sintió una furia ciega por lo que aquello significaba, deseo ir hacia allí y arrancar de la silla a aquel tipejo sonriente que se la comía con los ojos mientras conversaba.

Pero cambio de rumbo en el último momento y fue a situarse junto a la barra, ella no había dado muestras de haberlo visto llegar, incluso era posible que ni le reconociera, apretó con fuerza el vaso de whisky que sostenía y lo vació de un trago.

Becca había estado vigilando la puerta con disimulo mientras conversaba con el caballero que se había acercado, preguntándose si él vendría.

Su corazón se salto un latido al verle entrar, que estuviera allí, no quería decir nada, además ella ya tenía compañía y a diferencia del botarate que la asalto la vez anterior, el señor Nelson, parecía un caballero de lo más educado y considerado con las damas.

Como diría Helena, un candidato más que aceptable a compartir su cama.

Sacudió la cabeza ligeramente y volvió a prestar atención a lo que el señor Nelson estaba diciendo en ese momento.

— Como la iba diciendo, señorita Smith, saber distinguir un caballo ganador de otro mediocre es todo un arte.

— Que por supuesto usted conoce a la perfección — le contesto animándole a seguir hablando, aunque no estaba especialmente interesada en ello.

— Llevo años estudiándolo, si alguna vez necesita dinero rápido, las carreras de caballos son el mejor método para conseguirlo.

— Me temo que no sé mucho sobre caballos.

— Entonces permítame que le cuente un secreto para elegir el caballo ganador.

— Por favor, una nunca sabe en qué grado de necesidad me encontraré en el futuro — le animo entre divertida y expectante por lo que pudiera enseñarla.

— Sus ojos, fíjese siempre en sus ojos, deben ser grandes y expresivos, un caballo así siempre estará alerta durante la competición y su amplia visión, le permitirá adaptarse y adelantar a los demás más fácilmente — la susurro para que nadie más le oyera.

En una posada como aquella, donde casi todos sus comensales se dirigían a probar suerte en las carreras, era fundamental que esa información no se divulgara.

— ¿Sus ojos? — le pregunto sorprendida — siempre había pensado que su complexión atlética era lo más importante.

— Y por ese motivo tantos caballeros de buena cuna pierden cantidades escandalosas de dinero cada día — la respondió orgulloso de sus conocimientos.

En ese momento un mozo de cuadra se acercó a su mesa llamando su atención.

— Disculpe que le moleste, señor Nelson, un mensajero acaba de traer esta nota para

usted — dijo tendiéndole un papel doblado — insiste en que es urgente.

Nelson tomó la misiva y rompió el sello.

— Tendrá que disculparme, señorita Smith, debo atender este requerimiento — la informo poniéndose en pie y dejando algunas monedas sobre la mesa.

— Por favor, proceda — le disculpo.

— Ha sido un placer conocerla, señorita Smith, espero volver a tener la oportunidad de continuar nuestra conversación otro día.

— Será un placer — le respondió sin llegar a comprometerse del todo.

Becca observo como se inclinaba ante ella ligeramente antes de desaparecer junto con el mozo que le acompañaba.

Gibson había estado pendiente de la mesa desde la barra, vio como el lacayo se acercaba y le entregaba la misiva, como este se levantaba y salía por la puerta minutos después.

Tomo su vaso y la botella de whisky que había pedido, dispuesto a emborracharse y se incorporo, era su oportunidad de volver a gozar de sus encantos y no pensaba desperdiciarla.

Sabía que era una mala idea, una de las reglas no escritas que regían esos encuentros clandestinos era no estar nunca dos veces con la misma dama y él estaba a punto de quebrantarla con total impunidad, sin importarle las consecuencias.

Algo estaba mal en él, esa mujer lo había hechizado, sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente y acelero el paso, por el rabillo del ojo había visto que otro caballero se levantaba y se abría paso hacia su dama, apretó los dientes al comprender lo que sucedería si llegaba a su lado antes que él.

Becca observaba disimuladamente por encima del borde de su copa como ambos caballeros se disputaban ser los primeros en llegar a su mesa, en secreto deseaba que fuera Gibson quien se sentara en ella, aunque era una mala idea.

Las cosas debían quedarse como estaban y no volver a relacionarse con él como la Dama Enmascarada, ya estaban las cosas bastante complicadas entre ellos como para pasar una noche más en su lecho.

Sintió como la expectación de volver a su cama la recorría de arriba abajo, despertando su deseo de que sus grandes manos volvieran a recorrer su cuerpo desnudo, enviando ondas de placer a su centro.

Sintió como se sonrojaba de solo imaginárselo, dio gracias en silencio por la máscara que ocultaba su debilidad ante sus ojos.

— Buenas noches, milady — saludo sentándose frente a ella.

— Michael — le respondió tratando de parecer indiferente a su persona.

— Siento que su compañero tuviera que marcharse tan abruptamente.

Becca no pudo evitar reírse ante su falta de sinceridad por ello.

— No tengo ninguna duda de su pesar — le replico burlona.

Gibson sonrió abiertamente al oírla, parecía contenta con el cambio y que ella prefiriera su participación en aquel juego a la de cualquier otro, le gusto más de lo que debería, esto no

debería estar pasando, esa mujer no debía atraerle de aquella manera, pensó, solo era una diversión de una noche, se recordó amonestándose por olvidarlo.

Estuvo a punto de levantarse y buscar otra mujer con la que compartir su cama entre las presentes aquella noche, en cambio, se sorprendió invitándola a compartir su whisky.

Becca le miro directamente a los ojos, oculta tras el anonimato que la proporcionaba su disfraz, se sentía una mujer poderosa que podía conseguir cualquier cosa que se propusiera, no como la pobre Lady Rebecca que no había sido capaz ni de atraer un marido con quien formar una familia.

—Por esta noche ya he bebido bastante — le respondió declinando su invitación — además deseo recordar el placer que pueda proporcionarme con sus atenciones.

Extendió la mano sobre la mesa y le acaricio insinuante la muñeca con el pulgar.

Gibson sintió que su piel ardía bajo su delicado tacto, a pesar de los guantes, pudo sentir el calor que emanaba de su mano. Sus ojos resplandecieron por la pasión que esa mujer le provocaba.

Acabo de un sorbo su vaso y se levanto.

— Nos vamos — la pregunto ayudándola a levantarse.

Becca esbozo una tenue sonrisa de complicidad ante lo que estaba por venir.

Gibson la siguió arriba y cerro la puerta con llave cuando entraron.

De dos zancadas atravesó la habitación y la rodeo por la cintura, pegándola a su cuerpo, antes de apoderarse de su boca con un beso salvaje.

Becca le respondió con la misma intensidad, sintiendo la misma sed por beber de sus labios. Él no lo sabía, pero ella había soñado cada noche desde que se conocieron, con volver a estar entre sus brazos, el hecho de compartir la misma casa y saber que yacía a pocos metros de ella, hacía que las noches fueran una verdadera tortura.

Por fin esa fantasía se hacía realidad.

Sintió como rompía el beso y comenzaba a desabrochar los botones delanteros de su vestido.

— Michael — suspiro con impaciencia sintiendo su piel arder reclamando su tacto.

— Tranquila, princesa, tendrás todo lo que te mereces.

Becca se tenso al escucharle, ella no se merecía nada, si él llegara a descubrir su identidad la despreciaría por haberle mentido y toda la pasión que iluminaba sus ojos, se convertiría en odio y desprecio por engañarlo.

— ¿Qué ocurre? — Michael dio un paso atrás al notar su rigidez, confundido.

Hacía un segundo que temblaba de pasión anhelante de sus caricias y de repente todo había cambiado.

— Nada — le contesto tomando una respiración profunda tratando de apartar esos pensamientos de su mente, tal vez sí que debería haber tomado esa copa que él le había ofrecido antes de subir, tener la mente nublada por los efectos del alcohol, lo hacía todo más fácil y acallaba sus remordimientos por mentirle.

— Princesa — la miro dudando de que hacer ahora.

— Ven aquí — le tomo de la pechera acercándolo a ella para besarle de nuevo.

Michael la devolvió el beso y continuó desnudándola, antes de depositarla sobre la cama.

CAPÍTULO 9

Tal y como había ocurrido la vez anterior, Michael despertó solo en la enorme cama, ella ya se había marchado sin desvelar su identidad, lo cual le mantenía frustrado.

Se levanto de mal humor, se aseo un poco con el agua fría que había en la jofaina antes de bajar al salón principal en busca del desayuno.

Estando de ese humor, su labor en el campo no progresaría demasiado, pensó, quizás debería ir a consultar con Braynning las características de ese terreno en particular, puede que él se halla encontrado con un caso similar en sus tierras y de paso ver si Emma había recibido noticias de Marian desde la última vez que la pregunto.

Pensar en su hermana y en como le estaba castigando con su silencio, hizo que se sintiera aún peor.

Definitivamente, no estaba en condiciones de enfrentarse a más problemas hoy, decidió apurando su café, antes de levantarse y salir de la taberna.

Pasaría por casa de Sir Arthur para cambiarse, allí guardaba sus efectos personales y su caballo, ambos delatarían su posición dentro de la nobleza si los llevara al pabellón, destruyendo así el anonimato del que disfrutaba.

Noto que algunos parroquianos se volvían a mirarle al oírle, reír solo.

Toda su frustración se debía a la negación de cierta dama a desvelar su auténtica identidad, después de lo que habían compartido y él estaba haciendo lo mismo, no ocultándose tras una dichosa mascara, sino tras sus ropajes de simple caballero empobrecido y su lenguaje tosco y vulgar.

Menudo par de mentirosos estaban hechos.

Tomo su vulgar caballo castrado y abandono el patio de la posada al paso.

Debía escribir una nota a la señora Harris, comunicándole su ausencia, recordó tomando nota de ello, se la mandaría con algún lacayo de Sir Arthur antes de partir hacia Braynford.

Salió de la aldea y aumento el paso, ahora que se había decidido tenía prisa por reunirse con Braynning, pero sobre todo por ver a Emma.

Becca llego al pabellón poco antes de la hora del desayuno, había dejado a Michael aún dormido en la posada, por lo que no se sorprendió de ser la única que visitara el comedor aquella mañana.

Debía de darse prisa, en poco más de media hora llegarían sus nuevos ayudantes a los que tenía que dar instrucciones precisas de como realizar su labor.

Apuro su taza de té y se fijo en Nusa, parecía alicaída esa mañana.

— No te preocupes, bonita — la dijo en tono alegre tratando de animarla — daremos un buen paseo a lo largo de la mañana.

Nusa levanto la cabeza al oírla, Becca no tenía claro si la había entendido, pero noto que su mirada desconfiada se clavaba en ella.

Debía estar volviéndose loca, Nusa solo era un perro, muy listo, pero solo un perro.

— Te lo prometo — dijo aun así reafirmandose en su compromiso de sacarla a pasear.

Sacudió la cabeza y se levanto, era hora de ponerse a trabajar o no estaría lista para cuando llegaran, pensó, yendo hacia la biblioteca.

— Buenos días, Lady Rebecca.

— Buenos días, Lady Fanny — la saludo volviéndose hacia ella aún con los papeles que había estado estudiando en la mano.

Fanny se volvió hacia el perchero que había junto a la puerta para dejar su capa y el sombrero, antes de acercarse a ella.

Becca la había estado observando en silencio, Fanny era la hija del terrateniente más poderoso de la zona y de Lady Britney, hija del difunto Marqués de Carisbrooke y sobrina del actual Marqués, aunque había sido presentada en sociedad, ella prefirió volver a su casa en Kentford a permanecer en Londres buscando un marido.

Aún era joven, tan solo tenía veintidós años, pensó Becca con nostalgia por su gran pasión eran los fósiles, la gustaría establecerse en Cornualles, donde decían que se encontraban los mayores tesoros arqueológicos de Inglaterra, gracias a sus hermosos acantilados y a la minería de la zona, pero sus padres no se lo permitían.

Había aceptado el trabajo para eludir los enfrentamientos constantes por el tema y alejarse de los pretendientes que constantemente insistían en que conociera.

Secretamente, tenía la esperanza de encontrar algún libro poco conocido sobre geología que la ayudase a prosperar en sus estudios sobre las rocas.

— La apetece un poco de té mientras esperamos a los demás — la ofreció Becca señalando la bandeja dispuesta sobre la mesa frente a la chimenea.

— Gracias, Lady Rebecca, pero acabo de tomarlo antes de salir de casa.

— Llámame Becca, por favor.

— Solo si usted me llama Fanny.

Becca la sonrió mostrando su acuerdo.

En ese momento el señor Garner y el señor Hill se unieron a ellas en la sala.

— Permítame que les presente, Lady Fanny estos son sus compañeros, el señor Henry Garner y el señor Owen Hill — hizo las presentaciones y espero a que terminaran los saludos de cortesía antes de continuar —. Bien he trazado un plan de trabajo, Lady Fanny se encargará de anotar y registrar cada uno de los libros en la categoría que les corresponda.

Espero a que Fanny examinara las plantillas que había preparado para los listados iniciales.

— Está bien, no parece complicado — dijo una vez las estudio con cuidado.

— Ustedes, caballeros, se encargarán de vaciar por completo las estanterías y de colocarlos en esas cajas que he preparado — les señalo las cajas vacías apiladas en la pared del fondo — después colocarán los carteles en las baldas de las estanterías, con las materias en las cuales los clasificaremos.

— Sí, milady.

— ¿Y qué hacemos con los objetos? — pregunto Henry tomando una especie de espejo con el marco labrado de plata vieja, pero donde no se reflejaba su rostro.

— Por el momento los colocaremos sobre la mesa, frente a la chimenea y el escritorio — les indico — pero por favor, tengan mucho cuidado con ellos.

— Por supuesto, milady.

— Y llamarme Becca, yo os llamaré Henry y Owen, si no tenéis ningún inconveniente — les propuso medio mareada con tanto formalismo.

Ambos cabecearon su acuerdo.

— Yo soy Fanny, vamos a pasar mucho tiempo juntos entre estas cuatro paredes como para estar todo el día con el señor o señorita.

— Bien, si no hay nada más comencemos — les sugirió tomando su cuaderno de dibujo y sus lápices, dispuesta a seguir trabajando en su boceto.

El día había terminado y Becca se encontraba de pie en el centro de la destartalada biblioteca, los demás ya habían regresado a sus casas.

A Sir Arthur le daría un ataque si la viera en ese momento, pero no había quedado más remedio que vaciar las estanterías para poder colocarlas de nuevo de acuerdo al inventario que habían acordado.

Habían avanzado mucho, al día siguiente podrían comenzar a examinar los libros detenidamente en busca de los de John Dee, sonrió satisfecha con el trabajo realizado.

Se giro para subir a sus aposentos, para cambiarse para la cena, aunque no había visto al señor Gibson, se negaba a llamarle Michael fuera de la taberna, deseaba contarle todo lo que habían progresado, pensó feliz de poder contar con alguien con quien compartir su día.

Se sintió muy decepcionada cuando media hora después la señora Harris la informo que el señor Gibson se ausentaría por unos días por motivos de trabajo.

— Gracias — la respondió tratando de ocultar su decepción al saber de su ausencia. Él no había regresado a casa tras su noche ilícita en la taberna, pensó abatida, su mirada decayó en Nusa tumbada sobre la alfombra, su presencia ya no era tan consoladora como antes.

En que momento había permitido que eso sucediera, se pregunto consternada, Gibson nunca debió ser más que un amante ocasional a quien utilizar para quedarse embarazada.

Nunca debió considerarlo como algo más, se regaño a sí misma decidida a devolverlo a su lugar.

Tres días la duraron sus buenos propósitos, justo fue escucharle hablar desde el vestíbulo para que su corazón se saltara un latido y el día pareciera más luminoso para ella.

Esos sentimientos tenían que parar, se regañó a sí misma, pero igual que Nusa salió a su encuentro feliz para darle la bienvenida, ella deseaba lanzarse a sus brazos y demostrarle con un suave beso lo que le había echado de menos.

Dios mío, ¿qué había hecho?, sonrió burlándose de sí misma, si Helena la viera ahora la echaría una buena reprimenda, porque todo eso solo era culpa suya, por saltarse las normas y mantener el contacto con el que debía ser solo el amante de una noche.

— Buenos días — saludo Fanny al desconocido con el que casi había tropezado al salir de la biblioteca.

— Buenos días, señorita — la respondió distraído al ver a Nusa ir hacia él.

Solo tuvo tiempo de tomarla por la cintura para apartarla de su camino, cubriéndola con su cuerpo para evitar su embestida, sintió las fuertes patas de Nusa en su espalda, empujándolo más cerca de la sorprendida joven.

— Ohh — fue todo lo que Fanny pudo decir abrumada al sentirse entre sus brazos.

Sintió como enrojecía por su cercanía.

Era el hombre más atractivo que había conocido, con su casi uno noventa de estatura, su cabeza apenas le llegaba al hombro.

Levanto la vista despacio hacia sus labios carnosos que pedían a gritos ser besados, desafiantes si te atrevías a tomar lo que prometían.

Sus ojos azules, de mirada burlesca, la decían que sabía exactamente el efecto que la provocaba su cercanía.

Un calor sofocante comenzó a recorrerla de pies a cabeza.

Ese hombre representaba un pecado que quería cometer, pensó Fanny, sintiendo su musculoso cuerpo pegado al suyo.

Puede que por fin hubiera conocido al hombre que quisiera como esposo, por lo menos la había hecho sentir algo más que indiferencia con su cercanía, tuvo que reconocer para sí misma.

— Mis disculpas — dijo Gibson soltándola y dando un paso a tras, poniendo así distancia entre ellos —, pero Nusa es bastante efusiva en sus bienvenidas y usted estaba en su camino.

Dicho esto, se volvió hacia ella, que se había sentado pacientemente esperando su atención.

— Ven aquí, diablillo — la llamo cuando estuvo listo para recibir su envite — sí, yo también te he echado de menos — la acaricio la cabeza con cariño al tiempo que trataba de esquivar sus intentos de lamerle la cara.

— Ya está bien, Nusa, abajo — la regañó Becca un poco celosa por el cariño que la prodigaba el señor Gibson.

Definitivamente, ese hombre era un peligro para las mujeres, todas se postraban a sus pies nada más conocerle.

— Buenos días, Lady Rebecca — la saludo deshaciéndose de Nusa, quien se sentó a sus

pies, expectante.

— Señor Gibson —le saludo con más acritud de la que pretendía.

Gibson enarco una ceja al oírla, ¿ya ahora que había hecho mal con esa mujer?, se pregunto.

Era imposible que estuviera enfadada por haber estado fuera tres días, al fin y al cabo, ella no lo quería allí.

Un carraspeo a su espalda, procedente de la joven desconocida, le impidió seguir analizando la situación.

— Permítame que le presente a la Lady Fanny — dijo Becca recobrando la compostura — al señor Hill y al señor Garner, mis ayudantes.

Les presentó, ambos jóvenes se habían unido a ellos en el vestíbulo, atraídos por el alboroto.

— Él es el señor Gibson un huésped de Sir Arthur — le concedió no teniendo muy claro como explicarles su presencia en el pabellón sin poner en riesgo su reputación y la suya.

— Oh, señor Gibson, ya ha regresado. — dijo la señora Harris apareciendo de la nada desde la zona de los criados — ¿se quedará a comer? — le pregunto.

— Si no es mucha molestia, ya es un poco tarde para ir a los campos.

— Por supuesto que no, le diré a Zoe que ponga su plato en la mesa — dijo antes de desaparecer de nuevo para seguir con sus labores.

— Bueno, será mejor que regresemos al trabajo — dijo Becca rompiendo el silencio en el que habían caído tras su partida.

Los tres jóvenes volvieron a la biblioteca, Gibson noto la mirada apreciativa que la Lady Fanny le dirigió al pasar junto a él.

Becca no pudo reprimir un gesto de disgusto al verla, no podía estar celosa de la muchacha o sí, pensó.

— Compartiría conmigo un té y unos emparedados, Lady Rebecca — la pregunto impulsivamente.

Becca le miro sorprendida por la invitación, pero no encontró ninguna excusa para negarse a acompañarle y más cuando era eso precisamente lo que deseaba hacer.

— Por supuesto, llamaré a la señora Harris — le respondió tomando la campanilla que estaba en el estante sobre la chimenea.

Nusa se tumbo en su sitio habitual sin necesidad de que nadie la invitase.

CAPÍTULO 10

Gibson había permanecido tres días en Braynford y aunque no había conseguido noticias sobre su hermana, parecía que también había cortado toda la comunicación con Emma, eso le preocupaba, no era normal en ella ignorar de esa manera a su amiga.

Por lo que había mandado varias misivas a su administrador en Halftead y a sus abogados en Londres, para que contrataran personal especializado para encontrarla y le informaran de su estado con urgencia.

Eso calmo tanto su preocupación como la de Emma por su silencio.

En cambio, gracias a Collins había conseguido trazar un plan de mejoras para el nuevo campo que puede que funcionara.

Esperaba volver a mediados del próximo mes cuando el Duque de Alister estuviera de visita en sus tierras para conocer al heredero del vizcondado y comprobar de primera mano la evolución de los trabajos, que se realizaban en los campos, gracias a sus inventos cada día eran más prósperos.

Había regresado a Kentford la tarde anterior, pero había pasado la noche en la taberna buscándola, por algún motivo que no llegaba a comprender, no había podido quitarse de la mente a esa mujer enmascarada que invadía sus sueños y cualquier momento de paz durante el día.

Pero ella no estaba allí, pregunto al posadero, pero nadie la había visto desde la última noche que paso en sus brazos, se sintió aliviado al oírlo, pero también frustrado por no poder verla esa noche.

Volvería en cuanto pudiera escaparse de casa sin levantar curiosidad por sus desapariciones constantes.

Cuando llego a casa y vio a Lady Rebecca bajo el quicio de la puerta de la biblioteca, pensó que era su Dama, por algún motivo incomprensible, la recordó a ella. Allí de pie, majestuosa con la luz del sol, envolviéndola en un manto de esplendor.

Su corazón se salto un latido al contemplarla y su libido se despertó con fuerza en su interior.

Cómo podía desear de tal manera a dos mujeres tan diferentes, pero que despertaban los mismos sentimientos en él, se pregunto mientras se acomodaba en su sillón preferido junto al fuego.

Observo que Lady Rebecca se acomodaba en el sillón frente al suyo, la señora Harris interrumpió sus cavilaciones al llegar con la bandeja y depositarla sobre la mesa.

Becca se levanto para servir el té y le tendió su taza, antes de tomar la suya y volver a sentarse.

— No recuerdo que hubiéramos tomado el té juntos con anterioridad — comento Gibson extrañado de que se lo hubiera servido justo como a él le gustaba.

— No, creo que nunca lo habíamos hecho.

— Aun así, conoce mis gustos.

— Supongo que habré visto a la señora Harris alguna vez preparárselo — dijo sintiendo como se acaloraba.

— Supongo — replico pensativo dudando de ello.

— Le molesta que los conozca — le pregunto ofendida por su aptitud.

— No, por supuesto que no, me siento alagado por haber llamado su atención — la respondió con rapidez tratando de aclarar el malentendido.

Becca sintió que se ruborizaba, si él supiera hasta qué punto había llamado su atención, tomo un largo trago de té tratando de calmar su agitación.

Gibson la miro extrañado sin comprender nada de lo que estaba pasando, él solo quería compartir una agradable conversación con su hermosa compañera de casa, un momento de paz entre ellos, no pretendía alterarla en absoluto, quizás fuera mejor que regresara al trabajo en la biblioteca y él subiera a sus aposentos, tenía mucho en lo que pensar.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Becca se puso de pie y deposito su taza vacía sobre la bandeja.

— He de volver al trabajo — anuncio antes de marcharse.

Gibson observo su retirada sin decir nada, apuro su taza de té y devoro un par de emparedados antes de desaparecer en el piso superior.

No volvieron a coincidir hasta la cena, en la que ambos estaban demasiado tensos, como en un acuerdo táctico ambos decidieron que el vino les ayudaría a relajarse.

Por lo que bebieron demasiado, según pudo comprobar Becca al levantarse y sentir como la habitación giraba a su alrededor, tuvo que aferrarse al borde de la mesa para no caer esperando que se estabilizara.

Gibson acudió a su lado y la tomo por la cintura para impedir que se cayera al ver su indisposición.

El aroma a canela que emanaba de su cabello volvió a traerle recuerdos de su Dama Enmascarada a su adormecida cabeza por el vino que había tomado durante la cena.

Becca levanto la cabeza para fijarla en sus labios, quería que la besara, a ella, a Becca, no a su amante de taberna.

Gibson no pudo resistirse a su súplica silenciosa e inclino la cabeza para rozar la comisura de sus labios con un suave beso, o al menos esa era su intención al hacerlo.

No estaba preparado para el torrente de pasión que despertó en él, tan inocente gesto, ni para la respuesta que encontró en sus labios de vuelta.

Becca había estado añorando esto desde que abandono su cama hacía tres días, sentir sus

labios duros, asaltar su boca, empujándola hacia el abismo.

Iba a descubrirla, ese pensamiento hizo que se tensara entre sus brazos y el temor a que sucediera la arrebató del abandono en el que se encontraba.

Coloco las palmas de sus manos firmemente sobre su pecho y le empujo para que la soltara.

Gibson la miro confundido sin saber qué pensar, sus ojos brillaban con temor, mientras que el movimiento de sus dulces pechos denotaban la pasión que sentía. La vio tomar varias respiraciones profundas tratando de calmar su agitación.

Gibson la dejo hacer en silencio, allí plantado ante ella, esperando una explicación para sus actos. Tuvo que echar mano de hasta el último gramo de su autodisciplina para no volver a tomarla entre sus brazos y retomar la pasión que habían compartido.

Estaba seguro de que podría seducirla de nuevo si se lo proponía.

— Yo ... He de retirarme, ha sido un día muy duro y estoy muy cansada.

Fue todo lo que pudo balbucear Becca una vez recupero el resuello de su respiración, necesitaba alejarse de él y rápido, no podía descubrirla, no podía.

Se giro sobre sí misma y subió a sus aposentos, apresurada, iba a ser una noche muy larga, pensó, cerrando la puerta a su espalda y dejándose caer sobre ella. Dejo la mente en blanco y se concentro en desvestirse, se negaba a pensar en lo que había pasado entre ellos, pero sobre todo en las consecuencias si llegaba a descubrirla.

Gibson regreso a la casa para el almuerzo, se había pasado la mañana en los campos intentando apartar de su mente lo ocurrido la noche anterior, en como se sentía Lady Rebecca entre sus brazos, en el sabor de sus labios, en el aroma de su pelo. Pero había fracasado tan estrepitosamente como durante la noche tratando de conciliar el sueño.

Al final se había rendido y había decidido volver y enfrentarse a lo que sentía, quizás al volverla a ver se diera cuenta de que todo era producto de su imaginación que lo había exagerado todo en la oscuridad de la noche.

Becca estaba tan concentrada que dio un salto al oír la campanilla anunciando el almuerzo, entre unas cosas y otras no había avanzado todo lo que la hubiera gustado, esperaba poder haber terminado ese objeto durante la mañana y comenzar con el siguiente por la tarde.

Pero estaba claro que eso no sucedería, volvió a dejar sus cosas sobre la mesa y miro a sus ayudantes, los cuales parecían haberla estado esperando con paciencia a que estuviera lista para ir al comedor.

— Vamos — les invito dirigiéndose hacia el corredor sin esperar respuesta.

Los tres caminaron tras ella en silencio.

Becca no esperaba encontrarle sentado a la mesa, pero trato de disimularlo, él nunca almorzaba en la casa, se dijo extrañada, que habría pasado para hacerlo volver a esas horas, se pregunto sin llegar a formularle la pregunta, esperaba que estuviera bien y no hubiera regresado por encontrarse enfermo, pensó preocupada.

La comida fue más tensa de lo que esperaba, Becca se negaba a mirarle temerosa de su reacción si lo hacía, no se sentía muy segura de sí misma en ese momento.

Fanny por su parte, no desaprovechó la oportunidad de conversar un poco más con aquel hombre tan interesante que acababa de conocer.

— No se deja usted ver por la taberna, señor Gibson — comentó el señor Garner interrumpiendo así el parloteo incesante de Fanny.

— Estoy demasiado cansado tras la jornada en los campos — le explico agradecido de escapar de Lady Fanny aunque solo fuera por unos segundos — prefiero pasar la velada en casa disfrutando de un buen libro.

— Pues debería acercarse de vez en cuando — le aconsejo el señor Hill — son muchos los que desean charlar con usted sobre lo que está haciendo en las tierras de Sir Arthur.

Gibson le miro, pero no dijo nada, se imaginaba que era así, los nuevos modelos de cultivo estaban atrayendo a otros terratenientes, pero sobre todo a pequeños campesinos que deseaban mejorar sus granjas.

Hasta ahora había podido esquivarlos, aunque no le importaría compartir información con ellos, cualquiera de ellos podría llegar a reconocerle y ese era un riesgo que no estaba dispuesto a correr, el mismo hecho de que ahora supieran donde se alojaba, era algo con lo que no había contado.

Tendría que estar ausente aún más tiempo de la casa, si quería evitar las visitas indeseadas, pensó no demasiado contento de ver aún menos a Lady Rebecca y a Nusa y más ahora que había decidido acercarse más ella para conocerla mejor, tenía que reconocer que esa mujer le atraía como ninguna otra que hubiera conocido, a excepción de sus Dama Enmascarada.

La voz de Lady Fanny interrumpió sus pensamientos.

— Debe usted integrarse en la sociedad de la zona — comentó Fanny recobrando así su atención — mis padres ofrecen todos los jueves una cena con algunos amigos íntimos y el párroco, con su esposa, me aseguraré de que le envíen una invitación para este mismo jueves.

Gibson ocultó una mueca de disgusto llevándose la copa de vino a los labios y dándola un buen trago antes de responder.

— No la garantizo que vaya a aceptarla, Lady Fanny — la advirtió sin ninguna intención de asistir a tan amena velada.

— Insisto, no será usted tan descortés de despreciar una invitación tratándose de mí — replico fingiendo un puchero.

Hacía tiempo que había aprendido a manejar a los hombres a su antojo y el señor Gibson era un hombre como los demás, incapaz de resistirse a sus encantos, pensó segura de que al final conseguiría hacerle cambiar de opinión.

— Mis disculpas, señor Gibson — intervino Becca a ver el cariz que estaba tomando la conversación — a partir de ahora no compartiremos mesa con usted para que no se vea importunado a hacer algo que no desea.

— Tranquila, Lady Rebecca — la contesto restándole importancia al asunto — se necesita algo más que un mohín fingido para obligarme a hacer algo que no deseo — levanto su copa en un brindis silencioso solo para ella.

Becca le devolvió el gesto por instinto, en que estaba pensando, Gibson era más que capaz de no caer en las inocentes trampas de mujeres como Fanny, seguro que había conocido a

bastantes de ellas, pero aun así se sentía avergonzada por el comportamiento de su ayudante y responsable de ello.

— Aun así, debería pasarse un día por la taberna — le recomendó el señor Hill — sería bien recibido.

— Lo tendré en cuenta, si algún día me apetece tomar una pinta con mis vecinos — le respondió sin comprometerse a nada.

Poco después Becca dio por terminado el almuerzo y les recordó sutilmente que era hora de volver al trabajo.

Gibson los vio partir en silencio, sintió un movimiento a su izquierda y se volvió, Nusa permanecía en su lugar, no parecía tener muchas ganas de regresar a la biblioteca con su ama.

— Creo que un largo paseo nos vendrá bien a los dos — la propuso.

Nusa levanto la cabeza al oírle y le miro con los ojos más despiertos de lo que imaginaba.

— Vamos, seguro que a tu ama no la importara que salgamos.

Becca los vio cruzar el jardín hacia el prado a través de las cristaleras de la biblioteca y sonrió, estaba segura de que ambos pasarían una buena tarde al aire libre, se dijo sintiendo un poco de envidia por no poder acompañarlos. Ya iba lo suficientemente retrasada como para perder la tarde paseando, sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en el boceto.

CAPÍTULO 11

Gibson había estado observando a su compañera de cena toda la velada, apenas había probado bocado, abstraída en sus pensamientos.

— Jugáis al ajedrez, Lady Rebecca.

— ¿Qué? — respondió confusa al oírle.

— Os preguntaba ...

— Sí, claro que sí — le interrumpió — padre me enseñó, jugábamos casi todas las noches antes de retirarse a descansar.

Gibson la miraba a través de su copa de vino, parece que había regresado de allí donde sus pensamientos la habían llevado.

— La apetecería una partida.

— ¿Ahora? — le pregunto extrañada por su propuesta.

— ¿Por qué no?

Becca vio como se encogía de hombros.

— A no ser que tenga pensado seguir trabajando en sus bocetos — la dijo despreocupado.

No se le había ocurrido que tal vez ella deseara seguir dibujando en lugar de compartir la velada con él.

Si quería conocer mejor a Lady Rebecca y que hubiera un acercamiento entre ellos, una partida de ajedrez sería un buen comienzo, se dijo a sí mismo.

— Está bien, supongo que una inofensiva partida al ajedrez estaría bien entre nosotros — claudico Becca, pensando en como afectaría a su relación, pero sobre todo a sus recientes sentimientos hacia él.

— Entonces lo prepararé todo — dijo levándose de la mesa y yendo hacia la puerta con Nusa pegada a sus talones — la espero en el corredor.

— Está bien, me reuniré con usted en unos minutos — le confirmo.

Becca espero a oír la puerta que se cerraba a su espalda, antes de apartar su plato y tomar la copa de vino, le dio un buen sorbo con la esperanza de calmar sus nervios.

Desde esta mañana era incapaz de mirarle a la cara, se sentía avergonzada por como había respondido a su beso, pero sobre todo temerosa de que volviera a ocurrir y fuera descubierta.

No sabía lo que haría si eso llegaba a ocurrir y ella necesitaba tenerlo todo controlado en su vida, no soportaba la incertidumbre, no era una mujer impulsiva.

Si tuviera un plan se sentiría mucho mejor, pensó, apurando su copa de vino y poniéndose en pie, era hora de reunirse con él y dejar de esconderse, se dijo tratando de reunir el valor que la faltaba para enfrentar el resto de la velada.

Tal y como había prometido, Gibson había preparado el tablero en la mesita baja delante de la chimenea, junto con un decantador de licor y dos vasos.

Le encontró acomodado, descuidadamente en su sillón favorito, paso ante él y ocupo su lugar en el diván.

— Espero que no le importe ser vencido por una mujer.

— Elija — la respondió con una sonrisa de autosuficiencia en la cara.

No había perdido una partida desde los quince años, cuando comenzó a jugar con otros compañeros del colegio y había tenido el honor de batirse con grandes jugadores reconocidos en todo el país.

Aunque también se le daba muy bien perder sin que su contrincante se diera cuenta de que se había dejado ganar.

— Negras, no necesito la ventaja del primer movimiento para ganaros. — le contesto llena de confianza en sí misma.

Gibson le sostuvo la mirada durante un segundo antes de inclinarse para hacer el primer movimiento, dando así comienzo la partida.

Volvió a reclinarsse en el sillón observando atentamente a su contrincante, se podían

aprender muchas cosas de una persona por su manera de jugar al ajedrez y él tenía mucha curiosidad sobre la siempre estirada Lady Rebecca y la pasión que escondía bajo su imagen de hielo.

Durante más de una hora jugaron en silencio, Becca se concentró en cada uno de sus movimientos, tratando de adelantarse a ellos.

Gibson estaba resultando todo un experto en el arte de la evasión, esquivando sus ataques con demasiada facilidad, pensó, tendría que ser más agresiva si quería provocar que cometiera un error que la permitiera ganar la partida.

No tenía ninguna intención de perder frente a él.

— ¿Cómo lleva su trabajo en el campo? — le pregunto inocentemente.

Vio, como levantaba una ceja, le había sorprendido.

— Hace días que no va por allí, su empleador no debe estar contento con el retraso.

— Aunque no lo crea, fui a pedir la opinión de un experto sobre un problema que había surgido en el nuevo campo — la contestó reconociendo su jugada de distraerle conversando para provocar un movimiento en falso.

Había jugado demasiadas veces con Mariam y con Emma como para caer en su trampa.

— Oh, yo supuse que se había tomado unos días de descanso.

— Tiene un mal concepto de mí, Lady Rebecca. — la regañó, sintiéndose ofendido porque le considerara tan irresponsable — voy a tener que remediarlo.

Becca acusó su enojo regañándose a sí misma por ello. En realidad, quien era ella para juzgarle.

Su farsa como la Dama Enmascarada era mucho más deplorable que ausentarse del trabajo por unos días, por muy noble que fuera la causa que la llevaba a representarla.

Él no podía nunca enterarse de ello, eso sería catastrófico para ambos y más pudiendo ya llevar a su hijo en su vientre.

Gibson la observaba con detenimiento en silencio, preguntándose que estaría pasando por su bonita cabeza como para acalorarse de esa manera, sintió la necesidad de saber todo sobre ella, pero sobre todo de que confiara en él como para contárselo.

Becca extendió la mano y movió el caballo, tratando de concentrarse de nuevo en el juego.

Nada más hacerlo supo que había perdido la partida, su movimiento había liberado, él pasa de su alfil hacia su rey y Gibson no perdió la oportunidad para aprovecharlo.

— Jaque mate — anuncio triunfante.

La partida había sido demasiado corta para su gusto, pero interesante, sin duda Lady Rebecca era una de las mejores jugadoras a los que se había enfrentado.

Puede que en alguna ocasión llegara hasta a vencerle.

Becca se recostó contra el respaldo del diván y observó el tablero regañándose, interiormente, por su descuido, Gibson era un gran jugador, puede que hubiera sido incapaz de vencerle, aunque nunca lo admitiría ante él.

— Es hora de retirarme, mañana será un día de mucho trabajo — anuncio levantándose y buscando a Nusa con la mirada.

— Que descanse — la deseo no tratando de retenerla.

— Buenas noches, vamos Nusa.

Gibson vio como se encaminaban hacia las escaleras y desaparecían en el piso superior.

Tomo su copa olvidada y la vació de un trago.

Había sido una noche interesante, pero era hora de retirarse, le esperaban en los campos a primera hora de la mañana.

Estaba deseando poner en práctica los consejos que Braynning le había dado y ver si funcionaban según lo previsto.

Se levanto reacio a abandonar la comodidad del sillón y subió a sus aposentos.

El día había sido intenso de trabajo, gracias a sus ayudantes estaban avanzando más rápido de lo que había planeado. En un par de semanas más, la biblioteca del pabellón estaría terminada y ella se marcharía a casa de Sir Arthur para continuar su trabajo allí.

Ese era todo el tiempo que la quedaba para conseguir su objetivo personal de ese viaje, después la Dama Enmascarada desaparecería para siempre y si todo salía bien, ella también se marcharía, dejándolo todo atrás.

Noto como el coche desaceleraba al entrar en el patio de la posada.

Se tapo completamente con su enorme capa, lista para descender, habitualmente entraba por la puerta trasera e iba directamente a sus habitaciones, donde se cambiaba y transformaba en la Dama Enmascarada que todos conocían en el salón principal.

Gibson se volvió desde la barra al oír el tintinear de la puerta y una sensación de calidez le invadió al verla, había venido, no pudo evitar que a sus labios asomara una sonrisa de bienvenida.

La había echado de menos.

Becca fijo su mirada en Michael y le sonrió con calidez invitándole a que se uniera a ella.

Gibson no necesito más, tomo su vaso y la botella y se sentó en la mesa más cercana, disfrutando del balanceo de sus caderas mientras se acercaba.

— Buenas noches, Michael.

Becca se acordó en el último momento de poner acento francés, esa noche estaba muy nerviosa y a la vez ilusionada por verle de nuevo y compartir los placeres del lecho.

— Buenas noches, Princesa — se levanto como buen caballero y espero que tomara asiento antes de volver a acomodarse.

— Esto parece estar muy tranquilo esta noche — comento Becca fijándose en que apenas un puñado de mesas estaban ocupadas.

— Las carreras ya no son el espectáculo preferido de los caballeros en estas fechas — señalo Michael, — pronto se abrirá el periodo de caza y las fiestas campestres de varios días.

— Parece que sabe usted mucho sobre las costumbres aristocráticas — señalo extrañada de que un simple empleado que necesitaba trabajar para sobrevivir estuviera tan informado. Mientras ella, hija de Barón, criada en Londres, sabía tan poco sobre sus movimientos.

— Todos los años pasa lo mismo — trato de cubrir su descuido — podéis preguntar al posadero si lo deseáis.

— Confió en vuestra palabra.

En ese momento el posadero se acercó para depositar un vaso limpio sobre la mesa para la Dama y saber si deseaban algo más.

— Me gustaría poder cenar algo, si no es demasiado tarde para ello.

— Por supuesto que no, milady, ¿Qué os apetece? — y paso a recitar los platos de los que disponían en la cocina.

Becca le escucho con atención antes de decidirse.

— Un poco de ese guiso de conejo con patatas y una tartaleta de fresas, por favor.

Se suponía que cenaría con los Marqueses de Kendall en su finca y que pasaría allí la noche, para no tener que viajar en la oscuridad, aunque era un trayecto corto.

Pero en realidad no había comido nada desde el almuerzo y estaba hambrienta.

Otros días habría pedido que la llevaran algo a su habitación antes de bajar, pero esa noche estaba demasiado ansiosa por verle y no hubiera podido comer nada.

— Para mí lo mismo, acompañado de una buena jarra de su mejor vino y una hogaza de pan del que su esposa hace con tanto cariño.

— Por supuesto, señor.

Oyó Becca que decía perdida en sus pensamientos, era hora de relajarse y disfrutar de su compañía.

Menuda estupidez, podían gozar de mayor intimidad cada noche en el pabellón, pero allí solo serían Lady Rebecca y el señor Gibson, con las limitaciones sociales que ello conllevaba.

— Un penique por sus pensamientos.

— No valen ni eso — le obsequio con una sonrisa inocente volviendo a su papel de Dama Enmascarada — sería tirar su dinero.

— Permítame que yo juzgue eso — insisto, sentía la necesidad de que confiara en él algo tan íntimo como eso.

— ¿Cómo van sus trabajos en el campo? — le pregunto cambiando de tema — ha conseguido resolver los problemas que le preocupaban.

Michael se tensó sorprendido al escucharla, la miro receloso, ¿cómo podía saber eso?, no recordaba que el tema hubiera salido en ninguna de sus conversaciones en encuentros anteriores.

Sus conversaciones siempre habían sido intrascendentes y superficiales, sin revelar nada importante sobre ellos mismo.

Antes de que pudiera indagar más sobre ello, el posadero reapareció seguido de su hija, que también atendía la taberna y el salón, con la cena que habían encargado.

— Que aproveche.

— Si necesita algo más estaré a su disposición — canturreo Sammy acercándole un poco más sus hermosos pechos para que pudiera admirarlos a placer.

— Es todo por ahora — la contesto Becca con un tono más posesivo de lo que pretendía, dejándolo ver que no estaba dispuesta a compartirle.

Michael no pudo evitar una sonrisa lobuna al oírla y se inclinó para depositar un suave beso en el nacimiento de los mismos, solo para provocarla aún más.

Oyó como rechinaba los dientes por su gesto y eso lo complació más de lo que esperaba.

Sabía que no podía haber nada más entre ellos, pero eso no impedía que lo deseara.

Convertirla en su amante permanente, durante el tiempo que durara su encaprichamiento, sería un gran placer para él.

CAPÍTULO 12

Becca continuaba sin poder relajarse del todo, incluso en el carruaje camino de vuelta al pabellón a la mañana siguiente.

Seguía repasando mentalmente cada una de sus palabras y expresiones.

Incluso su encuentro apasionado entre las sabanas había sido el menos placentero de todos los que habían compartido.

No podía quitarse de la cabeza que algo la había descubierto, pero no conseguía imaginar que había podido ser por más vueltas que le daba.

El carruaje se detuvo ante las escaleras de la entrada y se tomó unos segundos antes de descender para recomponer su semblante más sereno.

Esa mañana ya la estarían esperando para otro largo día de trabajo.

— Buenos días, señora Harris — la saludo tendiéndola su bolsa de mano donde guardaba sus cosas para la noche.

— Buenos días, Lady Rebecca — la contesto tomando su equipaje — desea que la traiga un poco de té — la pregunto solícita.

— Sí, gracias, me vendría muy bien — la agradeció el detalle, apenas si había tenido tiempo para tomar un desayuno ligero en la taberna.

El sonido de la puerta trasera al abrirse y cerrarse llamó su atención, poco después apareció Nusa bajo el arco del pasillo trotando hacia ella.

— Buenos días a ti también — la saludo agachándose para quedar a su altura — ya vienes de tu paseo.

Nusa la lamió la mano con su cálida lengua, era su forma de saludarla y demostrarla que estaba feliz por su regreso.

— Está bien — la dijo apartándose un poco — ahora tengo que trabajar, pero más tarde saldremos tú y yo a pasear por el bosque.

Nusa sacudió la cola feliz al escucharla y se encaminó dentro de la biblioteca, para tumbarse sobre la alfombra, a esperar el momento de volver a salir.

Becca fue tras ella.

— Buenos días — saludo nada más cruzar el umbral.

Se acomodó frente al escritorio, tomó su cuaderno y sus lápices comenzando a trabajar.

Sus ayudantes sabían muy bien cuáles eran sus funciones, por lo que no la necesitaban para hacer un buen trabajo, se felicitó interiormente por ello, así todo sería más fácil cuando se marchara.

Gibson, por el contrario, despertó antes de lo normal que cuando solía compartir su cama con tan misteriosa dama, pero a pesar de ello ya se había marchado, lo único que delataba su presencia en la habitación era un sutil rastro de su perfume francés, demasiado empalagoso para su gusto.

Hoy tenía tiempo de pasarse por el pabellón y ver como había pasado la noche Lady Rebecca antes de ir a los campos, pero decidió no hacerlo, tenía que poner distancia entre ellos, esa mujer estaba en su mente más tiempo del que deseaba, no era el momento de entablar una relación con una mujer como ella.

Además, su Dama misteriosa era la dueña de toda su pasión y deseos.

Termino de vestirse y se encamino hacia la puerta, dispuesto a dejar de pensar en ambas damas y concentrarse en el trabajo que tenía por delante.

Se volvió hacia la habitación observándola con mayor detenimiento, tenía la sensación de que algo había cambiado la noche anterior y de que si se fijaba con mayor atención descubriría la verdadera identidad de la Dama.

Escudriño cada unos de sus rincones antes de encogerse de hombros dándose por vencido, no había nada allí fuera de lo normal, se volvió y salió al pasillo, cerrando la puerta tras él. Pero la sensación siguió acompañándolo el resto del día.

De verdad quería complicarse la vida conociendo la identidad de su Dama Enmascarada, se pregunto por enésima vez descendiendo del caballo en la puerta de los establos del pabellón, era mejor así, sin ataduras, ni remordimientos, un día cualquiera uno de los dos seguiría su camino y no volvería por la taberna.

Entonces su aventura clandestina habrá terminado y ambos serán libres de continuar con sus vidas.

Pero ese pensamiento en lugar de liberarlo lo ataba más a ella, no estaba listo para dejarla ir y algo le decía que pasaría mucho tiempo antes de que lo estuviera, si es que algún día estaba listo para ello.

Los fuertes ladridos de Nusa y la risa despreocupada de su dueña lo sacaron de sus cavilaciones devolviéndole al presente.

Escudriño los alrededores, pero no podía verlas, alcanzo a oírlas de nuevo y se encamino hacia los árboles que había en la parte de atrás del pabellón con la esperanza de reunirse con ellas.

Nusa fue la primera que lo vio y corrió hacia él para saludarlo, ya estaba familiarizado con sus embestidas, le convenía estar preparado si no deseaba acabar en el suelo.

— Nusa, abajo — trato de regañarla Becca por su entusiasmo.

— Déjela, es su manera de decir que se alegra de verme — la pidió mientras acariciaba la cabeza del peludo animal — verdad que sí.

— Pero no puede ir por ahí saltando sobre la gente — replico, molesta por su intromisión en como deseaba educar a su perro.

Gibson no pudo evitar reírse al verla allí tan inofensiva, mirándole con ojos de cordero y golpeando la tierra con energía.

Se agacho para coger una rama cercana y se la lanzo.

Nusa era un perro grande, rebosante de energía que necesitaba descargar cada día.

— No se preocupe a estas alturas, ya conoce el lugar lo suficiente como para no perderse — la dijo al verla mirar preocupada el lugar por donde Nusa había desaparecido entre la espesa vegetación.

— Eso espero — le señalo, no estando muy convencida de ello.

Gibson se volvió hacia el sitio justo cuando Nusa volvía aparecer, victoriosa con el palo en la boca que dejo caer a sus pies para que volviera a lanzárselo.

Gibson no pudo resistirse y se lo lanzo de nuevo, esa perrita gigantesca había conquistado por completo su corazón, la echaría de menos cuando se marchará.

Se giro a mirar a Lady Rebecca que permanecía de pie a su lado en silencio, a ella también la echaría de menos, se había acostumbrado a su compañía, sin ni siquiera haberse percatado de ello, se dijo sorprendido.

Sacudió casi imperceptiblemente la cabeza, confundido, de donde habían salido esos sentimientos de añoranza y desde cuando estaban en su cabeza.

— ¿La apetece que paseemos hacia el río? — la pregunto tratando de apartarlos de su mente — podríamos terminar aquel paseo que un día comenzamos — trato de convencerla viéndola dudar.

Quería estar más tiempo en su compañía y un inocente paseo parecía ser el plan perfecto para ello.

— Supongo que aún quedara suficiente tiempo de luz antes de que anochezca y tengamos que volver en la oscuridad. — contesto observando el sol que ya comenzaba a descender por el horizonte.

— ¿La da miedo la oscuridad?, Lady Rebecca — la pregunto comenzando a caminar por el sendero.

— Más bien las alimañas que habitan en ella — le respondió siguiéndole un paso por detrás de él.

— No se preocupe, Lady Rebecca, yo la defenderé de tan terribles animales — la dijo envalentonado.

La verdad es que deseaba tener el derecho a defenderla de cualquier cosa que pudiera molestarla, ¿qué narices le estaba pasando?

— Confío en que Nusa se ocupe de ellos — le confesó, no queriendo tener que depender de él en nada, eso sería peligroso, podría desarrollar sentimientos cálidos hacia él y no estaba dispuesta a ello.

Mantener las distancias y no convertirse en amigos era lo mejor dada la situación en la que se encontraban.

— Está bien, entonces dejaremos que Nusa nos defienda a ambos.

— ¿Y quién la defiende a ella? — replicó indignada imitando su tono burlón.

— Va a tener que decidirse, milady, necesita o no mis dotes de caballero andante.

— Um, lo decidiré cuando halla una alimaña a la que enfrentarse — le respondió sin comprometerse — no puedo permitir que Nusa salga herida si su contrincante es demasiado fuerte.

Nusa trotó a su lado expectante al oír su nombre.

— Por supuesto, nada más lejos de vuestra intención.

— Alguien tiene que protegerla a ella y sus intereses.

— ¿Y quién vela por su bienestar?, Lady Rebecca — la pregunto preso de una curiosidad repentina.

— Yo misma, no necesito de ningún hombre que me diga que puedo o no hacer con mi vida — respondió poniéndose seria de repente.

No era la primera vez que alguien cuestionaba su capacidad de tomar la mejor decisión para su futuro.

En su mundo era inconcebible que una dama pudiera hacer tal cosa sin la guía de un hombre, su padre o su esposo son quienes deben tomar las decisiones por ella.

Becca carecía de ambos, pero era más que capaz de gestionar su futuro.

— Esa no es una tarea fácil para una mujer.

— Es usted de los que piensan que una mujer no es más que un adorno para servir al hombre y proporcionarle un heredero a su marido, señor Gibson — estaba comenzando a enfadarse por sus comentarios.

Gibson no pudo evitar una carcajada, que reboto en la copa de los árboles, inundándolo todo con su sonido, al imaginarse a sí mismo como uno de esos caballeros que menospreciaba a las mujeres, considerándolas inferiores a ellos en todo.

Becca le miraba echando chispas por los ojos, parada en medio del sendero con los brazos en jarras.

Nunca se hubiera imaginado que el señor Gibson era de esa clase de hombres, casi todas las personas que había conocido, pertenecientes a la burguesía y el proletariado, eran más abiertos de mente respecto al papel de las mujeres en el mundo.

Solo la nobleza permanecía anclada en tan arcaicos pensamientos, pero tampoco imaginó que su mejor amigo, desde que eran niños, Lord Morrison y con quien siempre había fantaseado que formaría una familia, se casaría con otra, con la que le habían concertado un casamiento desde que nació y mucho menos que se sentiría feliz con su destino.

Casi parecían una joven pareja de enamorados en lugar de dos extraños a los que habían obligado a casarse porque sus progenitores lo acordaron.

Definitivamente, no sabía nada de los hombres y mucho menos interpretarlos, pensó reconociendo su incapacidad en ese tema.

Gibson se fijó en ella y se dio cuenta de que le había malinterpretado.

— En realidad es todo lo contrario — la dijo poniéndose serio de repente — tengo una

hermana muy inteligente y decidida a la que respeto y quiero con toda mi alma.

Trato de explicarle cuál era su postura al respeto.

— Solemos hablar de casi cualquier tema y tengo muy en cuenta sus opiniones y consejos.

Becca relajo el gesto al escucharlo, puede que no fuera tan inepta como pensaba.

— Solemos tomar juntos las decisiones importantes que afectan a nuestro futuro — salvo una, pensó recordando como había decidido pagar por sus errores sin consultárselo, sacudió la cabeza para apartar los recuerdos de su mente — si decidiera por ella sería capaz de asesinarme, créame.

Becca sonrió satisfecha, aunque sospechaba que había mucha más historia detrás de sus palabras que no la había contado, se sorprendió a sí misma ansiando que confiara en ella lo suficiente para contársela.

Era como una necesidad imperiosa que había surgido de la nada.

— Incluso le pediría ayuda a su amiga Emma para hacerlo — comento alejando así a Marian de su mente y reanudando el paso — Emma es la mujer más independiente y capaz que he conocido, algún día os contaré su historia para que juzguéis por vos misma sus capacidades.

Algún día, cuando pueda hablaros con sinceridad sobre mi persona, sin que me odies por el engaño al que os he sometido, se prometió a sí mismo.

Becca volvió a tener la sensación de que algo importante la ocultaba, el señor Gibson parecía estar cargado de secretos y ella deseaba descubrirlos todos y tratar de sanar esa herida que podía vislumbrarse bajo su dura armadura.

Contuvo un suspiro que amenazaba escaparse de entre sus labios, ese paseo no estaba resultando tan despreocupado como lo había planeado.

Todo lo contrario, ahora se sentía más cerca de él y no solo en el aspecto físico.

Tenía que encontrar la manera de distanciarse, no podía entregarle su corazón, por mucho que deseara hacerlo.

Él solo lo pisotearía hasta aplastarlo contra el camino, nunca la perdonaría que le hubiera engañado durante tanto tiempo.

Nunca debía descubrir que era la Dama Enmascarada, su amante de taberna, la odiaría por ello y ella no podría soportarlo.

— Ya hemos llegado — anuncio dando un paso lateral para que pudiera verlo.

Becca se colocó a su lado y abrió los ojos, sorprendida.

Estaban en la última hilera de árboles, por delante se abría un pequeño prado que descendía hacia la orilla del río, formando una especie de cala, delimitada por rocas a ambos flancos, incluso alguien se había tomado la molestia de traer arena de playa para extenderla junto a la orilla. Solo faltaban las olas y uno pensaría que estaba contemplando el mar en lugar de un pequeño río.

Sintió que Nusa pasaba veloz entre ellos, había oído el olor del agua, Becca abrió la boca para intentar detenerla, pero volvió a cerrarla sin emitir ningún sonido.

— Parece encantada de darse un baño — observo extrañado, nunca había visto a un perro tan feliz en el agua.

— Dejémosla jugar un rato — le pidió.

Se traslado bajo la sombra de un árbol cercano y se sentó dispuesta a disfrutar viéndola tan feliz.

— Supongo que podemos quedarnos un rato, antes de regresar, pero no demasiado, si no queremos que nos anochezca por el camino — claudico sentándose a su lado, pero teniendo mucho cuidado de que sus cuerpos no se tocaran.

Ambos permanecieron en silencio disfrutando del momento hasta que llegó la hora de volver al pabellón para la cena.

CAPÍTULO 13

Acababan de entrar en la casa cuando oyeron a un carruaje detenerse ante la puerta de entrada.

Gibson se tensó expectante, cualquier noble de la zona, aunque no visitara Londres con asiduidad ni frecuentara los eventos de la Temporada, algo poco probable entre sus pares. Podría reconocerle, sus tierras estaban demasiado cerca y además visitaba con frecuencia a Sir Arthur, quien algunas veces se encontraba acompañado de sus vecinos.

Becca se giró hacia la puerta temerosa a la vez que, sorprendida, nadie los había visitado desde que había llegado allí.

Observo fijamente la puerta, si fuera Lord Kendall y su esposa podrían despertar las sospechas de la señora Harris y Gibson, ya que no tendría sentido que la hicieran una visita social, cuando supuestamente había cenado con ellos la noche anterior e incluso había pernoctado en su casa.

De repente la puerta se abrió y un joven entró en la casa, sin llamar, seguido de cerca por Lady Fanny.

— Oh, señor Gibson, precisamente la persona que veníamos a buscar — exclamó Fanny al verle allí parado al pie de las escaleras.

Camino hacia él, ignorando deliberadamente la presencia de Lady Rebecca a su lado.

— Deje que le presente a mi hermano, Lord Worstead, el heredero de mi padre — le presentó orgullosa de él — y que ha sido tan amable de acompañarme hasta aquí.

— Es un placer conocerle, por fin, mi hermana no deja de hablar de usted — le saludó tendiéndole la mano.

— No puedo decir lo mismo, apenas he coincidido con vuestra hermana unos minutos, en un par de ocasiones — le aclaró estrechándole la mano con firmeza.

— Y usted debe ser Lady Rebecca — se volvió hacia ella, inclinándose levemente como deferencia hacia su persona.

— Lord Worstead — le saludó cortésmente.

— Bueno, dejémonos de tonterías — se volvió de nuevo hacia el señor Gibson y se colgó de su brazo — es hora de marcharnos, todo el mundo nos estará esperando para cuando lleguemos.

Intento caminar hacia delante junto con al señor Gibson.

— ¿Usted no nos acompaña?, Lady Rebecca — la pregunto Lord Worstead tendiéndola el brazo.

— Por supuesto que no — replico Fanny enfadada con su hermano por sugerirlo — estoy segura de que está demasiado cansada como para tener que asistir a nuestra humilde cena — le aclaro sin ni siquiera volverse para mirarla.

— Es una pena, hubiese disfrutado de su compañía — insistió Worstead ignorando a su decidida hermana.

— Ambos estamos cansados — replico Gibson saliendo de su estupor y liberando su brazo, dio un paso hacia la puerta y la abrió de par en par — es hora de que se marchen — les señalo el carruaje que esperaba su regreso — estoy seguro de que a sus invitados no les gustara nada su retraso.

Becca le miro admirada, parecía tener la situación bajo control, como si no fuera la primera vez que se enfrentaba a una situación igual de embarazosa.

Algo que la extrañaría en absoluto.

Michael era un hombre joven, muy atractivo, que rebosaba masculinidad por cada poro de su piel, estaba bien situado económicamente, por lo que había podido percibir desde que le conocía y soltero, incluso en Londres se le consideraría un buen partido a pesar de carecer de un título.

Por lo que no era de extrañar que Lady Fanny se hubiera fijado en él, pero ese comportamiento tan descarado era del todo censurable.

Una dama debía comportarse con mayor mesura, ¿cómo te comportaste tú con Lord Morrison?, se pregunto recordando el resultado, también quieres perder a Michael o estás dispuesta a luchar por él.

De donde había salido ese pensamiento, Michael no la pertenecía, en absoluto, su relación no tenía futuro, por mucho que peleara.

Pero tampoco la gustaría ver como elegía a otra para ser su esposa y menos a Lady Fanny, esa mujer no le haría feliz en absoluto.

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente, para concentrarse en lo que estaba pasando en el rellano.

— Pero no podemos marcharnos sin usted — protesto Lord Worstead — usted es el invitado de honor de esta noche, todo el mundo espera conocerle. — le explico confundido por su actitud.

Fanny les había asegurado a todos que su relación avanzaba por el camino correcto y que muy pronto tendría un anuncio que ofrecer.

Worstead se volvió hacia su hermana mirándola con suspicacia.

— ¿Fanny?

— O no pasa nada, Worstead, el señor Gibson ha tenido un mal día — trato de justificarle — estoy segura de que en la próxima cena nos acompañara, tal y como esperamos.

Fanny era lo suficientemente inteligente como para saber cuando retirarse, como decía su querida abuela, una retirada a tiempo nos da la posibilidad de batallar otro día para ganar la

guerra y estaba claro que el señor Gibson no los acompañaría esa noche, a pesar de su encerrona.

Oculto lo mejor que pudo su enfado por no haber podido salirse con la suya y se volvió hacia él.

— Le veré por la mañana, como siempre, y podremos pasar un rato juntos antes de que tenga que entrar en la biblioteca — le prometió pasando ante él y subiendo al carruaje que esperaba.

Lord Worstead se dio prisa en ir tras ella.

Gibson cerro la puerta con demasiada fuerza a sus espaldas. Estaba furioso, uno de los motivos por los que se ocultaba en ese pabellón, bajo una falsa apariencia, era huir de las mujeres que eran como Lady Fanny y habían intentado embaucarle en Londres.

Se fijo en Lady Rebecca que aún permanecía al pie de la escalera mirándole, Nusa hacía tiempo que había desaparecido en busca de sus preciadas alfombras junto a la chimenea.

— Me temo que tendrá que renunciar a su costumbre de cambiarse para la cena o esta se enfriará, algo que no le gustará nada a la señora Harris.

— La verdad es que se nos ha hecho muy tarde — le contesto estando de acuerdo con él — subiré a lavarme un poco tras nuestro paseo y bajaré enseguida — se volvió y comenzó a subir las escaleras.

— Yo haré lo mismo — dijo yendo tras ella.

— Será mejor que se den prisa, la cena ya está servida — les advirtió la señora Harris uniéndose a ellos en el corredor.

Cenaron en silencio evitando hablar del episodio tan desagradable que habían protagonizado minutos antes.

Becca le miro pensativa por encima de su copa, no parecía muy enfadado por lo ocurrido, había dado la impresión que no le interesaba Lady Fanny al dejar pasar la oportunidad de ser presentado a su familia en su compañía.

Pero no podía estar segura de ello por completo, la verdad es que estaba un poquito celosa, tuvo que reconocer para a sí misma, ver como Gibson era cortejado tan abiertamente por una joven tan hermosa como Lady Fanny hacía que se le revolviera el estómago, miro la comida que aún quedaba en su plato, asqueada.

Ella no tenía ningún derecho sobre él, ni lo quería, se recordó a sí misma, pero prefería estar ya muy lejos de allí, cuando él se decidiera a cortejar a una joven para convertirla en su esposa, porque ese momento llegaría.

Y entonces la olvidaría a ella y a la dama misteriosa con la que había compartido su cama, tan solo unas pocas semanas.

Sintió como las lágrimas anegaban sus ojos y pugnaban por ser derramadas, se sentía desolada.

— Si me disculpa, voy a retirarme temprano, estoy muy cansada — le dijo retirando la silla para levantarse — le deseo una buena noche, señor Gibson.

Y sin más abandono el comedor rumbo a sus habitaciones con paso presuroso, no estaba segura de poder controlar mucho más, no romper a llorar y eso sería nefasto si él lo descubría.

Abrió la puerta de su habitación y se dejó caer sobre la cama completamente abatida.

¿Qué la estaba pasando?, se preguntó dejando por fin las lágrimas fluir libremente por su rostro.

— Buenas noches — murmuró Gibson sorprendido a su espalda por su huida.

No era posible que estuviera molesta por lo ocurrido con Lady Fanny, al fin y al cabo, ella nunca había dado signos de que él le interesara, más bien todo lo contrario, sería feliz si desapareciera y no volviera a poner un pie en el pabellón.

Y no entendía por qué eso le molestaba, había llegado a apreciar a Lady Rebecca, era una mujer hermosa y deseable, además de inteligente con la que se podía conversar de algo más que de moda y el tiempo.

Disfrutar de su compañía, incluso se había sorprendido a sí mismo preocupándose por su bienestar o anhelando una de sus sonrisas.

Si se hubieran conocido en otras circunstancias, incluso se hubiera planteado cortejarla para convertirla en su esposa.

Sintió que esa opción no le desagradaba en absoluto, se la imaginó en su propia biblioteca de Halftead con un bebé en brazos, supervisando a sus ayudantes buscando los libros desaparecidos de John Dee.

Un sentimiento de calidez y felicidad le invadió, su hijo.

Tomo su copa y le dio un largo trago abstraído, de donde habían salido esos sentimientos hacia Lady Rebecca, desde cuando anhelaba convertirla en su esposa, se preguntó del todo confundido.

Y como no se había dado cuenta de ello en todas las semanas que llevaban juntos, la imagen de su Dama Enmascarada cruzó por su mente.

Esa mujer era la única receptora de toda su pasión y sus anhelos por el momento, pero nunca podría convertirla en su esposa.

Estaba encaprichado y eso le había impedido ver a Lady Rebecca como la mujer que había estado buscando en Londres con quien compartir su vida y darle un heredero a su título.

Por lo que había perdido mucho tiempo para intentar cortejarla y convertirla en su esposa.

Aunque lo primero que debía hacer era olvidarse de volver a la taberna y de la mujer que allí le esperaba.

No sería justo para Lady Rebecca si siguiera frecuentando su compañía, se dijo así mismo.

Apuro su copa de vino y se trasladó al corredor, arrellanándose en su sillón favorito.

Observo como la señora Harris ya había rellenado el decantador de licor y lo había dispuesto sobre la mesa para su disfrute, pero no se inclinó para llenar la copa y continuo perdido en sus pensamientos.

Si decidía cortejar a Lady Rebecca tenía un problema más que resolver, Lady Fanny.

No creía ni por un momento que desistiría a pesar del desquite que la acababa de dar esa misma noche.

Londres y el mercado matrimonial, que era la Temporada, estaba plagado de mujeres como ella.

Manipuladoras y sin ningún escrúpulo con tal de obtener una proposición del caballero que habían elegido como su marido.

Muchos pensaban que eran los caballeros quienes elegían a las damas, pero en muchas ocasiones no era así, solo los viudos y los de más edad o los que cargaban con un pasado turbio sobre sus espaldas podían hacerlo.

Los jóvenes, con un título, bien parecidos y con los bolsillos llenos, eran atrapados en matrimonios no deseados, provocados por la dama que lo había elegido y sus familias.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo al pensar en lo cerca que habían estado de atraparle a él mismo en más de una ocasión por esas arpías.

Él deseaba algo más en su matrimonio, no necesitaba estar enamorado de su futura esposa, pero sí al menos respetarla y él no podría nunca respetar a una mujer que lo había llevado al altar con engaños.

Sacudió la cabeza tratando de centrarse en el verdadero problema, Lady Fanny y en como deshacerse de sus avances sin ofenderla.

Se quedó un rato más allí, observando el vacío antes de retirarse a sus aposentos, sin llegar a encontrar la manera de hacerlo, salvo intentar no cruzarse en su camino, permaneciendo fuera de casa cuando ella estuviera trabajando para Lady Rebecca, pero dudaba que eso fuera a funcionar en vista de lo ocurrido esa noche.

Mañana seguiría intentando dar con una solución, ahora estaba demasiado cansado como para pensar con claridad.

CAPÍTULO 14

Becca observaba a Lady Fanny desde detrás del escritorio mientras trabajaba.

Ninguna de las dos volvió a comentar lo ocurrido y el hecho de que Gibson se mantuviera alejado de la casa hasta el anochecer no había propiciado un nuevo encuentro entre ellos, ni público, ni privado.

Pero, aun así, Becca vivía temerosa de que ocurriera, en cualquier momento, que Gibson hubiera cambiado de opinión sobre ella, decidiendo aceptar los avances de Lady Fanny sobre su relación.

Sintió un nudo en el estómago solo de pensarlo, hacía varios días que se había visto obligada a admitir que le gustaba ese hombre más de lo que debería, dada su situación entre ellos.

Esperaba con ansia cada tarde cuando llegaba el momento de salir con Nusa a pasear y él las esperaba en el claro de detrás de la casa, semi oculto entre los árboles que lo bordeaban.

Esos momentos, junto con sus partidas de ajedrez tras la cena, eran los mejores momentos del día.

Disfrutaba cada día más de su compañía, de su sentido del humor.

Cada noche regresaba a su cuarto, temblorosa, deseando sus caricias por cada poro de su piel, para pasar horas en blanco hasta que se calmaba y podía dormir un poco, acompañada de unos sueños sobre un futuro feliz siendo su esposa y la madre de sus hijos.

— Discúlpeme, Lady Rebecca, pero debería revisar este libro — la dijo Owen tendiéndole el manuscrito.

Becca le miro extrañada, aún presa de su abstracción, sin comprender que es lo que deseaba de ella.

— Lady Rebecca — insistió blandiendo el libro ante ella, invitándola a que lo tomara.

— Gracias — se obligo a extender la mano para cogerlo y despejar su mente de cualquier otro pensamiento.

— Mírelo, creo que es uno de los libros que estamos buscando — la invito expectante esperando su veredicto.

Becca vio como los demás dejaban sus tareas y se acercaban al escritorio, emocionados.

Bajo la cabeza, para mirar el libro que sostenía en la mano, estaba encuadernado en un discreto cuero marrón sin ningún distintivo sobre la cubierta.

Parecía muy antiguo, lo cual pudo confirmar al abrirlo y ver el papel sobre el que estaba escrito, bastante más grueso que los libros actuales.

Escrito a mano, por una caligrafía un tanto descuidada, podía leerse “Enlightened”, iluminados.

Comenzó a pasar sus páginas con mucho cuidado, temiendo que se resquebrajasen bajo sus dedos.

Parecía una especie de diario, algunos párrafos estaban escritos en inglés antiguo y otros en una especie de jeroglíficos, aunque no se parecían en nada a los utilizados por los egipcios, que había visto en la biblioteca de su padre.

Volvió a la primera página buscando algún tipo de firma o señal que revelara al autor del mismo, pero no encontró nada que la indicara su autoría, tuvo el presentimiento que quien lo hubiera escrito no deseaba ser identificado.

— ¿Y bien, es uno de los libros que buscamos? — la increpo Lady Fanny quien no podía ocultar su curiosidad.

Becca levanto la cabeza del libro y miro a sus ayudantes que esperaban pacientemente su veredicto.

— Tendré que examinarlo más de cerca para poder saberlo, a simple vista no hay nada que nos indique que John Dee fuera su propietario, como en otros libros que hemos encontrado — les explico — es un libro peculiar, de eso no cabe duda.

Vio como la desilusión se adueñaba de ellos.

— Sea quien sea su autor o propietario anterior es un gran hallazgo, los felicito — observo como esas sencillas palabras conseguían que sus ojos se iluminaran de nuevo.

— El almuerzo está servido — anuncio la señora Harris interrumpiendo de ese modo la reunión.

— Gracias, enseguida vamos — la respondió Becca depositando el libro con mucho cuidado dentro del primer cajón del escritorio, donde guardaba el papel en blanco y cerrándolo con llave, la cual guardo en el bolsillo de su falda.

Hasta que no estuviera segura de que tenía entre manos, era mejor mantenerlo lejos de cualquiera que quisiera hojearlo.

Algo la decía que era un texto muy valioso y codiciado.

Se aseguro que todo estuviera en orden antes de seguir a sus ayudantes al comedor para el almuerzo.

Por supuesto, el único tema del que conversaron en la mesa fue del extraño libro que habían descubierto.

— Les ruego que por ahora no comenten con nadie más su hallazgo — les pidió una vez regresaron a la biblioteca y al trabajo — Sir Arthur debe ser el primero en ser informado, ya que es el propietario y enterarse por otras personas, ajenas al proyecto, le enfadaría.

— Por supuesto, Lady Rebecca — concordó Owen.

— Cuento con nuestra discreción — respondió Henry.

— Se lo agradezco — les dijo dándose cuenta de que Lady Fanny no había dicho nada al respecto.

Tenía un mal presentimiento sobre ella, estaba segura de que no perdería la oportunidad de atribuirse el mérito ante sus amistades.

Tendría que actuar deprisa e informar a Sir Arthur y a Kendall enseguida, antes de que los rumores llegaran hasta ellos.

Aun así, decidió no sacar el libro de nuevo hasta que sus ayudantes se hubieran marchado y se encontrara sola para poder examinarlo.

Quizás esperara a Michael para examinarlo juntos, una sonrisa de anticipada felicidad ilumino sus ojos al imaginarse a los dos juntos inclinados sobre las páginas del extraño libro, se llevo la mano inconscientemente a su vientre y comenzó a acariciarlo.

Estaba deseando que llegara la noche para pedirle su opinión.

Michael estaba lavándose un poco tras un largo día de trabajo, antes de volver a casa y reunirse con Lady Rebecca y Nusa para su paseo, cuando vio a un mensajero acercarse por el camino directo hacia él.

Se enderezo y espero a que llegara, no serían buenas noticias las que transportaba, pensó sintiendo un vacío en el estómago.

— Señor Gibson — le saludo tendiéndole la nota pulcramente doblada.

Gibson le devolvió el saludo con una ligera inclinación de cabeza y tomo la misiva, preparándose mentalmente para lo peor, rompió el sello y comenzó a leerla.

Sir Arthur le invitaba a unirse a él y a algunos amigos durante la cena, soltó la respiración que no sabía que estaba reteniendo, aliviado, no parecía que nada grave hubiera ocurrido.

Levanto la cabeza para darle su respuesta al mensajero, pero este ya se había marchado.

Volvió a ponerse la camisa y la chaqueta, ya se cambiaría en casa de Sir Arthur antes de la cena, pensó, tomando su caballo.

Hoy no tendría el placer de gozar de la compañía de Lady Rebecca tras la jornada, se dijo dándose cuenta de que eso le entristecía.

Había comenzado a disfrutar de su tiempo con ella y a desear regresar a casa solo para verla, la echaría de menos, seguro que los amigos a los que se refería Sir Arthur eran de su agrado, les recordarían a las veladas que su padre organizaba en Londres.

Ya la echaba de menos, se tenso sobre la silla al darse cuenta de ello.

Desde cuando tenía esos sentimientos hacia ella, se pregunto en silencio, eran como consecuencia de su obligada convivencia en el pabellón o algo más.

Por su mente cruzo la imagen de su Dama Enmascarada, recostada sobre su cama con tan solo una máscara que ocultaba su rostro, invitándole a unirse a ella.

Se revolvió en la silla al notar que su libido se despertaba en todo su esplendor.

Tomo varias respiraciones profundas tratando de calmarse.

Estaba tan encaprichado con esa Dama que le había impedido ver lo que tenía en casa o utilizaba la compañía de Lady Rebecca para suplir la falta de su Dama en su vida cotidiana.

Demasiadas preguntas sin respuesta, sacudió la cabeza tratando de poner en orden sus pensamientos, pero no eran estos los que necesitaban ser aclarados, sino sus sentimientos por ambas mujeres.

No sería justo para ninguna de ellas utilizarlas de esa manera.

Los establos de Sir Arthur aparecieron ante su vista y espoleo al caballo para alcanzarlos, ya pensaría más tarde en ello, se prometió a sí mismo.

Dejo el caballo en las manos del mozo de cuadra que salió a recibirlo y se encamino hacia la casa.

— Buenas tardes, señor Gibson — le saludo el mayordomo al abrirle la puerta para que entrara.

Todos los criados habían recibido la orden de no referirse a él por su título, mientras estuviera alojado en el pabellón.

Estaban acostumbrados a las excentricidades de su señor, por lo que ninguno se atrevió a cuestionarlo.

— Buenas tardes — le saludo al pasar.

— Sir Arthur le espera ...

— No, me lo diga — le corto adivinando el lugar — en la biblioteca.

— Sí, señor — le respondió intentando ocultar una sonrisa.

— Como si alguna vez saliera de ahí — comento encaminándose hacia las dobles puertas de roble que dominaban el recibidor.

— Sir Arthur — le llamo desde el umbral.

— Oh, ya estás aquí, muchacho — respondió levantando la cabeza tras la pila de libros que lo ocultaban — cierra la puerta y acércate, ya sabes que no me gusta hablar a gritos.

Gibson se volvió obediente y cerro las puertas antes de caminar hacia él, no sin cierta dificultad por las precarias montañas de libros que había por toda la sala.

Si alguna de ellas se caía a su paso, Sir Arthur no tendría ningún reparo en echarle una buena reprimenda por ello.

Sonrió para sí mismo al imaginárselo, para Sir Arthur seguía siendo el rebelde mozalbete a quien le había tocado educar, culpable de que le salieran sus primeras canas.

— Te preguntarás por qué te he hecho llamar — le dijo sin más preámbulos — y más cuando tengo invitados en casa.

— Pues sí, tengo una gran curiosidad al respecto.

— Ah, pues resulta que uno de mis invitados esta noche es el profesor Ulford de Oxford, un reconocido arqueólogo que acaba de llegar del condado de Wexford en Irlanda — le explico.

— Mariam ... — susurro su nombre antes de que pudiera silenciarlo.

— El cual ha estado trabajando los últimos seis meses en un nuevo yacimiento en las tierras del Conde de Leinster — continuo ahora que había captado toda su atención — pensé que te interesaría hablar con él e intentar obtener noticias de tu hermana, discretamente.

— Por supuesto — respondió tratando de serenarse.

Esa noche, por fin, conseguiría noticias de su amada hermana, su corazón latía con fuerza, apenas podía esperar a que llegara el momento de la cena para poder abordarle.

Aunque, como bien le había señalado, Sir Arthur debía actuar con discreción para no rebelar su relación con la Dama o perjudicarla con cualquier malentendido que pudiera despertar su interés.

— Será mejor que suba a asearme un poco y cambiarme para la cena — comento distraído caminando hacia la puerta.

— Deberías darte prisa, mis invitados están a punto de llegar — le dijo a su espalda, desapareciendo de nuevo tras la pila de libros que le ocultaban.

Gibson se encamino hacia sus habitaciones, nada más entrar vio que tenía el baño preparado, dio gracias por ello, se desnudo y se introdujo en la bañera.

No necesitaba a ningún lacayo o ayuda de cámara para eso, había prescindido de ellos cuando se fue al colegio a continuar sus estudios, era perfectamente capaz de asearse y vestirse por sí mismo, es más, lo prefería.

Acababa de salir de la bañera cuando le pareció oír la puerta principal, abrirse y cerrarse, se apresuro a ir hacia el armario y sacar ropa limpia.

Estaba impaciente por reunirse con los demás en el piso inferior.

No fue hasta finalizada la cena cuando muy hábilmente Sir Arthur consiguió introducir el tema que le interesaba.

— Tengo entendido que debería felicitar a Lord Leinster por su reciente matrimonio — dijo Gibson uniéndose así a Sir Arthur en la conversación — he oído que la nueva condesa es muy hermosa.

— No sabría decirle, la verdad. Al parecer los condes se trasladaron a un lugar desconocido junto con la condesa viuda, tras el enlace — les explico.

— Extraño, ¿no cree?, profesor Ulford — le pregunto contrariado — y más teniendo en cuenta los trabajos que estaba usted realizando en su finca.

— La verdad es que sí, y más teniendo en cuenta que fue el propio Lord Leinster, un aficionado a la arqueología, quien descubrió el yacimiento e insistió en que fuese yo mismo quien lo explorara.

— Puede que estuviera más interesado en su bella esposa que en las excavaciones de sus tierras — comento otro de los invitados socarronamente.

Gibson tuvo que echar mano de toda su autodisciplina para no estamparle su estúpida cabeza contra la repisa de la chimenea por su insinuación.

Tomo una respiración profunda tratando de calmarse.

— No sabría decirle — le oyó responder al profesor Ulford, sacudió la cabeza tratando de centrarse en lo que seguía comentando.

— El caso es que es su hermano menor, junto con su familia, quien regenta y administra la finca, el único que reside en ella.

Sir Arthur vio que era el momento de intervenir y redirigir la conversación hacia otros lares.

Lo sentía por el muchacho, había tenido la certeza de que el profesor Ulford podía darle las noticias que tanto deseaba de su hermana, no había imaginado algo así, si lo hubiera sabido nunca le hubiera invitado a la cena.

Pobre muchacho había despertado sus esperanzas para nada.

Intentaría hablar con él cuando todos se retirarán, se prometió Sir Arthur preocupado.

CAPÍTULO 15

Becca oyó la llegada de Michael desde la biblioteca y salió a recibirlo.

Lo había echado en falta durante su paseo y la cena.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo abatida que estaba por su ausencia.

— Señor Gibson, me alegro de que haya llegado, tengo ...

— Ahora no, Lady Rebecca — la contesto arrastrando los pies hacia el corredor.

Se dejó caer sobre su sillón favorito, todo el cuerpo le pesaba como si llevara una losa a sus espaldas.

Cerro los ojos por un momento, se sentía tan cansado, volvió a abrirlos y se fijo en la bandeja con el decantador y un par de vasos que había sobre la mesa.

Necesitaba una copa, se dijo así mismo, inclinándose para llenar su vaso que vacío de un solo trago.

Una no sería suficiente esa noche y volvió a rellenarlo, esa noche iba a necesitar mucho brandy, bebería hasta perder el conocimiento y alcanzar el olvido que tanto ansiaba.

Becca le había seguido y le miraba preocupada, podía sentir su malestar, no había más que verle para saber que algo grave le había pasado durante su ausencia.

Sintió un nudo en el estómago que le subía hasta la garganta, apenas podía respirar.

Tomo un par de respiraciones profundas y camino hacia el diván para sentarse frente a él.

Necesitaba hacer eso, necesitaba está ahí para él, tanto como respirar.

Se asusto al comprender la fuerza de esa necesidad que se había despertado en ella al verle en ese estado. Pero por mucho que la asustara no lo abandonaría, permanecería a su lado.

Permanecieron mucho tiempo en silencio, simplemente confortándose el uno al otro con su mutua compañía.

Becca no había dejado de observarlo, ya casi había terminado con el decantador y era evidente que lo que buscara en él no estaba funcionando.

El alcohol no lo estaba relajando, es más, por momentos parecía aún más desolado que cuando había llegado.

Su nivel de preocupación se elevo hasta cotas insospechadas, tenía que hacer algo.

Se puso de pie y camino hacia él, decidida a aliviar su dolor, costase lo que costase.

— Mi padre siempre me decía que un buen abrazo de la persona adecuada, puede recomponer el alma — dijo dejándose caer sobre sus rodillas y rodeándole el cuello con los brazos — que no es necesario hablar, simplemente sentir el contacto con otro ser humano — le contó recostando la cabeza sobre su hombro.

Gibson se sobresalto por su osadía, pero no se resistió, rodeo su cintura con sus brazos y la acerco más a él.

Se sentía tan bien pegada a su pecho, como si ese hubiera sido su lugar desde siempre.

Inclino la cabeza y aspiro su aroma a flores silvestres del campo mezclado con un difuminado exótico perfume francés, que le resultaba familiar, pero le era imposible de asociar donde lo había oído antes, estaba demasiado borracho como para recordarlo.

Deposito un suave beso en la tapa de su cabeza y se quedo allí, en silencio, acunándola contra su pecho.

Hacía tanto tiempo que alguien no le abrazaba así, por el simple placer de hacerlo.

Solía sentarse sobre las faldas de su madre, cuando era pequeño y esta le leía un cuento, pero una vez que aprendió a leer, dejo de hacerlo, ya era demasiado mayor para eso, solía recordarle su padre, contrario a cualquier contacto físico entre su prole y sus progenitores.

Esos los hacía débiles y sensibleros, ningún Conde de Halfted había sido tachado de ello, eran una estirpe fuerte que no necesitaba que la abrazaran.

Gracias a Dios, Mariam nunca lo entendió y aunque su madre se negaba a darla el contacto que la pedía, por miedo a que su marido se enterase y la reprendiera.

Ella acudía a él con frecuencia, se acurrucaba contra su pecho buscando su consuelo y en contadas ocasiones dejo de hacerlo.

Había veces, cuando le notaba cansado y preocupado, era ella la que le reconfortaba con su inocente gesto.

Becca no sabía decir cuanto tiempo permanecieron así, abrazados en silencio, tampoco es que la importara demasiado.

Se estaba tan bien ahí, ahogo un suspiro temiendo romper la magia del momento. Podía sentir el rítmico latido de su corazón junto a su pecho, seguir su acompasada respiración acoplándose a la suya.

No usaba perfume ni ningún otro aderezo, su aroma natural la recordaba al bosque, a la naturaleza sin conquistar y la evocaba recuerdos de otros momentos compartidos.

— Sir Arthur me mando llamar, tenía invitados para la cena y quería presentarme al profesor Ulford que acababa de llegar de Irlanda.

Becca se obligo a permanecer lo más quieta posible, deseaba poder subir la cabeza y mirarlo a los ojos, pero sabía que si lo hacía él se callaría de nuevo.

— Había pasado los últimos seis meses en el condado de Wexford en una excavación arqueológica recientemente descubierta en la finca de los Condes de Leinster.

Gibson la apretó inconscientemente más para acercarla a su cuerpo, se quedo unos momentos contemplando el danzar caprichoso de las llamas del fuego.

— Sir Arthur pensó que podía traer noticias de Mariam — sintió como se le hacía un

nudo en la garganta y las lágrimas comenzaban a surcar su rostro, pero estaba demasiado borracho y afligido como para avergonzarse de ello.

— Pero no estaba allí, los Condes de Leinster no residen en la finca familiar y nadie sabe de su paradero — exclamo furioso y frustrado al mismo tiempo.

Becca sintió como la apretaba aún más, pero no se quejó, mañana tendría la cintura magullada, algo que carecía de importancia en esos momentos.

— ¿Y si el Conde ha heredado la locura familiar? — pregunto a nadie en particular — ¿Y si Mariam está en un aprieto?

Becca sintió su desesperación en cada poro de su piel.

— Confiemos en que no sea así — replico intentando darle un poco de consuelo — seguro que la tal Mariam contactara con usted si le necesita.

— No, es su manera de castigarme, por lo que paso — la respondió convencido de ello — ella habitualmente libra sus propias batallas, nunca pedirá mi ayuda.

No pudo evitar que una risa cínica se le escapara de su reseca garganta, necesitaba un trago.

Soltó a la muchacha que tenía atrapada entre sus brazos y se inclino para tomar su vaso. Estaba demasiado cansado, la esperanza de recibir noticias de su amada Mariam y la frustración de no obtenerlas, habían acabado derrotándolo.

— Duerme conmigo — se sorprendió a sí mismo diciendo.

Becca se incorporo completamente y dejo de rodearle el cuello con sus brazos.

Su primer impulso fue negarse tajantemente, eso era del todo inapropiado. Bueno, el hecho de estar sentada sobre sus rodillas tampoco es que fuera muy ortodoxo, tuvo que reconocer para sí misma.

— Lo haré — se sorprendió diciendo.

Mirar esos ojos azules tan llenos de dolor fue su perdición, no pudo evitar acceder a su reclamo. Al fin y al cabo, esa no sería la primera vez que dormirían juntos, aunque él no lo supiera y nunca debería saberlo.

Se levanto y le tendió la mano para que la tomara en silencio.

Juntos caminaron al piso superior y entraron en sus aposentos.

Gibson abrió los ojos y volvió a cerrarlos, el sol iluminaba de lleno toda su habitación, debía de ser casi mediodía, cálculo no estando muy seguro de ello.

Hacía mucho que no dormía hasta tan tarde, poco a poco los recuerdos de la velada anterior fueron inundando su mente. Extendió el brazo y palpo el colchón a su lado, nada indicaba que ella hubiera estado allí.

Se incorporo sobre un codo y se quedo observando el leve hueco que se marcaba en la almohada, apenas perceptible.

Que su cabeza había descansado allí era lo único que le demostraba que no había sido un sueño.

La seria y remilgada, Lady Rebecca, apocada a las restricciones de las normas sociales

que marcaban sus pares, se había atrevido a compartir su cama y dormir a su lado.

Debió de verle tan mal que se saltó sus convicciones solo por aliviar un poco su dolor.

Se manoseó la cabeza, confuso, cada vez que pensaba que entendía a las mujeres, ocurría algo que volvía a demostrarle lo equivocado que estaba y lo necio que había sido por creerlo.

Sus necesidades fisiológicas reclamaron su atención, había bebido demasiado la noche anterior y era hora de sacarlo de su cuerpo.

Se giro poniendo los pies en el suelo y fue hacia el aseo.

Becca se había pasado toda la mañana pendiente de la escalera, mientras trabajaba en su nuevo boceto, esperando verle bajar y comprobar como se encontraba, si el olvido del sueño había conseguido aliviar su dolor.

Aún se acaloraba al recordar que había pasado la noche en su cama, como Lady Rebecca y no como la Dama Enmascarada, no sabía como había sido capaz de hacerlo, pero no se arrepentía de haberlo hecho.

Él la necesitaba y ella había estado a la altura de su reclamo.

El sonido de una puerta al abrirse y cerrarse en el piso superior, la saco de su ensimismamiento devolviéndola a la realidad.

Dejó el carboncillo sobre la mesa y cerró su cuaderno, para salir a recibirle, pero Lady Fanny fue más rápida en llegar a su lado.

— Buenos días, señor Gibson — le saludo anteponiéndose entre él y la puerta de la biblioteca, con una cálida sonrisa de bienvenida — la señora Harris está a punto de anunciar el almuerzo, no querrá usted desairarla, no quedándose a compartirlo con nosotros — le increpo con su mirada de ojitos de cordero, engatusándolo.

— Buenos días, Lady Fanny — la saludo ignorando su truco para manipularlo — la verdad es que estoy famélico.

— Entonces será mejor que vaya al comedor, antes de que estos mozalbetes le dejen sin nada — le recomendó la señora Harris, que volvía de comprobar que todo estuviera dispuesto.

— Gracias, señora Harris, seguiré su consejo. — la dijo volviéndose hacia el corredor — ¿vienen? — pregunto a nadie en particular sin detenerse a esperar una respuesta.

— Sí que parece que tiene hambre — comento Henry yendo tras él.

— Entonces será mejor que nos demos prisa — corroboro Owen tras él.

— ¡Hombres! — exclamo Fanny — siempre compitiendo entre ellos.

Becca se quedó mirando su espalda sorprendida por el comentario, esa Fanny parecía que había estudiado a fondo el comportamiento de los caballeros, a pesar de su corta edad, siempre sabía que hacer o que decir para que se plegaran a sus deseos.

Y luego estaba ella que no sabía nada de hombres y que esos trucos femeninos, tan utilizados entre las damas de la alta sociedad, ella solía espantarlos en lugar de atraerlos cuando intentaba usar alguno de ellos.

Sacudió la cabeza levemente antes de unirse a ellos.

Tomo asiento en su lugar habitual y espero a que los demás acabaran de servirse para hacerlo, mientras observaba, a través de las pestañas disimuladamente, a Gibson.

Por su aspecto saludable y la cantidad de comida que acumulaba en su plato, nadie adivinaría su estado la noche anterior, incluso ella empezaba a dudarlo a pesar de haber sido testigo de primera mano de su dolor.

Gibson levanto la mirada al sentirse observado y clavo sus ojos en Lady Rebecca retándola a hacer cualquier comentario sobre lo ocurrido la noche anterior.

— ¿No vais a comer? — la pregunto al ver su plato aún vacío.

— Por supuesto que sí, solo esperaba a que los demás estuvieran servidos — le replico ofendida.

— Lady Rebecca habitualmente toma las sobras — intervino Fanny reclamando así la atención del señor Gibson — debe de ser una costumbre de Londres, aunque cuando estuve allí nunca vi tal cosa.

Nadie de la mesa se atrevió a replicarla, aunque Gibson tuvo que echar mano de toda su disciplina aristocrática para no poner en su lugar a semejante arpía.

Pobre del caballero que accediera a convertirla en su esposa, su belleza no compensaría la desdicha de vivir a su lado.

— Ha visto ya el libro tan extraño que encontramos ayer — le pregunto Owen, rompiendo el tenso silencio que había recaído sobre los comensales.

— Lady Rebecca no está segura de si es uno de los que estamos buscando — continuo Henry poniéndole al día e ignorando la mirada asesina que le lanzo Lady Fanny por inmiscuirse.

— Creía que habíamos quedado en guardar silencio hasta que estuviéramos seguros de si perteneció o no a John Dee — intervino Lady Rebecca tratando de zanjear el tema.

— Tranquila, ya lo sabe media ciudad — comento Owen entre bocado y bocado — Lady Fanny se lo desvelo, anoche al párroco y su esposa, junto con el resto de los invitados, a la velada que ofrecieron los Worstead en su casa para celebrarlo.

— Supongo que se me escaparía — dijo Fanny ignorando sus últimas palabras, tratando de justificarse — además no entiendo por qué debía ser un secreto.

— ¿Por qué el propietario del libro, es decir, ¿Sir Arthur, debía ser informado primero? — la recrimino Gibson imaginándose la escena cuando este se enterase por boca de un extraño.

— Oh, ese es el trabajo de Lady Rebecca, yo no tengo la culpa que no se lo haya comunicado.

Becca levanto la cabeza dispuesta a ponerla en su lugar de una vez por todas.

— Y como es mi trabajo, decidir lo que se debe divulgar o no, a quién, cuando, como y donde — replico dejándoles ver su enfado — les pedí que guardaran silencio.

— Menuda tontería — la replico Fanny negándose a reconocer que hubiera actuado de forma incorrecta.

— Si uno no puede confiar en que sus trabajadores acaten sus órdenes sin cuestionarlas — intervino Gibson cansado de sus comentarios contra Lady Rebecca.

— Lo más apropiado es prescindir de sus servicios — término Becca por él.

— Por favor, no va a despedirme — se burlo Fanny al escucharla.

— Termine de almorzar y márchese — la dijo tajante sin amilanarse lo más mínimo — ya no son deseados sus servicios.

— No puede despedirme — se levanto furiosa — soy Lady Fanny Worstead, que se ha creído.

— En vista de que ya ha terminado — la corto Gibson, levantándose a su vez — la acompañaré a la puerta.

La indico, con un gesto, la salida, parándose a su lado, invitándola a que se marchara.

Ya estaba más que harto del comportamiento tan despectivo hacia Lady Rebecca, la cual no lo merecía en absoluto.

— Y ustedes si tienen la intención de no seguir mis instrucciones al pie de la letra — les advirtió una vez Fanny y Gibson abandonaron el comedor — hagan el favor de marcharse.

— Mis disculpas, Lady Rebecca — respondió Owen, a quien se le habían subido los colores por la vergüenza — no volverá a suceder.

— Yo pensé que, ya que era de dominio público y dado que el señor Gibson vive en la casa, no pasaría nada por comentar sobre el libro en su presencia — argumento Henry en su defensa — pero está claro que no debería haberlo hecho, mis disculpas.

Becca los miro muy seria durante unos minutos, antes de tomar una decisión.

Ambos eran buenos chicos, no es que necesitaran el dinero, pero tampoco es que estuvieran en una situación tan boyante como para desperdiciar la posibilidad de conseguir unas cuantas monedas más cada semana.

Eran jóvenes y pronto llegarían los días de feria al poblado. Parte de esas monedas harían felices a la muchacha que los acompañara.

Ella nunca había sido esa muchacha, pensó sintiendo un poco de envidia por ella.

— Está bien, lo pasaré por alto en esta ocasión, pero están advertidos.

— Gracias, Lady Rebecca.

— No se arrepentirá.

Ambos se levantaron presurosos de la mesa y volvieron a sus labores en la biblioteca, por temor a que se arrepintiera y también los despidiera a ellos.

Becca los vio partir en silencio, bajo la vista a su plato, el cual apenas había probado, tomo el tenedor y corto un trozo de asado, llevandoselo a la boca dispuesta a saborearlo.

Hacía mucho tiempo que no había tanto silencio en el comedor durante el almuerzo y tenía toda la intención de disfrutarlo, ya volvería a sus tareas más tarde.

Gibson decidió no regresar al comedor y se dirigió al establo, para comprobar su caballo, con Nusa pegada a sus talones.

Puede que dieran un paseo mientras esperaban a que Lady Rebecca diera por concluida su jornada.

CAPÍTULO 16

Lady Rebecca comenzó a sentirse mal tras la comida, a pesar de ello se obligo a volver a la biblioteca a seguir trabajando, pero una vez que sus ayudantes se marcharon se dio por vencida y se retiro a sus aposentos. No sin antes pedirle a la señora Harris un té con limón, esperaba que ese simple remedio la asentara el estómago.

No era de extrañar que se sentirá tan revuelta después del episodio tan desagradable al que se había tenido que enfrentar por Lady Fanny, eso y que la noche anterior no había conseguido conciliar el sueño, no había aceptado meterse en su cama para dormir, sino para velar que él pudiera disfrutar del descanso que tanto necesitaba.

Se tomo su té y se recostó en la cama, esperando encontrarse mejor.

Gibson había regresado a casa unas horas después, Nusa parecía inquieta y le contagio su nerviosismo al ver que Lady Rebecca no se reunía con ellos tras el trabajo para su paseo. Tenía un mal presentimiento, entro en la casa y Nusa subió directa al segundo piso, como si supiera de antemano donde buscar a su ama.

— Señora Harris, ¿ha visto a Lady Rebecca? — la pregunto Gibson al verla aparecer por el corredor.

— Sí, señor, no se encontraba bien y se ha retirado.

— Gracias.

Gibson se volvió y subió las escaleras a buscarla, Nusa estaba sentada ante la puerta esperando a que la abrieran, se volvió hacia él al oírle llegar con ojitos de pena.

Gibson sintió que se le tensaba el estómago, los animales tenían un sexto sentido para detectar los problemas antes de que sucedieran, se acerco y abrió la puerta con cuidado, Nusa paso ante él y se introdujo en la habitación, fue directa hacia la cama y se levanto para poder olisquear a su antojo. Cuando quedo satisfecha retrocedió y fue acomodarse sobre la alfombra junto a la chimenea.

Ese simple gesto le dijo que Lady Rebecca estaba bien, simplemente dormida, se acerco un poco más y se fijo en su acompasada respiración, soltó el aire que estaba reteniendo en los pulmones sin proponérselo, sería mejor dejarla descansar, pensó, antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

Fue a sus aposentos y aprovecho para lavarse antes de la cena, esa noche no era el mejor momento para estar solo y menos tras lo ocurrido la velada anterior en casa de Sir Arthur.

No sabía por qué, pero había mantenido la esperanza de que Lady Rebecca le

acompañara, haciéndolo todo más fácil con su presencia, al igual que había ocurrido la noche anterior.

Tras la cena se acomodo en el corredor, junto a un buen libro dispuesto a sumergirse en la lectura y tomar un poco más de brandy del habitual, no tenía sentido retirarse a descansar temprano.

La apertura de una puerta en el piso superior y los pasos acelerados por el corredor le sacaron de su lectura.

Se incorporo en su asiento y se volvió hacia la escalera expectante.

Becca se despertó con el golpeteo de las gotas de lluvia sobre su ventana, alcanzo su bata y unas zapatillas, antes de salir de su habitación apresurada.

Tenía que bajar, tenía que bajar, se repetía una y otra vez mientras descendía por las escaleras al piso inferior.

Tomo el candil que estaba junto a ellas y abrió las puertas de la biblioteca, el resplandor del rayo entrando por los grandes ventanales hizo que se tambaleara, tuvo que agarrarse fuerte al pomo de la puerta para no caer, al tiempo que ahogaba un grito desesperado en su garganta.

Noto como Nusa chocaba contra ella ante su abrupta parada y retrocedía, emitiendo un sonido lastimero por golpearla.

— No pasa nada, Nusa — trato de calmarla — ha sido culpa mía por detenerme así.

Extendió la mano para acariciarla, pero la retiro antes de llegar a tocarla, los perros podían oler el miedo, si es que este tenía olor, se pregunto dudando de ello, como cada vez que oía la expresión.

Y ella estaba aterrada en esos momentos, mejor no ponerla más nerviosa, el retumbar del trueno sobre los cristales la hizo volver a ponerse en movimiento.

Dejo la vela sobre el enorme escritorio y corrió hacia las ventanas para echar las gruesas cortinas, eso dejaría a la tormenta fuera de la sala, pensó un poco más aliviada.

— ¿Se encuentra usted bien, Lady Rebecca?.

Salto sobre sus pies al oír la voz pastosa del señor Gibson a su espalda.

— Hay tormenta — le dijo volviendo a concentrarse en desatar las malditas cortinas de sus amarres — hay tormenta — repitió.

— Ya lo he notado.

— Es muy fuerte.

— Suele serlo en esta época del año.

Gibson la observo como se afanaba en cerrar los cortinones, sin comprender, puede que estuviera más borracho de lo que había creído.

Un nuevo rayo cayó, iluminándolo todo con su luz.

Becca no pudo evitar gritar, en esta ocasión sorprendida, soltó la cortina y se echo hacia atrás, hasta pegarse contra la pared, lo más alejada posible de la ventana.

— Odio las tormentas — exclamo tapándose los oídos a la espera del trueno que seguiría.

— Tranquila, todo estará bien.

Becca vio como la miraba confuso, como si no entendiera que a alguien le pudieran dar miedo las tormentas.

— Si estuviéramos a la intemperie, podría entender su pánico, pero aquí ... — dijo tratando de comprenderla, sin conseguirlo, nunca había visto a nadie tan asustado — ¿Qué puedo hacer para ayudarla?.

— Por fin, dice algo con sentido — le regaña por su falta de empatía — las velas, enciende todas las velas y vaya a por más candelabros al corredor, necesitamos mucha luz para contrarrestar la de los relámpagos.

Gibson levanto las cejas, sorprendido por su petición, se habría vuelto loca ante sus ojos por una simple tormenta.

Vio como se apartaba de la pared y regresaba junto a las ventanas.

— Muévase, no se quede ahí parado como un pasmarote — le reprocho sin dejar de afanarse en su labor — o no estaremos listos cuando caiga el siguiente rayo.

Gibson se tenso enfadado acusando sus palabras, él no era ningún pasmarote, qué se había creído aquella mujer, hablándole de esa manera, él era el Conde de Halfted un respetable miembro de la sociedad, o al menos lo era hasta hace unos meses, cuando todo su mundo se derrumbo sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Becca se volvió hacia él enfadada.

— Por el amor de Dios, señor Gibson.

Eso le hizo ponerse en movimiento, tomo el yesquero de encima de la mesa del escritorio y fue encendiendo todas las velas de la habitación, una por una.

Cuando acabo salió al corredor a por más, tal y como le había ordenado, así tal vez se calmará, pensó viendo como se iluminaba hasta el último rincón de la habitación, estaba seguro de que nunca había habido más luz en aquella estancia ni en el mejor de los días soleados.

— Necesito una distracción, necesito una distracción.

Escucho que decía caminando hacia la gran mesa de trabajo, para tomar su cuaderno y sus lápices.

Aparto los libros y los papeles que estaban esparcidos, antes de sentarse lo más alejada posible de cualquier ventana, lo abrió y tomo un carboncillo, poniéndose a dibujar.

Gibson observo que la temblaba la mano, eso despertó un sentimiento inesperado de ternura que le obligaba a cuidar de ella. Se acerco despacio para no asustarla y tomo asiento frente a ella.

— ¿La apetece una partida de ajedrez? — la propuso.

— No, eso me dejaría demasiado tiempo sin nada que hacer entre un movimiento y otro.

— Ah

— Necesito estar distraída todo el tiempo para no pensar en la tormenta de ahí fuera.

— ¿Una partida de cartas? — lo intento de nuevo.

— No, es que no me ha oído — le regaña levantando la mirada enfadada.

Gibson se echo hacia atrás instintivamente ante su ataque, no entendía nada de lo que estaba pasando.

— Iré a por una tila — la dijo levantándose — está claro que la necesita con urgencia.

— Eso si es una buena idea — le dijo sin levantar la cabeza de su cuaderno, concentrada en el boceto que intentaba dibujar.

Gibson la miro una vez más antes de salir hacia la cocina.

La señora Harris hacía horas que se había retirado y no merecía la pena despertarla, solo para eso, la prepararía el mismo.

Cuando volvió unos minutos después, la encontró en el mismo sitio donde la había dejado, parecía que sus manos habían dejado de temblar y trazaba las líneas sobre el boceto con mayor seguridad.

Aunque si te fijabas un poco más, podías ver que seguían tan tensa como las cuerdas de un violín, dispuestas a saltar ante la menor provocación.

Se acerco despacio tratando de no asustarla.

— Será mejor que se lo tome mientras aun este caliente — la aconsejo, depositando la taza sobre la mesa frente a ella — la hará mayor efecto.

— Gracias — balbuceo sin levantar la mirada del cuaderno.

Gibson tomo una silla y se sentó frente a ella en silencio.

Un nuevo trueno, ahora más cerca, retumbo en la biblioteca rompiendo la paz en la que se encontraban.

Becca había soltado el cuaderno y el lápiz, sobresaltada por el estallido de la tormenta, la tenían justo encima, se agarro las manos tratando de que dejaran de temblar.

— Bébaselo, la ayudará a calmar los nervios — la aconsejo Gibson preocupado al verla en ese estado.

Becca miro la taza que tenía delante, él tenía razón debería tomársela, aunque dudaba de que sus manos fueran tan firmes como para sostenerla sin echárselo todo encima.

Noto que Michael esperaba pacientemente sentado frente a ella.

Tomo la taza con mucho cuidado entre las dos manos y se la llevó a los labios, agradeció el líquido caliente bajando por su reseca garganta, pudo apreciar el gusto del brandy que le había agregado, volvió a llevársela a los labios dándola un buen sorbo hasta apurarla, antes de dejarla de nuevo sobre la mesa.

— ¿Mejor?

— Um, al menos me ha reconfortado — le respondió no sabiendo que más decir.

Había probado ese remedio infinidad de veces, incluso añadiéndole un poquito de valeriana, tal y como Chloe la enseñó y que tanto bien la hacía a su hermana, sobre todo durante esos meses de incertidumbre dentro de su matrimonio.

Pero la verdad es que a ella no la ayudaba demasiado, sí que se sentía más ligera y menos obsesionada con lo que estaba ocurriendo fuera de esas cuatro paredes, en las que se refugiaba, aunque seguía estando tensa y muy asustada.

Aparto la silla y se levanto para ir a buscar algo con lo que afilar la punta de sus lápices, al escritorio, abrió el primer cajón y miro en su interior.

Seguro que Sir Arthur guardaba en ellos un cortaplumas o raspador que pudiera utilizar.

De repente, toda la sala se ilumino por unos segundos, haciéndola saltar hacia atrás asustada.

Gibson se acerco a ella, temiendo que se fuera a desmayar en cualquier momento y la rodeo por la cintura, atrayéndola hacia él, tratando de estabilizarla.

— Ha tenido que caer muy cerca para que traspasara así los gruesos cortinajes.

— Me imagino, pero aun así sigue estando en el exterior — trato de tranquilizarla, la tenía tan cerca que podía oír como su corazón latía desbocado, presa del pánico que la atenazaba.

Sus senos subían y bajaban agitados, acariciándole su pecho, trato de romper la intimidad del momento, subiendo la mirada hacia sus ojos, pero se quedo preso de sus labios entreabiertos.

Michael se regaña a sí mismo, pero no pudo hacer nada por evitar besar aquellos labios carnosos que se le ofrecían tan inocentemente.

Becca no estaba preparada para el asalto a su boca, pero fue bien recibido, sus sentidos se inundaron por el calor que sus labios despertaban en todo su ser, relegando la tormenta al fondo de su mente.

En esos momentos solo era consciente de ese hombre y la pasión que en ella despertaba.

Michael no se esperaba aquella reacción por parte de una joven dama inocente, sus dedos hormigueaban por acariciar su piel.

Movió sus manos hacia el nudo que sujetaba su bata y lo deshizo, deslizo sus manos por su estrecha cintura, atrayéndola aún más contra sí.

Podía sentir sus pezones clavándose en su pecho al ritmo de su agitada respiración.

Dio un paso atrás rompiendo el beso tratando de recuperar el control y poner fin a la pasión descarnada que había despertado.

La miro buscando cualquier signo de desconformidad por las libertades que se había tomado.

Becca se mantenía allí plantada donde él la había dejado al retirarse tan abruptamente, tratando de recuperar el aliento, sentía la piel enfebrecida allí donde él la había tocado.

Sus pechos subían y bajaban agitados, la tela de algodón de su camión la arañaba sus sensibles pezones, estimulados por el roce de su duro pecho.

¿Por qué se había retirado?, ¿habría hecho algo mal que le hubiera molestado?, se preguntaba sin atreverse a mirarlo, sin su disfraz, las inseguridades dominaban su mente, impidiéndola acercarse a él y pedirle lo que deseaba.

El sonido de un rayo tocando tierra y el estallido del trueno, retumbando en las ventanas y haciendo vacilar la llama de las velas, la devolvió al presente, sobresaltada.

Haciendo que se moviera y recuperara el control, volvió a cerrarse la bata y la ato fuertemente con manos temblorosas.

Se volvió hacia la mesa para recoger su cuaderno y sus lápices, antes de buscar el calor

de la chimenea, su cuerpo se había quedado helado al abandonar el calor de sus brazos, dispuesta a seguir dibujando lo que durara la tormenta.

Michael no se había movido, se dejó caer contra la pared y observó sus movimientos en silencio, tratando de poner un poco de sentido común a lo ocurrido.

La única vez que se había comportado así con una dama inocente, ya sabemos como acabo todo y ahora su adorada hermana estaba pagando por ello.

Se pasó las manos por el cabello desesperado, eso nunca debería haber ocurrido, nunca más volvería a dejarse llevar por la pasión por mucho que la dama se lo permitiera.

Un error era más que suficiente para toda una vida.

Vio como se sentaba y abrió su cuaderno, dispuesta a luchar valientemente contra su miedo y algo dentro de él se despertó en su pecho.

Como deseaba a esa mujer, pensó aún dominado por la pasión, casi tanto como a su Dama Enmascarada, sacudió la cabeza tratando de aclarar su mente.

Definitivamente, había bebido demasiado esa noche, sería mejor que se retirase antes de tumbarla sobre el sofá y arrancarla la ropa para hacerla suya, que era exactamente lo que ocurriría si se quedaba en su compañía un minuto más, tomó una respiración profunda tratando de aplacar su libido antes de incorporarse.

— Buenas noches.

Es todo lo que fue capaz de decir antes de dar media vuelta y abandonar la biblioteca.

Becca levanto la cabeza al oírle, pero sola alcanzo a ver su rígida espalda rumbo a las escaleras, escucho sus pasos en el pasillo del piso superior y el ruido de la puerta al cerrarse de sus aposentos.

Se había marchado, dejándola allí sola, con su miedo, cerro su puño apretado contra el cuaderno que estaba sujetando y se obligo a seguir dibujando, al menos lo peor de la tormenta parecía haber pasado.

CAPÍTULO 17

Gibson acababa de dejar su caballo en el establo y caminaba arrastrando los pies hacia la casa, estaba cansado.

Apenas si había podido dormir tras su encuentro con Lady Rebecca, su cuerpo ardía por la pasión no satisfecha, se había pasado horas contemplando el dosel de la cama, obligándose a no bajar de nuevo a la biblioteca y tomar lo que deseaba, pero también preocupado por como se estaría enfrentando a la tormenta ella sola.

Estaba pendiente de cada sonido, de cada movimiento que procedía de la planta inferior, buscando una excusa que le permitiera volver a su lado.

Casi tres horas después escucho sus pasos por el rellano, entrando en su habitación seguida de Nusa, hacía un buen rato que la tormenta había pasado.

El hecho de imaginársela allí, tumbada sobre las sabanas blancas de su cama, con su pelo esparcido sobre la almohada, no era exactamente lo que necesitaba para calmarse.

Con las primeras luces del alba se dio por vencido y se preparo para ir a los campos, un día de agotador trabajo físico quizás consiguiera calmarlo lo suficiente para volver a verla sin el temor de abalanzarse sobre ella para poseerla.

¿Qué tenía esa mujer para hacerle perder así el sentido?, se pregunto por enésima vez.

Ya casi había alcanzado la escalinata de entrada cuando la puerta se abrió, dando paso a un sorprendido Marqués de Kendall, acompañado por Sir Arthur.

— ¿Halfted?

Gibson se paro en seco al verlos bajo el umbral de la puerta del pabellón.

—Lord Kendall, Sir Arthur — les saludo con una ligera inclinación de cabeza.

Sus tripas se revolvieron haciendo que se tensara aún más al comprender que su anonimato había terminado, había sido descubierto.

— Lord Halfted, supongo que regresa de los campos y desea darse un baño — le saludo Sir Arthur tratando de darle una vía de escape para tan embarazosa situación.

— Así que es aquí donde se esconde el Conde de Halfted, al que todo Londres anda buscando — replico Kendall molesto por todo lo que aquello implicaba.

Halfted trago saliva, sentía la garganta demasiado seca, antes de contestarle, pero se dio cuenta de que Kendall seguía hablando.

— Usted lo sabía y no considero oportuno informarme — se volvió hacia Sir Arthur recriminándole su actitud.

— No tengo por costumbre dar explicaciones de a quién alojo en mi casa — le replico airado.

— Que tal, si seguimos esta conversación en el interior, con un poco más de privacidad — les propuso a ambos.

— Buena idea — concordó Sir Arthur dándose la vuelta y regresando a la biblioteca.

Kendall se quedo unos segundos más bajo el umbral, mirándole fijamente con cara de pocos amigos.

Halfted le mantuvo la mirada sin vacilar, sabía que el juego había terminado, era hora de aceptar sus responsabilidades y afrontar las consecuencias.

Al final Kendall se giro y regreso por donde había venido.

Halfted le siguió en silencio, lo primero que vio nada más entrar en la casa fue a Lady Kendall y Lady Rebecca al pie de la escalera, busco la mirada de Lady Rebecca, pero esta se aparto y camino hacia el corredor sin dirigirle la palabra.

Ver como le rechazaba hizo que se sintiera aún peor de lo que ya estaba por haberla engañado sobre quién era realmente.

Su primer instinto fue ir tras ella, pero la voz de Sir Arthur apremiándole para que se uniera a ellos le obligo a dejarlo para más tarde.

Y aunque no le importaba lo más mínimo lo que los Kendall pensaran de él, ni permitiría que dirigieran su vida ni su futuro, por respeto a Sir Arthur, que le había apoyado incondicionalmente, se volvió y entro en la biblioteca, cerrando las puertas a su paso.

Chloe había permanecido en silencio observando la situación y espero hasta que Halfted se reunió con los demás antes de volverse e ir en busca de Becca, tenían mucho de lo que hablar, se dijo a sí misma.

— ¿Por qué no me dijiste que vivías bajo su mismo techo? — quiso saber, acomodándose junto a ella en el diván del corredor frente a la chimenea.

— Porque no sabía quién era en realidad — la contesto, ausente — se presento como el señor Gibson y a la señora Harris como nuestra carabina — la explico — no vi nada anormal en ello digno de mencionar.

Chloe abrió la boca sorprendida, pero fue incapaz de articular palabra, sabía que Becca no seguía las normas de forma estricta y las interpretaba a su manera, como bien su madre la señalo tras la muerte de su padre, pero no se imaginaba que podía actuar de aquella manera sin sufrir las consecuencias.

— Con tu permiso quisiera estar sola — la dijo levantándose para ir a su habitación — tengo mucho en lo que pensar.

— Por supuesto, pero antes recogeremos tus cosas y nos iremos a la finca — se levanto para llamar a la señora Harris — una vez salgamos de esta casa puedes tomar toda la soledad que desees.

Concluyo Chloe categórica no dispuesta a dejar a su amiga ni un minuto más bajo ese

techo, ya pensarían despacio como salir de ese atolladero lo menos perjudicadas posible, porque no podía olvidar que Lady Rebecca estaba allí bajo su protección y debido a su negligencia en cuidar su buen nombre se encontraba en ese embrollo.

Las matronas de Londres se lo iban a pasar en grande lapidándolas a las dos, incluso Alex se vería afectado por ello.

Becca la miro enfadada, quería mucho a Lady Kendall, pero no iba a permitir que dirigiera su vida, fue a protestar, pero se lo pensó mejor.

Necesitaba pensar, necesitaba estar sola, necesitaba respirar, se estaba ahogando entre esas cuatro paredes, aceptar la propuesta de Chloe la permitiría salir de allí y evitar un nuevo encuentro con Michael sin estar preparada para ello, si lo veía desde ese punto de vista ir a la finca de los Kendall era su mejor opción.

— Está bien — claudico, levantándose y yendo hacia las escaleras — prepararé mi equipaje.

Chloe la miro extrañada, no se esperaba que accediera tan fácilmente a marcharse con ella, la Lady Rebecca que ella conocía, hubiese pasado por encima de cualquier norma social y hubiera seguido con su vida.

Debía de estar más afectada de lo que había supuesto, pensó uniéndose a ella en sus aposentos, quizás su interacción con Lord Halfted había sido algo más que una simple convivencia bajo un mismo techo, se pregunto tratando de darle sentido a su comportamiento. De ser así, Kendall tendría que pedirle una satisfacción a Halfted para salvar su maltrecha reputación, aunque no creía que Halfted se desentendiera de sus responsabilidades.

Él era un hombre de honor o al menos siempre se había comportado como tal.

Ayudando a Lady Braynning e incluso a su hermana cuando ambas lo necesitaban.

El Halfted que ella conocía se comportaría como un caballero y salvaguardaría el honor de una dama.

Chloe respiro más tranquila una vez llego a esta conclusión, todo saldría bien, se dijo así misma.

Y se concentro en ayudar a recoger las escasas pertenencias de Lady Rebecca, cuanto antes salieran de allí y se instalaran en la finca mejor.

Tendría que avisar a su madre para pedirla consejo, ella era toda una experta en darle la vuelta a un escándalo y sacar el mejor partido de ellos, incluso hacer que les beneficiara.

Sin duda tendría que llamar a su madre, comprendió haciendo un mohín de desagrado.

Aunque se llevaban mucho mejor después de todo lo ocurrido con Lexdan, seguían teniendo posturas enfrentadas en la manera en que debía llevar su vida y su matrimonio, no la apetecía nada sufrir una de sus famosas charlas sobre el decoro y las normas que debía seguir para ser una gran matrona respetada y no perjudicar a su esposo.

Si ese era el precio a pagar por ayudar a su amiga, lo pagaría, se prometió a sí misma.

Becca observaba el paisaje a través de la ventanilla de su carruaje, habían conseguido salir del pabellón en muy poco tiempo y sin cruzarse con los caballeros que aún permanecían reunidos en la biblioteca.

Aunque Chloe permanecía sentada frente a ella en silencio, tratando de no presionarla a tomar ninguna decisión, sentía que se asfixiaba en su interior.

Necesitaba respirar, necesitaba estar sola, repetía una y otra vez en su cabeza.

El viaje fue corto y pronto estuvo instalada en sus nuevos aposentos, sentada en el alfeizar de la ventana, observando sus hermosos jardines, los cuales la llamaban a ir más allá para adentrarse en el bosque y desaparecer.

Mientras tanto, los caballeros se habían arrellanado frente a la chimenea de la biblioteca con sendas copas de brandy entre las manos.

— No era mi intención perjudicarte de ningún modo cuando te impuse la presencia de Lady Rebecca en el pabellón — se disculpo Sir Arthur, rompiendo el tenso silencio que se había instalado en la habitación.

Halfted no sabía que responder a eso, sí, Lady Rebecca había sido un incordio al principio, pero poco a poco habían entablado una especie de amistad, si así era como se podía llamar a la extraña relación que se había creado entre ellos.

Se dio cuenta de que ambos caballeros esperaban una respuesta por su parte, por lo que inclino la cabeza hacia Sir Arthur aceptando sus disculpas y se abstuvo de decir nada más.

— ¿Y en qué estaba pensando exactamente para hacer tal cosa? — increpo Kendall a Sir Arthur.

— No tenía nada de malo — se volvió hacia él — la señora Harris y su familia también viven en la casa.

— Lo cual es totalmente insuficiente para perseverar la reputación de una joven dama soltera.

— Era su protegida, debería haberse asegurado de que todo estaba en concordancia con el decoro que exigen sus pares — contraatacó Sir Arthur defendiendo su postura.

Kendall fue a replicar, pero se lo pensó mejor, en realidad él tenía razón, Lady Rebecca era su responsabilidad y no la había asumido, dando por hecho que todo estaba bien sin molestarse en comprobarlo.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo, solo de pensar lo que su esposa tendría que decir al respecto.

Ambas damas estaban muy unidas a pesar de conocerse desde hace tan poco tiempo.

Ella había insistido en que se alojase en la finca y viajase cada día al pabellón para hacer su trabajo.

Pero cuando Sir Arthur le ofreció alojamiento en el pabellón, no lo dudo ni, por un momento, avanzarían mucho más rápido si se alojaba allí.

Miro a Sir Arthur, por algún motivo se sentía engañado y no le gustaba nada sentirse así, si hubiera sido cualquier otra persona ya estaría exigiéndole una satisfacción.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente y centrarse en el problema que tenían entre manos.

Ya hablaría con Sir Arthur en otro momento más adecuado.

— La pregunta es — se volvió a mirar a Halfted de frente — te comportaras como un caballero y repararas la reputación de la dama.

Halfted se enfrento a su mirada sin vacilar, hay estaba la pregunta que había temido y para la que aún no tenía ninguna respuesta que ofrecer.

— Lady Rebecca y yo acordamos que la señora Harris era una carabina válida para ambos y que no dejaríamos que nos arrastraran a un matrimonio no deseado por convivir bajo el mismo techo con su familia.

Kendall abrió los ojos sorprendidos, no se esperaba algo así de Halfted, quien gozaba de una reputación sin mácula y era considerado un caballero de honor.

— Así que no piensas reparar su buen nombre — replico decepcionado.

Halfted se tomo su tiempo en elegir exactamente sus palabras para que no fueran malinterpretadas.

— No he dicho eso, sino que Lady Rebecca y yo tenemos un acuerdo que no puedo romper sin tratarlo primero con ella — le explico solicitó — lo que pase a partir de ahora lo decidiremos juntos sin ninguna presión exterior.

— Eso está bien, los acuerdos hay que respetarlos, por mi parte me doy por satisfecho — manifestó Sir Arthur llevándose la copa a los labios y apurándola de un trago — esperaré vuestra decisión en mi casa — les informo levantándose y caminando hacia la puerta — les deseo una buena tarde, caballeros.

Les dijo sin más, saliendo a la calle en busca de su carruaje.

Kendall y Halfted observaron estupefactos su huida, ambos se volvieron a mirarse incrédulos.

— Sir Arthur es un tanto peculiar, a veces — trato de defender a su antiguo tutor.

— Comienzo a darme cuenta de ello — respondió Kendall dándole un trago a su copa.

— Al menos la propondrás ser tu esposa — quiso saber Kendall retomando el tema que los ocupaba.

— Como una opción, si lo desea, pero no la presionaré para aceptarme.

Kendall se lo quedo mirando en silencio, algo le decía que no conseguiría nada más de él, por lo que era el momento de dejarlo estar y esperar acontecimientos, siempre podría retomar el tema si estos no eran favorables para la dama.

— Está bien, no insistiré más, por el momento.

Halfted se lo agradeció con una leve inclinación de cabeza y tomo un sorbo de brandy.

No creía que se hubiera rendido, pero por ahora era un aplazamiento, necesitaba poner en orden muchas cosas antes de estar listo para enfrentarse a Lady Rebecca y el engaño sobre quién era en realidad.

Si Kendall conociera esa parte de la historia no se retiraría tan fácilmente, pensó convencido de ello.

— A propósito, que hacías por aquí con Sir Arthur. — le pregunto por su motivo en la casa.

— Ha aparecido un libro bastante curioso entre la amplia colección de Sir Arthur y vinimos a examinarlo.

— A sí, el libro, lo había olvidado.

Cómo no había previsto que esa situación ocurriría en cuanto supieran de su existencia, se regañó a sí mismo.

— Y habéis podido ya determinar si pertenecía o no a la biblioteca desaparecida de John Dee.

A Kendall se le iluminaron los ojos al escucharle, tenía muchas esperanzas puestas en ese libro, tan distinto al resto de los que se habían encontrado y que Halfted se interesara por el tema no le sorprendió demasiado.

Así que paso a detallarle minuciosamente todo lo que habían descubierto sobre él, hasta el momento.

CAPÍTULO 18

Halfted acompañó a Kendall a su carruaje antes de subir a la planta superior, su intención era retirarse a sus aposentos, en busca de intimidad, para ordenar sus pensamientos antes de ver a Lady Rebecca y hablar sobre su futuro.

Porque a pesar de lo mucho que se habían acercado y la pasión que latía entre ellos hasta consumirlo por dentro a fuego lento, aún no había decidido hacerla su esposa y quería tener las ideas claras antes de proponérselo.

La imagen de una cierta Dama Enmascarada, retozando en su cama de cierta taberna, atravesó su mente, recordándole que ese era un tema que tenía que zanjar antes de poder ofrecer cualquier proposición a Lady Rebecca.

Tendría que visitar la taberna cuanto antes con la esperanza de encontrar a cierta Dama Enmascarada y dar por terminada su relación. Se lo debía a su futura esposa, si es que decidía que eso es lo deseaba que fuera Lady Rebecca en el futuro.

Tomo una larga respiración, al tiempo que atravesaba el umbral de su cuarto.

Tenía mucho en lo que pensar, demasiadas cosas por decidir y muy poco tiempo para hacerlo.

— Lo de siempre, señor Gibson — le pregunto el posadero al verle acercarse a la barra.

— Por favor — le respondió acomodándose en uno de los taburetes.

Gibson se volvió y escudriñó la sala, medio vacía, aún no había señales de su Dama Enmascarada, algo que no le extrañó demasiado, si tenía en cuenta la hora a la que solía acudir en sus encuentros previos.

— Hace tiempo que no viene por aquí, — comentó el posadero dejando el vaso y la botella de whisky sobre la barra — tanto como usted. — puntualizó adivinando a quien buscaba.

— He estado ocupado — sintió la necesidad de justificar su ausencia.

— Todos los años por estas fechas la clientela se resiente — le explico mientras secaba algunos vasos y los colocaba sobre el mostrador — volverán en otoño, siempre vuelven — y se giro para ir a la cocina, dando la conversación por terminada.

Gibson le observó en silencio, eso ya lo sabía, él mismo había sido uno de esos clientes de paso antes de que empezara el verano y partiera hacia alguna fiesta campestre o cacería en la que entretenerse durante el tiempo estival.

Para regresar en otoño a su finca familiar a pasar el crudo invierno, tras lo cual regresaba a Londres y a reencontrarse con sus pares durante la temporada social.

Su vida se basaba en la monotonía de costumbres heredadas.

Hasta ahora no se había dado cuenta de lo previsible que era su vida, aun así, disfrutaba con su rutina.

Apuro su vaso distraído y lo lleno de nuevo.

Ya era casi la hora en la que ella tenía por costumbre hacer su entrada, se dijo comprobando su reloj de bolsillo, la expectativa de volver a verla hizo que sus sentidos despertaran, no había ido allí para eso, se regaña a sí mismo, tratando de mantener su libido bajo control.

Aunque no se negaría una última noche de pasión si la Dama lo deseaba.

Era bien entrada la madrugada cuando decidió abandonar la taberna y regresar al pabellón, no tenía sentido permanecer allí el resto de la noche si no podía compartir su cama con su Dama Enmascarada.

Tomo su caballo y abandono el patio de la posada, pasaría mucho tiempo antes de que volviera por allí, entono en su mente como despedida de aquel lugar y los recuerdos que albergaba, si es que alguna vez volvía.

Esa taberna era demasiado modesta para las que solía visitar el Conde de Halfted y poco apropiada para alojarse en ella, sobre todo si viaja en compañía de Marian o Emma, como ocurría a menudo.

El nombre de su hermana le trajo recuerdos no deseados que aparto con firmeza de su mente, tenía otros asuntos más apremiantes que atender, se dijo a sí mismo.

La casa estaba más silenciosa de lo normal, a pesar de las horas intempestivas, observo mientras subía la escalera, sumido en el más absoluto silencio.

Incluso Nusa parecía no haber detectado su presencia, tuvo un mal presentimiento, se encamino hacia los aposentos de Lady Rebecca con un nudo en el estómago.

No debería estar ahí, pensó deteniéndose ante su puerta, aun así, tomo el pomo y la abrió de par en par.

No necesito nada más que la luz mortecina de la luna que entraba por la ventana para saber que la habitación estaba vacía.

El fuego apagado y la cama sin deshacer se lo confirmo.

Entro en el cuarto y tomo el yesquero para prender una vela, observo la habitación con más detenimiento, todo rastro de Lady Rebecca había sido borrado, allí no quedaba nada que la perteneciera.

Camino hacia el guardarropa sabiendo de antemano lo que encontraría, entro en la pequeña estancia, sus baúles habían desaparecido.

Ella se había ido, pensó, quizás Lady Kendall la había presionado para que se trasladara con ellos a su finca mientras todo se aclaraba.

Por la mañana volvería para continuar con su trabajo en la biblioteca, ese pensamiento hizo que la esperanza de que no todo estaba perdido, renaciera, la vería entonces y encontrarían

el momento adecuado para hablar sobre su situación y su futuro, se dijo volviéndose dispuesto a abandonar la habitación.

Una ligera brisa procedente de las ventanas entreabiertas de la habitación contigua, hizo que el movimiento de una tela en el rincón más lejano de la habitación le llamase la atención.

Parecía ser un chal olvidado sobre un pequeño baúl, se agachó para contemplarlo más detenidamente.

Sabía que no debía hacerlo, invadir de esa manera, su intimidad y husmear en sus cosas estaba fuera de cualquier excusa que pudiera darla, pero no pudo resistirse, era como si algo le llamara desde su interior.

Apartó el chal verde de seda y levanto la tapa con cuidado, acercando la vela para poder ver en su interior.

Becca se volvió al escuchar los murmullos de las criadas en el ropero, sus risas sofocadas sonaban alegres a sus tristes oídos, se imaginó que estarían abriendo sus baúles y colocando su guardarropa.

Nooo, estuvo a punto de gritarles, salto del alfeizar de la ventana y corrió hacia la puerta para detenerlas antes de que abrieran el baúl, nadie podía ver su contenido, pensó presa del pánico que la atenazaba.

Irrumpió en la estancia sorprendiéndolas.

— Buenas tardes, milady.

— Nuestras disculpas si la hemos molestado de algún modo.

— Buenas tardes, soy yo quien debe disculparse por interrumpir así vuestra tarea — las respondió recorriendo la sala con la mirada.

— Busca algo, milady — la pregunto May extrañada.

— Mi pequeño baúl de mano.

— Aquí solo está este baúl y esa bolsa con sus pinturas — la respondió.

— No hemos visto ningún otro baúl — corroboró Samy girando a su alrededor para mostrárselo.

— Ya han subido todas mis cosas o aún queda algo abajo — las pregunto temiéndose lo peor.

— Desea que vayamos a buscar al mayordomo para que pueda preguntarle, milady.

— No, gracias, yo misma iré a su encuentro si le necesito — las dijo pensando que el pobre hombre poco podría hacer al respecto — por favor, continúen con su trabajo.

— Sí, milady — corearon al unísono haciendo una pequeña reverencia.

Becca las observó un momento más antes de girarse y salir de la habitación en busca de su cochero. La única persona que podría corroborar si su pequeño baúl venía con el resto del equipaje.

Salió al corredor y bajo por la escalera dispuesta a llegar hasta los establos lo antes posible.

Lo encontró justo donde suponía, a la entrada del establo, asegurándose que los caballos

fueran bien atendidos.

— Alfred — le llamo acercándose a él.

— Sí, milady — se giro para enfrentarla.

— Recordáis haber recogido mi pequeño baúl cuando nos trasladamos — le pregunto sin más preámbulos.

— No, milady, no recuerdo haberlo visto entre el equipaje.

Becca tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no desmayarse al escucharle, aunque ya sospechaba que algo así podía haber ocurrido.

— Desea que regrese al pabellón a buscarlo — se ofreció preocupado al ver lo pálida que se había puesto.

Becca tardo unos segundos en comprender lo que la estaba diciendo, su cabeza no paraba de girar al imaginar lo que pasaría si alguien descubría su contenido, sobre todo si ese alguien era Michael.

Se paso la mano por el estómago en un intento por detener las náuseas que le subían por la garganta.

— Milady, se encuentra usted bien — la pregunto, Alfred cada vez más preocupado por la salud de su señora — iré al pabellón a recuperarlo ahora mismo — la anuncio.

Becca observo como se adentraba en el establo decidido y se obligo a ir tras él.

— No, Alfred, déjalo — le ordeno con apenas un hilo de voz — ya es demasiado tarde para eso — vaticino.

Algo la decía que su contenido ya había sido descubierto.

— Déjalo, ya no importa.

Alfred se quedo allí plantado, viendo como se alejaba de regreso a la casa, sintiendo pesar por ella.

Solo la había visto tan abatida cuando su padre falleció y por muy poco tiempo. Su señora era una mujer fuerte que sabía enfrentarse a las adversidades de la vida sin ayuda de nadie.

Esperaba que en esta ocasión también lo hiciera.

Becca regreso a sus habitaciones sin ningún contratiempo, aunque la casa era grande, el hecho de que esas eran las habitaciones que usaba para asearse cuando estaba de visita en la finca la ayudo a orientarse.

Se quedo allí parada en el centro de la habitación, todo estaba en silencio, parecía que las doncellas habían terminado su trabajo y se habían retirado durante su ausencia, algo que agradeció en silencio.

Camino de nuevo hacia el alfeizar de la ventana y se acomodo en él, no deseaba ver a nadie, solo quería estar sola.

Una suave llamada a la puerta la trajo de vuelta al presente.

— Adelante.

— La traigo una cena ligera, milady — anuncio la señora Simón entrando en la habitación portando una bandeja — Lady Kendall pensó que no desearía reunirse con ellos esta noche dadas las circunstancias.

— Dele las gracias de mi parte.

La señora Simón la miro complacida y deposito la bandeja sobre la mesita frente a la chimenea.

— También me dijo que la dijera, que la esperan para el desayuno o ella misma vendrá a buscarla.

— Allí estaré — la aseguro.

— Más la vale — la advirtió la señora Simón — que disfrute de la cena.

— Buenas noches — murmuro cuando esta ya cerraba la puerta a sus espaldas.

Becca observo la bandeja sin ninguna intención de acercarse a ella, no era la primera vez que la comida no la atraía en absoluto a pesar de llevar horas sin probar bocado, normalmente cuando estaba en esos días su apetito se reducía considerablemente, hasta el punto de no tomar nada más que el desayuno.

Se dijo justificando así su falta de apetito, se giro de nuevo hacia la ventana y volvió a observar los jardines, en esta ocasión cubiertos por la oscuridad de la noche.

Aún era pronto y la casa hervía de actividad, tendría que esperar aún varias horas más, pero era el momento de avanzar en su plan y continuar con su vida.

Se dijo a sí misma, continuando allí sentada, observando sin ver en realidad.

CAPÍTULO 19

Halfted entrego su caballo al mozo que salió a recibirle y se encamino hacia la puerta principal que un servicial mayordomo mantenía abierta para él.

— Buenos días, milord — le saludo — Lord Kendall le espera.

Y sin más hecho a andar por el pasillo hacia el interior de la casa. A Halfted no le quedo más remedio que ir tras él.

— Buenos días — murmuro a la rígida espalda que lo guiaba, devolviéndole el saludo.

Llegaron ante unas dobles puertas de madera que abrió y se echo a un lado para permitirle el paso, cerrándolas en cuanto hubo cruzado el umbral.

— Te has tomado tu tiempo — le recrimino Kendall girándose hacia él con dos copas en la mano.

— Tenía mucho en lo que pensar antes de hablar con la dama — se excuso sin darle mayor detalle.

Kendall le miro invitándole a que se explicara, pero Halfted permaneció en silencio.

— Aunque es pronto para empezar a beber — señalo — algo me dice que vamos a necesitarlo — dijo, en cambio, tendiéndole una de las copas e indicándole que se sentara.

— Gracias, pero he venido a ver a Lady Rebecca — le dijo haciendo lo que le pedía — si pudieras mandar a alguien a buscarla, te lo agradecería.

Kendall se tomo su tiempo antes de responder, removió su copa entre los dedos, pero no llevo a llevársela a los labios.

— Ya quisiera yo poder enviar a alguien a encontrarla — le respondió enigmático — al menos mi esposa no habría salido como alma que lleva el diablo tras ella.

Halfted se tenso visiblemente al escucharle, que ella no estuviera con los Kendall no se le había pasado por la imaginación, si es cierto que había tardado tres días en reunir el valor de ir a verla, pero necesitaba reponerse de lo que contenía aquel maldito baúl olvidado y su significado.

Necesitaba poder pensar y mantener la cabeza fría cuando la viera de nuevo.

— Lady Rebecca no se encuentra bajo tu techo — le pregunto aun sabiendo ya la respuesta.

— Exactamente, se marchó la misma noche que llegamos durante la madrugada.

— Y nadie sabe a donde ha ido — termino por él.

— Chloe piensa que, a Londres, según ella, no tiene otro sitio a donde ir.

— Pero tú no lo crees así — señalo, invitándole a explicarse.

— Lady Rebecca no tiene familiares que puedan acogerla y sus amigos son muy escasos — le aclaro —. Aparte de nosotros y Lord Morrison, el cual se acaba de casar con otra, mientras ella esperaba una proposición por su parte — le explico — tan solo la queda el Conde de Dartford el cual se encuentra en Escocia examinando la biblioteca del Duque de Alister, no hay nadie más a quien pudiera recurrir.

Halfted se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto, qué sabía él de la vida de Lady Rebecca, al fin y al cabo, apenas nada y ni siquiera podía estar seguro de que no fuera mentira todo lo que ella le había contado.

Se fijó en que Kendall esperaba que dijera algo al respecto, por lo que murmuró, no muy convencido de ello.

— Entonces, puede que Lady Kendall tenga razón y allá regresado a su casa en Londres.

— No, mande un mensaje urgente a mi abogado para que lo comprobara e hiciera ciertas averiguaciones — puntualizo — acabo de recibir su respuesta.

Halfted vio como se levantaba y se dirigía hacia el escritorio donde recogió una hoja de papel que le tendió para que la leyera.

— La casa permanece cerrada a cal y canto — dijo volviéndose a acomodar en el sillón — algo me dice que cuando partió hacia aquí sabía perfectamente que no regresaría.

Halfted le miró pensativo, eso tenía sentido si tenía en cuenta que Lady Rebecca y su Dama Enmascarada eran la misma persona.

Regresar a su mundo solitario después de haber probado los placeres que podía experimentar con un poco de libertad cobijada bajo el anonimato, era poco probable que volviera a abrazar las estrictas normas que la alta sociedad imponía a las jóvenes damas solteras, aunque ella estuviera a punto de ser considerada demasiado mayor para el mercado del matrimonio.

Aun así, tenía muchas preguntas que necesitaban respuestas y solo Lady Rebecca podía dárse las.

— Entonces, Lady Kendall regresará pronto.

— Uff, eso espero, pero por si acaso estoy acelerando mis asuntos pendientes aquí para salir a su encuentro — le dijo no compartiendo su optimismo de que Chloe fuera a regresar en un futuro cercano, ella nunca se rendiría dando por perdida a su amiga.

El hecho de que su sobrino o sobrina naciera en unas cuantas semanas, le daba esperanzas de que sería capaz de convencerla para que abandonara su búsqueda, al menos para que la aplazara hasta después del alumbramiento.

Para él estaba claro que Lady Rebecca no quería ser encontrada.

— Bueno, pues no tiene sentido seguir robándote tu tiempo, por lo que será mejor que me marche.

— ¿Iras tras ella? — quiso saber Kendall levantándose a su vez.

— Aún no lo he decidido, aunque sinceramente no tengo ni idea de por donde empezar a buscar.

— Mantenme informado. — le pidió Kendall ya en la puerta.

— Por supuesto — le prometió caminando hacia su caballo.

Halfted regreso al pabellón cabizbajo, se detuvo en el patio para observar la casa donde se había refugiado en busca de la paz mental que tanto necesitaba después de lo ocurrido esa temporada, pero sobre todo para hacer las paces consigo mismo por todo lo le había hecho a su amada hermana.

Marian, otra mujer que había perdido y a la que le era imposible encontrar.

El peso de la losa que cargaba sobre sus hombros desde entonces volvió a aplastarle con más fuerza que antes.

Ya no tenía sentido seguir allí, era hora de regresar a casa, de dejar atrás al señor Gibson y volver a ser quien realmente era, el Conde de Halfted, con sus defectos y sus virtudes.

Pero sobre todo era hora de enfrentarse a sus demonios con la cabeza bien alta y dejar de vivir en una mentira, enfrentándose a la realidad.

Ninguna de ellas volvería.

CAPÍTULO 20

Ya hacía cinco semanas que había regresado a Halftead, su hogar.

Aunque había contratado detectives para que las buscasen, tanto a su hermana como Lady Rebecca, nada había dado resultado, estaba empezando a perder la esperanza de que algún día volviera a verlas a alguna de las dos y eso era algo que sencillamente no podía ocurrir.

Necesitaba verlas, aunque solo fuera una vez más, necesitaba respuestas a sus preguntas para poder descansar, pensó abatido, necesitaba seguir adelante con su vida, pero sin ellas no podría hacerlo.

Esa noche ni el brandy ni el cansancio estaban cumpliendo su función, debería haber ido a la taberna en busca de compañía, pensó Michael, observando el danzar de las llamas, aunque tampoco hubiera servido de mucho, tuvo que reconocer para sí mismo.

Si ahora estaría aún más borracho y con suerte hubiera podido compartir su cama, unos minutos de evasión tras los cuales sus recuerdos regresarían para atormentarle con más fuerza por haber intentado alejarse de ellos.

Quizás si hubiera encontrado a su Dama Enmascarada, podría haber hablado sobre ellos, por algún motivo estaba seguro de que ella le comprendería, sonrió burlándose de sí mismo, ninguna mujer sería capaz de perdonar su vileza y mucho menos el daño que había provocado con ella.

Esa noche se merecía que sus demonios le castigaran por lo que había hecho.

Hoy era su cumpleaños y como cada año, desde que fue presentada en sociedad, el Conde de Halfted abría las puertas de su casa en Londres para ofrecer un baile en su honor y Marian brillaba como ninguna otra dama del salón.

Su carácter abierto, su belleza y distinción hacía que todos los caballeros se postraran a sus pies por una de sus hermosas sonrisas, incluso se inventaban las más disparatadas historias, solo para sus oídos, por oír su risa tan alegre y cantarina.

Esa noche era su noche ...

— Ves, te lo dije, sabía que me necesitaba — le dijo a su marido, al tiempo que se adentraba en la sala caminando hacia su presa.

— Ya veo.

Halfted intento abrir los ojos al escuchar el sonido familiar de su querida Emma, pero los encontró demasiados pesados como para hacerlo, por lo que decidió permanecer con ellos cerrados.

Al fin y al cabo, era imposible que Lady Braynning, quien acababa de dar a luz apenas hacía un mes, estuviera en su biblioteca, o debía haber imaginado de tanto desearlo.

Se recostó aún más en el sillón para estar más cómodo.

Definitivamente, había bebido más de lo que deseaba la noche anterior, si tenía en cuenta el martilleo incesante que golpeaba su cabeza.

— No te quedes ahí parado — increpo a Collins que aún permanecía bajo el umbral de la puerta — ve a buscar a Spinter y pídele una tisana doble para el señor.

Collins la miro por un momento aturdido.

— Vamos, no tenemos todo el día — le insistió, comenzando a impacientarse — por el amor de Dios, muévete.

Collins se volvió dispuesto a cumplir su reclamo y se encontró cara a cara con Spinter, el fiel mayordomo de Halfted.

— Iré a la cocina a prepararla, milord.

— Gracias — fue todo lo que era capaz de decir antes de volverse y entrar en la estancia.

Su esposa ya había llegado junto a Halfted y se inclinaba sobre él.

— Lo siento, siento muchísimo, no haber podido estar a tu lado ayer — se disculpo con lágrimas en los ojos al verle en aquel estado — no deberías haber estado solo siendo un día tan especial.

Halfted abrió los ojos de nuevo para encontrarse la cara de Emma demasiado cerca de la suya, salto sobresaltado al verla, tratando de incorporarse y recuperar un poco de la dignidad que estaba seguro había perdido.

Collins acertó a sujetar a su esposa por la cintura antes de que callera, al apartarse apresurada por el repentino movimiento de Halfted.

Sintió como temblaba por el contacto de sus cuerpos, hacía meses que no disfrutaban de intimidad, su cuerpo aún se estaba recuperando tras el alumbramiento de su hijo.

— No querías llamar a la señora Campbell para que viniera en cuanto llegáramos — la recordó tratando de darle un poco de tiempo a su amigo tras invadir de esa manera su casa.

— Es verdad — reconoció soltándose de su agarre y yendo hacia el escritorio en busca de una hoja de papel — Elliot lleva unos días vomitando parte de sus comidas y con algo de fiebre — le explico al aún aturdido Halfted — por eso no pudimos viajar ayer, tal y como yo deseaba.

— Lo cual es mi culpa, al querer esperar un día más por ver si se recuperaba — comento Collins tomando asiento en un sillón cercano.

— Es que no tenéis médico en Braynford — quiso saber aún más confuso que antes.

— Por supuesto que sí.

— Un matasanos, viejo y decrepito, para el cual todo se arregla con una buena sangría — corroboro Emma enfadada — me niego en rotundo, ha eso, Elliot es aún demasiado pequeño para algo así.

Halfted se volvió hacia Braynning buscando su opinión.

— Estoy de acuerdo con ella — le confirmo — Emma espera que la señora Campbell nos

dé algún otro remedio para curarlo.

La interrupción de Spinter portando una bandeja con la tisana que le habían pedido, impidió que Halfted diera su opinión al respecto.

Spinter colocó la bandeja en la mesita más cercana a su amo y comenzó a colocar las cosas a su alrededor.

— Ya lo harás más tarde — le ordenó Emma desde el escritorio — ahora déjenos solos para que el Conde pueda tomar su tisana en paz.

— Sí, milady.

— Y busque a alguien que pueda llevar esto a la rectoría lo antes posible — le pidió tendiéndole la misiva que acababa de escribir.

— Enseguida.

Halfted observó a Emma en silencio, parecía estar al mando de la situación y decidida a que todo se hiciera a su manera, se volvió hacia Braynning buscando su confirmación, pero este se limitó a encogerse de hombros, despreocupado.

Halfted tomó la tisana decidido a bebérsela antes de que Emma decidiera hacérsela tragar de cualquier otro modo.

— Eso te asentará el estómago y te devolverá las fuerzas — sentenció reuniéndose de nuevo con ellos junto a la mesa — tras lo cual subieras a darte un buen baño, apestas.

Halfted levantó la cabeza, dispuesto a protestar, pero se lo pensó mejor e hizo lo que le ordenaban.

— Pues si me perdonáis, os liberaré de mi apestosa presencia — anunció, levantándose como pudo, decidido a llegar hasta sus aposentos.

— Hombres.

Oyó que Emma replicaba al salir de la estancia. Lo cual le arrancó una sonrisa, esa mujer nunca cambiaría a pesar de ser madre y estar casada, ni él deseaba que lo hiciera, se dijo convencido, tenía la sensación de que su presencia en la casa le ayudaría a superar sus problemas.

Poco más de una hora después volvió a bajar completamente adecentado.

Oyó voces que parecían proceder del saloncito verde y fue hacia allí.

— Por el amor de Dios, Emma no puedes hacer eso en el cuarto de los niños — exclamó desde la puerta, contrariado.

— Solo le estoy dando de comer a mi hijo, ¿qué tiene de malo? — le preguntó mirándole de soslayo — la señora Campbell tiene que estar presente para poder aconsejarme y ver lo que ocurre después.

Halfted se fijó en que la señora Campbell, la cual permanecía sentada a su lado, se había sonrojado, no parecía muy cómoda con la situación.

— Y también es necesario que Braynning y el padre Campbell estén presentes, viendo como ... — buscó la palabra adecuada en su mente, pero no la encontró.

— Anda ven aquí y tomate un refrigerio — le invitó Collins desde la entrada de la terraza

donde se habían refugiado.

— Es absolutamente bochornoso — dijo el padre Campbell una vez se unió a ellos — pero todos conocemos a Lady Braynning y aun así la queremos.

Halfted pudo ver la sonrisa de satisfacción de Emma al escucharle. Esa mujer era como una niña pequeña que necesitaba oír, que era aceptada y querida por la gente que la importaba, y la verdad es que hacía años que había conquistado el corazón de todos con su bondad y buen corazón.

— Cuánto se supone que va a durar esta tortura — pregunto a nadie en particular Halfted tomando un emparedado de la bandeja.

— El tiempo que haga falta y si tanto te molesta ya te puedes estar marchando — replico Emma entre enfadada y divertida por su bochorno, nunca hubiera imaginado algo así de Halfted, tendría que contárselo a Marian cuando volviera a verla.

— De la calle vendrán y de tu casa te echarán.

— Vale ya los dos — les regaña Collins — esta situación ya es lo suficientemente incómoda como para además tener que sufrir viendo como os peleáis.

— Tienes algún problema, querido.

— Ninguno, lo decía por los Campbell, querida — la replico — yo estoy más que acostumbrado a tus salidas de tono y al puritanismo de Halfted sobre ellas, debido a su edad.

— Cuidado a ver a quién estás llamando tu vejestorio —le replico furioso — aún puedo aguantarte a lo que quieras, solo nómbralo.

— Al billar — propuso el padre Campbell deseoso de salir de allí a cualquier precio, una partida de billar sería mil veces mejor que seguir soportando semejante espectáculo.

Todos en la sala se volvieron hacia él y comenzaron a reír al unísono.

— Pues una partida de billar sea — acepto Halfted el reto.

Los tres caballeros se levantaron y abandonaron la sala como si los persiguiera el diablo.

Ambas mujeres les observaron en silencio.

— Hombres ... — dijo la señora Campbell tras ellos.

— Imposibles de comprender — replico Emma rompiendo a reír a carcajadas.

—¿Y cuánto tiempo os vais a quedar? — se atrevió Halfted a preguntar.

Tras la cena habían regresado a la biblioteca y se habían arrellanado en sendos sillones dispuestos a conversar un rato antes de retirarse a sus aposentos para la noche.

— Un par de semanas mínimo, la señora Campbell desea observar el progreso de Elliot por si hay que probar otras soluciones antes de que nos marchemos — le explico Emma.

— También hemos pensado en aprovechar, ya que estamos aquí, para reformar la casa de Emma y preparar una habitación infantil — continuo Braynning poniéndole al día de sus planes.

— Así no tendrás que alojarnos en tu casa cuando queramos venir a la ciudad.

— Siempre sois bienvenidos, además agradezco vuestra compañía, sin Marian esta casa

parece vacía, la echo de menos, no me acostumbro a vivir solo — les confesó con pesar.

— Por eso no tuviste ningún escrúpulo en comprometer la reputación de Lady Rebecca viviendo con ella bajo el mismo techo en el pabellón de caza de Sir Arthur — le regaña Emma poniéndose seria de repente.

Halfted la miro sorprendido, no esperaba que los cotilleos sobre su estancia en el pabellón se hubieran extendido de esa manera, llegando incluso hasta Braynford.

— Los Kendall pasaron a visitarnos para conocer a Elliot desde Kendintong, donde esperan el nacimiento de su sobrino — le explico Braynning al ver su confusión.

— Lady Kendall estaba muy preocupada por su amiga — continuo, Emma — si no fuera por el inminente alumbramiento de su hermana, aún seguiría en Londres buscándola.

Halfted registro ese hecho, aunque él ya sabia que Lady Rebecca no se encontraba en Londres ni en ninguna otra ciudad que los detectives que había contratado para encontrarla hubieran visitado. Era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra, al igual que Marian.

La verdad es que se sentía como un verdadero inútil incapaz de encontrarlas.

— Nunca habría esperado eso de ti — le regaña Emma desilusionada.

— ¿El qué?

— Emma ... — trato Collins de advertirla para que no fuera demasiado severa con su amigo.

— Que no cumplieras como un caballero con tus responsabilidades.

Halfted acuso el golpe y sintió la necesidad de defenderse.

No podía permitir que Emma pensase que era capaz de algo así, su querida Emma no, ella era su único consuelo, lo único que le quedaba después de perder a Marian y ahora a Lady Rebecca.

— Las cosas no son tan simples, existen circunstancias que deben ser aclaradas antes de poder tomar una decisión de ese tipo.

Emma se lo quedo mirando sin comprender a qué se refería, para ella todo estaba muy claro, habían convivido bajo el mismo techo durante semanas sin la compañía adecuada, una situación que solo se podía subsanar con el matrimonio.

Sacudió la cabeza, se estaba pareciendo demasiado a la Marquesa viuda de Lexdan demasiado para su gusto.

Ella era una mujer abierta y tolerante, quizás Halfted tenía razón y había otras cosas a tener en cuenta antes de dar el paso, no debían olvidar que el matrimonio era para toda la vida y casarse con la persona incorrecta, solo por la presión social, estaba condenado al fracaso y convertir la vida de ambos cónyuges en un infierno.

No deseaba eso para Halfted, él se merecía ser feliz y tomar por esposa a la mujer que amara.

Se lo quedo mirando en silencio, invitándole a que confiara en ella como tantas otras veces había hecho en el pasado.

— No hay mucho que pueda contar sin poner en riesgo, aún más, el buen nombre de la

dama — se excusó por no poder darles más detalles de lo ocurrido.

— Lo entendemos — le aseguro Braynning llevándose su copa a los labios.

— Pues yo no lo entiendo.

Halfted la observo en silencio tratando de calibrar hasta donde podía contarla sin desvelar sus secretos.

Que Emma lo entendiera y siguiera pensando que era un noble caballero de él era muy importante.

— Digamos que ambos mentimos sobre nuestras identidades y amparados en el anonimato ocurrieron cosas fuera del pabellón que nunca debieron haber ocurrido.

Era todo lo que podía decir al respecto, esperaba que fuera suficiente para seguir contando con la confianza de Emma en que era una buena persona.

— Cosas que deben ser aclaradas, supongo — intervino Braynning de nuevo.

— Imperiosamente.

— ¿Y qué estás haciendo para encontrarla? — pregunto Emma aun dudando de sus supuestos motivos.

— He contratado a varios detectives que la buscan en estos momentos por toda Inglaterra — replico altanero defendiéndose de su acusación velada.

— Sin ningún resultado, me atrevo a decir.

— Ninguno — le confirmo.

— Muéstranos donde ya han buscado — le sugirió Emma — quizás entre los tres y basándonos en lo poco que conocemos a la dama, podamos reducir la zona de búsqueda.

Halfted la miro con todo el cariño que albergaba en su corazón, Emma, su siempre practica, Emma.

Ojalá todo fuera tan fácil, aun así, no se opuso a la idea y juntos pasaron el resto de la velada repasando y examinando detenidamente la información que los detectives habían podido reunir sobre Lady Rebecca Penton, la cual era más bien escasa.

Ojalá Emma estuviera dispuesta, ha hacer lo mismo para encontrar a Mariam, pero se negaba en rotundo siquiera a considerarlo, para ella era una traición a su amiga que deseaba mantenerse aislada de su familia y amigos.

Tras varias horas examinando todo lo que tenían decidieron retirarse y volver a empezar al día siguiente por si habían pasado algo por alto.

CAPÍTULO 21

Tras una noche de insomnio dándole vueltas al problema de Halfted, atender a Elliot y sus demandas de comida.

Lady Braynning pudo reunirse con los demás en la biblioteca, aunque por un breve tiempo, ya que la señora Campbell llegaría en poco más de una hora y debería regresar junto a Elliot.

La verdad es que parecía que la nueva tisana que la había recomendado la señora Campbell había hecho efecto, puesto que en la última toma no había vomitado y parecía dormir más tranquilo sin retortijones en la tripa.

Ojalá fuera así, aunque no se hacía muchas ilusiones al respecto, también podía haber sido pura casualidad, en algún momento debería dormir más de veinte minutos seguidos, este niño, pensó un poco desesperada.

Había oído hablar de bebés que tenían problemas con el sueño y con las comidas, que terminaban desquiciando a sus padres, pero siempre había creído que exageraban, ahora se daba cuenta de que no era así, más bien todo lo contrario, era mucho peor de lo que había escuchado.

— Buenos días — saludo tratando de parecer alegre a pesar de lo cansada que se encontraba — habéis conseguido hacer algún progreso — pregunto a nadie en particular.

— Nada — la respondió Halfted resignado a no descubrir nada nuevo que los indicase por donde seguir buscando.

— Deberías volver arriba y tratar de descansar — la consejo Braynning, depositando un suave beso en su mejilla.

— Te encuentras mal, Emma — quiso saber Halfted levantando la vista de los papeles que estaba examinando.

— Por supuesto que sí, el descanso está sobrevalorado.

Halfted fue a decir algo, pero Braynning se le adelanto.

— Apenas si ha dormido, entre Elliot y el enigma del paradero de Lady Rebecca, se ha pasado la mayor parte de la noche despierta — la sonrió con cariño — ya la conoces cuando tiene algo en la cabeza, no deja de darle vueltas y más vueltas.

— Es que tengo la sensación de que he olvidado algo importante que nos ayudaría a dar con su paradero — se defendió.

— Pero no a costa de tu salud — replicó Halfted aún más preocupado que antes.

Conocía a Emma demasiado bien como para saber que no cejaría en su empeño.

— Estoy bien, de verdad — trato de tranquilizarle — no tengo mucho tiempo antes de que llegue la señora Campbell, así que si fuerais tan amables de contarme vuestros avances.

Ambos hombres la miraron resignados y comenzaron a explicarla que habían hecho durante su ausencia, tras lo cual se pusieron los tres a trabajar de nuevo.

Hasta que una discreta llamada a la puerta anunciando la llegada de la señora Campbell los interrumpió y Lady Braynning se marchó para atenderla.

Halfted la siguió con la mirada, preocupado, sentía ser la razón de sus desvelos.

— No hay mucho que podamos hacer al respecto, salvo resolver el enigma antes de que la cosa vaya a más — señalo Braynning adivinando su preocupación.

— Tienes razón — estuvo de acuerdo con él, volviendo a concentrarse en los datos de los que disponían.

Lady Braynning no volvió a reunirse con ellos en la biblioteca hasta después del almuerzo, donde permanecieron hasta la hora de prepararse para la cena.

—¿Cómo está el bebe? — quiso saber Halfted entre bocado y bocado.

— Parece que el remedio de la señora Campbell está funcionando — le respondió Braynning tomando su copa de vino — no ha vomitado tras las dos últimas tomas.

— Te lo dije, la señora Campbell es una experta en estos menesteres — le regañó Emma, incapaz de dejar pasar la ocasión de hacerlo — si me hubieras escuchado habríamos venido antes a consultarla.

— Estabas demasiado débil tras el parto como para viajar — la recordó Collins defendiéndose.

Halfted les escuchaba con una sonrisa en los labios, a pesar de que se vieron forzados por las circunstancias a ese matrimonio, con el tiempo habían sabido adaptarse y permitir que el cariño fraguara entre ellos.

Ahora eran un matrimonio feliz, basado en el amor y el respeto, que había sido bendecido con un hijo varón que heredaría el título de su padre.

Sintió cierta envidia al observarles, eso era lo que deseaba para él, una vida en común con su futura esposa, no solamente un recipiente donde sembrar su semilla sin nada más que compartir.

A su mente regresaron las veladas compartidas con Lady Rebecca en el pabellón de caza, las conversaciones sobre su trabajo en los campos, sobre sus avances en el catálogo de la biblioteca o simplemente sobre si Nusa parecía más cansada o jovial que el día anterior.

Echaba de menos a ese chuchó, no tenía ninguna duda de que Nusa le había robado el corazón desde el momento en que se bajo del carruaje aquel primer día, el cual le parecía tan lejano, cuantas cosas habían cambiado en su vida desde entonces.

Sacudió la cabeza para alejar esas imágenes de su mente y tomo su copa de vino para darla un buen trago que lo ayudara a dejar atrás la nostalgia.

Levanto la mirada al notar el silencio de la mesa y se encontró con Emma, observándole minuciosamente, parecía preocupada, la ofreció una débil sonrisa para tranquilizarla.

— La encontraremos — le aseguro, tras lo cual la conversación se reanuda con temas intrascendentes y livianos.

Regresaron a la biblioteca tras la cena, pero se aposentaron frente al fuego a disfrutar de un buen licor antes de retirarse a sus aposentos.

Todos estaban frustrados, habían revisado los papeles cientos de veces y seguían sin la menor pista del paradero de Lady Rebecca.

— No voy a rendirme — asevero Emma jugueteando con su copa de vino dulce.

— No esperaba que lo hicieras, querida.

— No me llames así, sabes que odio ese sonido salir de tus labios — protesto enfadada.

Collins la sonrió con cariño, era tan fácil provocarla cuando se sentía enfadada consigo misma.

— Pues ya me dirás que hacemos — intervino Halfted rompiendo el momento entre la pareja — estoy abierto a cualquier idea que propongáis.

— Asumamos que los detectives que has contratado saben lo que hacen y están haciendo un buen trabajo de investigación.

— Si damos ese hecho, por supuesto no están buscando en el lugar adecuado — puntualizo Halfted.

— Pero donde más podrían buscar — continuo Braynning desconcertado — la vida de lady Rebecca siempre ha transcurrido en Londres, sin apenas conocidos ni familiares. Recluida cuidando a su padre tras la muerte de su madre.

Emma dio un respingo al oírle.

— Eso es, cariño, padres — exclamo volviendo a quedarse en silencio.

Braynning y Halfted se volvieron hacia ella confusos, esperando que se explicara.

Emma se tomo unos minutos para ordenar sus pensamientos y darles algún sentido antes de exponerlos en voz alta.

— Sabemos casi todo de la vida de Lady Rebecca, pero y la de sus padres — se levanto y fue hacia las estanterías —. ¿De dónde vienen?, ¿dónde nacieron?, ¿dónde estuvieron antes de instalarse en Londres? — tomo un libro y regreso a su asiento — qué recuerdos de su pasado compartieron con Lady Rebecca que pudieran crear un anhelo como para desear conocer ese lugar en particular.

Halfted se fijo en que el libro que Emma hojeaba tan impetuosamente era un ejemplar del Debrett, el registro de las casas de la nobleza inglesa donde se anotaban los nacimientos, casamientos y defunciones de sus pares.

Así como los acontecimientos más importantes, cada casa noble que se preciara, contaba con un ejemplar del mismo, el cual era actualizado una vez al año al principio de la temporada.

— Aquí está, el Barón de Penton — cacareo Emma marcándolo con el dedo — el título es originario de Cornualles y ningún Barón ha abandonado nunca el condado — leyó pensativa — incluso el reciente nombrado Barón de Penton es originario de allí.

— Eso no tiene sentido — la rebatió Collins — sabemos que el padre de Lady Rebecca

era el Barón de Penton y residía en Londres.

— Lo sé, déjame ver si hay alguna anotación al respecto.

Halfted permaneció en silencio observando como Emma se concentraba en la lectura, a la vez que, expectante, puede que hubieran encontrado, por fin, algo que les indicara el camino para llegar hasta Lady Rebecca.

Sintió la mirada dubitativa de Collins sobre él, pero se negó a sofocar la esperanza que había renacido en su corazón.

— Aquí hablan de los padres de Lady Rebecca, ambos originarios de Cornualles, pero que abandonaron el condado tras su casamiento para instalarse en Londres y nunca más volvieron — continuó leyendo — al parecer las fincas y las tierras ligadas al título fueron administradas por la iglesia y los abogados del Barón, durante su ausencia y entregadas a su nuevo señor tras su fallecimiento según su deseo. — concluyo Emma cerrando el libro un poco, desilusionada.

— Volvemos a estar donde estábamos, en Londres.

— Collins de verdad no sé cómo pude llegar a casarme contigo — refunfuño Emma ante su pesimismo — ahora hemos añadido Cornualles, un nuevo sitio donde buscar.

— Puede que Lady Rebecca haya viajado hasta allí para conocer sus raíces — intervino Halfted pensando en voz alta.

— Dado que tus detectives no han emitido ningún informe sobre la zona, supongo que no podemos descartarlo — corroboro Collins uniéndose a ellos, pero sin esperanza, él no era un hombre optimista por naturaleza.

— Entonces les escribiré ahora mismo para que vayan hacia allí a averiguarlo — asevero Halfted levantándose y yendo hacia el escritorio.

Emma permanecía en silencio con la mirada fija en el danzar de las llamas, reflexionando.

Oía de fondo el parloteo de ambos, pero no les prestaba demasiada atención.

De pronto volvió a tomar el libro de encima de la mesa donde lo había dejado y volvió a hojearlo, pero ahora no era al Barón Penton a quien deseaba encontrar.

Si no a Lady Penton, algo la decía que ella tenía la llave a todo este misterio. Y no se equivocaba, paso el dedo por las líneas escritas, casi sin leerlas hasta que lo encontró.

— No está en Cornualles, sino en Kent, más concretamente en Brichington o sus alrededores.

CAPÍTULO 22

Becca estaba recostada sobre el diván admirando el fuego de la chimenea perdida en sus pensamientos.

Llevaba todo el día viajando y había decidido detenerse en Ilford para pasar la noche, si todo iba bien mañana a media tarde llegaría a su destino.

Cuanto más se acercaba a él, más nerviosa estaba, había tardado semanas en reunir el valor para dar este paso, pero sabía que era lo correcto.

Si todo hubiera salido tal y como lo planearon Helena y ella, ahora no se encontraría en esta situación y pasaría el resto de su vida junto a sus padres en aquella apacible aldea de Brichington.

En su pequeña casita frente al mar, disfrutando de sus espectaculares paisajes, tratando de plasmarlos en un lienzo.

No solo había incumplido todas las reglas que pactaron, sino que se había enamorado del simple señor Gibson que trabajaba en los campos y buscaba su placer con Damas Enmascaradas en discretas tabernas de paso.

Sintió el anhelo del deseo por aquellas noches de pasión que habían compartido.

Pero él era en realidad el Conde de Halfted, un completo desconocido al que no sabía si podía llegar a amar alguna vez, aunque si sabía que debía intentarlo, había demasiadas cosas en juego como para no hacerlo.

No sería feliz en su nueva vida, no ahora que sabía quién era, siempre se preguntaría si su cobardía por enfrentar lo que hizo, la condeno a vivir una solitaria vida basada en una mentira.

Su frustración y amargura repercutiría en un ser inocente que no se lo merecía, solo por eso debía volver a verle y enfrentarse a las consecuencias de lo que había hecho.

Porque ella le había engañado, le había hecho partícipe de su plan sin informarlo, pero él también la había mentido, ocultándole su verdadera identidad, algo que no debía olvidar cuando se enfrentara a él.

No dejaría que sus sentimientos se adueñaran de su mente, pasando por alto su falta.

Unas voces en el pasillo llamaron su atención, sacándola súbitamente de sus cavilaciones.

Se puso rígida al reconocerlas, no podía ser, debía de estar equivocada, se dijo a sí misma tratando de calmarse.

Se levanto de un salto y salió al pasillo como alma que lleva el diablo, tenía que

comprobarlo.

Halfsted salió del cuarto de aseo en mangas de camisa y a medio vestir para abrir la puerta al posadero, cuando volvió con la cena fría que le había pedido.

No estaba de humor para bajar al comedor y tener que entablar una conversación banal con algún conocido.

La posada del Cisne y la Flor era una de las mejores del país, tanto por la elegancia de sus habitaciones como por su buena cocina, al estar tan cerca de Londres eran muchos los que se aventuraban a visitarla solo para disfrutar de sus hermosos jardines y exquisitos platos.

Hacer una escapada al Cisne y la Flor se había puesto de moda entre la nobleza y la alta burguesía, por lo que no sería extraño encontrarse con algún conocido en el salón.

Halfsted no estaba de humor para eso, le hubiera gustado seguir avanzando hacia su destino, pero la noche y el agotamiento de su caballo se lo habían impedido.

Prefería detenerse a pasar la noche y dejarlo descansar, que cambiarlo por otro y continuar. Le gustaba viajar en su propia montura, era una de las muchas manías que tenía.

Se volvió hacia la mesa y se dispuso a servirse un plato, no se había percatado hasta ahora de lo hambriento que se sentía, su estómago protestó recordándole que no había comido nada desde el almuerzo temprano con Collins y Emma antes de su partida.

Él quiso salir en cuanto descubrieron donde se encontraba Lady Rebecca, con casi total seguridad, aunque no podían estar seguros de ello, él sabía a ciencia cierta que estaría allí.

Pero Emma, la siempre práctica y lógica Emma, le recordó sus responsabilidades con sus empleados y que no podía desaparecer de la noche a la mañana sin saber cuando regresaría. Y más en esa época del año.

Gracias a Dios, Braynning se ofreció a hacerse cargo de todo, por lo que pasaron gran parte de la noche y toda la mañana en su estudio con su administrador y capataz, reunidos para informarle de sus asuntos pendientes.

Emma no necesitó ninguna de sus directrices para hacerse cargo de la casa y de cualquier problema que pudiera surgir. Llevaba años haciéndolo, junto a Mariam y todo el personal la respetaba y reconocía su autoridad.

Lo cual le permitió salir unas horas antes, ellos se ocuparían de todo sin abandonar sus propias responsabilidades en su finca al estar tan cercanas, lo cual era un alivio para su conciencia por haber abusado así de su amistad cargándoles con todo el trabajo.

Se sentó a la mesa y tomó su copa de vino, estaba nervioso y a la vez que expectante.

Mañana, si todo iba bien, volvería a verla. Obtendría las respuestas a sus preguntas que tanto ansiaba y juntos decidirían su destino.

Estaba decidido a no imponer su voluntad, cuál sea que fuera, sino a tener en cuenta su opinión y respetar sus deseos.

— ¡¡Halfsted!! — exclamó abriendo la puerta de golpe y entrando en tromba en la habitación.

Este salto de su asiento como un resorte, dejando caer el tenedor que nunca llegó a su

boca, sorprendido.

— ¿Becca? — pregunto confuso al verla.

Esta se quedo parada en medio de la habitación al oírle, nunca la había llamado así antes, en realidad eran muy pocos los que lo hacían, tan solo su círculo más cercano.

Pero escucharlo de sus labios le había producido una sensación extraña como si hubiera regresado a casa tras un viaje inesperado y agotador donde hubiera estado perdida sin saberlo.

Halfted cruzo la habitación de dos zancadas y la cogió por la cintura para atraerla hacia su cuerpo, aún no podía creer que volviera a estar entre sus brazos.

Se miraron por un momento antes de fundirse en un beso abrasador.

Podía sentir a Becca temblar entre sus brazos, presa de la pasión que la devoraba, abandonó su cintura y comenzó a subir por su costado en una lenta caricia hasta sus senos, su pezón endurecido le taladró la palma cuando lo cubrió con su tosca mano.

Becca sentía que su piel ardía donde él la había tocado, su fino camisón de muselina la dejaba percibir su tacto y saborearlo.

Le deseaba, deseaba a ese hombre mucho más de lo que había imaginado, ese era su lugar, prisionera entre sus brazos junto a su cuerpo.

Michael abandonó su boca arrancándola un quejido de protesta por semejante atrevimiento, lo que inflamo aún más su hombría al saber que podía producir ese efecto en ella.

Dio un paso atrás para alcanzar el nudo de su bata y dejarla caer, su fino camisón no tardo en reunirse con ella a sus pies.

Tomo una respiración profunda al observarla ahí de pie, totalmente desnuda para él.

— Eres hermosa — murmuro con la voz ronca por el deseo.

Su piel dorada por la luz de las velas y el danzar de las llamas en la mal iluminada habitación le llamaba como un canto de sirena, invitándole a devorarla.

Se tomo unos minutos recorriéndola con la mirada tratando de grabarla a fuego en su mente, si nunca más tenía el honor de volver a verla, quería poder tener el privilegio de admirarla en su mente.

Becca dio un paso atrás inconsciente, Michael no había vuelto a abrazarla o tocarla, quizás sin su disfraz no le pareciera tan deseable.

Contemplar a la simple Lady Rebecca desnuda ante él, no despertaba su pasión.

— He perdido mi baúl, ya no puedo ser ella de nuevo — se disculpo sin saber muy bien por qué, pero sintiendo la necesidad de hacerlo.

— Mi Dama ... — murmuro con nostalgia.

Dio un paso hacia ella para poder volver a abrazarla.

— Siempre será un recuerdo para nosotros — la beso tratando de controlar su pasión para no asustarla — yo siempre prefiero lo auténtico y esa es la mujer que tengo ahora entre mis brazos.

Volvió a asaltar su boca, pero esta vez sin ningún control, dejándola ver cuanto la necesitaba y los sentimientos que despertaba en él y no podía expresar con palabras.

Becca se dejó hacer respondiendo con toda la pasión que ardía en su pecho.

Necesitaba tocar su piel, sus dedos hormigueaban de deseo, deslizó las manos hasta la cinturilla del pantalón y tiro torpemente de la camisa hasta que pudo rozar su piel caliente con la punta de los dedos.

Michael gruño junto a su boca por su atrevimiento, como deseaba a esa mujer, le estaba volviendo loco.

Dio un paso atrás, tomando varias respiraciones rasposas, tratando de recuperar el control sobre sus emociones que ella le había robado con su belleza.

Tenía que dominar sus instintos, pensó obligándose a tomarse su tiempo en saborearla y darla el placer que se merecía.

No podía empujarla contra la pared y tomarla como un animal como si fuera una furcia, ella era Lady Rebecca y su posible futura esposa, si se decidía a proponérselo.

Este pensamiento le hizo recuperar parte de la calma que necesitaba.

— Ven — la dijo con la voz ronca, guiándola hacia la enorme cama situada en un rincón de la estancia.

Becca a pesar de sus inseguridades, no dudo ni un segundo en seguirle.

— Siéntate — la indico.

Tras lo cual acabo de sacarse la camisa por la cabeza dejándola ver su torso desnudo.

Becca se inclino hacia delante para acariciarle.

— No, ahora no o esto acabará antes de haber empezado siquiera.

Y volvió a empujarla hacia atrás hasta que su espalda topo con el colchón que tenía debajo.

La admiro una vez más antes de caer de rodillas a la orilla de la cama.

Coloco sus pies sobre sus rodillas y fue acariciándola cada centímetro de sus largas y bien torneadas piernas, hasta llegar a su centro.

Arrancándola quejidos de placer que sonaron como la mejor de las melodías a sus oídos.

Acerco la cabeza hacia su centro y respiro profundamente aspirando su aroma antes de abalanzarse sobre él para saborear su néctar.

Sintió como se tensaba por la sorpresa antes de relajarse y abandonarse a sus caricias.

Becca sentía que moriría en cualquier momento, con el roce sensual y posesivo de su lengua entre sus pliegues.

Nunca había sentido un placer tan desbordante que la llevara a la locura, sintió como uno de sus dedos presionaba su apertura y se introducía en su interior, impulsándola al clímax más álgido que había experimentado en su vida.

Su cuerpo se retorció de placer, agarro las sabanas con fuerza, mientras gritaba su nombre perdida en la locura de placer que sentía.

Poco a poco volvió a bajar de la nube donde la había llevado, recuperando lentamente el ritmo normal de su respiración, no creía que se pudiera sentir más placer sin morir por ello.

Reunió la fuerza suficiente de sus lapsos músculos como para levantar la cabeza y verle sentado entre sus piernas, observándola con los ojos ardientes de deseo, pero dándole el tiempo que necesitaba para recuperarse antes de tomar su propio placer de su cuerpo.

— Ven aquí — susurro invitándole a unirse a ella en la enorme cama.

Michael no necesitó una segunda invitación, se incorporo y termino de desnudarse antes de reunirse con ella en la cama.

Becca había aprovechado para acomodarse con la cabeza en la almohada, buscando una posición más cómoda para ambos antes de recibirle.

Michael se colocó sobre ella, separó sus piernas con las rodillas y apoyó la cabeza de su miembro sobre su entrada.

— Eres hermosa.

Se inclinó para tomar su boca al tiempo que se zambullía en su interior de una sola embestida.

Se obligó a mantenerse completamente quieto, buscando en sus ojos cualquier signo de incomodidad.

Salió lentamente para volver a entrar al tiempo que capturaba sus suspiros de placer entre sus labios.

Sintió que el roce de sus cuerpos por donde estaban unidos volvió a excitarla poniéndola de nuevo en el camino del clímax, se obligó a esperarla controlando el ritmo de sus embistes hasta que sus músculos internos se contrajeron contra su miembro indicándole que estaba lista.

Acelero el ritmo bruscamente, elevándolos a los dos a un clímax intenso juntos.

Michael cayó sobre ella con todo su peso, aplastándola.

A Becca le costaba respirar con sus pulmones aprisionados bajo su pecho, pero también por la intensidad de las emociones que había sentido.

No era la primera vez que satisfacían sus deseos, pero esa vez había sido distinta, nunca había sido tan profunda ni satisfactoria.

Por algún motivo que no llegaba a comprender, esa noche su conexión no había sido solo física, era como si los sentimientos que habían despertado en ella por él, también hubieran intervenido a la hora de alcanzar un placer tan intenso.

— Tenemos que hablar — la recordó rodando sobre ella hasta acostarse a su lado en la cama.

— Mañana — le suplico no queriendo romper el embrujo en el que aún se encontraba.

— Estarás aquí cuando despierte — la pregunto desconfiando de sus intenciones.

— Lo prometo.

Michael se volvió a medias hacia ella y la atrajo junto a su cuerpo, antes de caer en un placentero sueño.

Becca se contoneó como pudo hasta alcanzar la ropa a los pies de la cama y cubrirlos, le observó por unos minutos, antes de volverse hacia la mesita para apagar la vela y dejarse vencer por el sueño.

CAPÍTULO 23

Apenas si había despuntado el sol por el horizonte cuando Becca tomo conciencia de que debía de marcharse ya o los corredores se llenarían de gente deseosa de continuar su viaje, por lo que no podría pasar desapercibida regresando a su habitación.

Pero le había prometido a Michael que estaría ahí cuando despertara, como pudo se revolvió con sigilo y se soltó de su amarra.

— Rompiendo tu promesa.

Becca se tenso al escuchar el sonido de su voz soñolienta a su espalda.

— No, no, pensaba despertarte — se volvió hacia él, ajustándose el cinturón de su bata — tengo que irme ya, ahora que los pasillos aún están vacíos.

Le explico caminando hacia la cama donde se había medio incorporado para poder verla mejor.

— Entiendo — la dijo comprendiendo sus motivos — dame un minuto y me aseguraré de que el corredor esté despejado.

Michael saltó de la cama y tomo su pantalón del suelo donde lo había tirado la noche anterior.

Se acerco a la puerta y tomo el pomo.

— Tenemos que hablar — la recordó antes de abrirla y asomarse al pasillo.

— Estoy de acuerdo, pero no sé donde podríamos encontrarnos a solas sin ponernos en un compromiso — se lamenta Becca yendo hacia él.

— En mi casa en Londres — la convoco no muy convencido de que aceptara — lo prepararé todo para el almuerzo.

Becca le miro indecisa, una dama no podía visitar el hogar de un caballero soltero sin la compañía adecuada ni estando comprometida con él y anunciados los esponsales.

Si alguien la veía entrar allí estaría arruinada para siempre, el escándalo la perseguiría allí a donde fuera.

— ¿Conoces El Club de los Eruditos? — se le ocurrió de repente.

— Nunca he oído hablar de él.

— Es poco conocido y el lugar perfecto para nuestro encuentro — le explico — nadie nos molestará allí.

Michael volvió a asomarse al pasillo, le había parecido oír el sonido de una puerta al abrir y cerrarse.

— Te enviaré una invitación — decidió Becca poniéndose en marcha y pasando junto a él por la puerta — te espero a las doce en el hall — le susurro desapareciendo por el pasillo rumbo a sus aposentos.

Michael se aseguro de que llegaba sin contratiempos antes de volver al interior para asearse y terminar de vestirse.

Tenía que llegar a Londres e informarse sobre ese dichoso Club antes de las doce, además de visitar a sus abogados para asegurarse de que todo está listo por si acaso.

Becca se fue directamente al Club, dejando a Nusa al cuidado de su cochero y los lacayos que la acompañaban, con quienes había pasado la noche en los establos al no permitir animales tan grandes dentro de la posada.

Ellos tenían familiares y amigos en Londres, por lo que poder disponer del día libre para visitarlos les pareció una gran idea, a pesar de tener que llevar a Nusa con ellos.

Aunque aún era muy temprano el hall estaba bastante concurrido, se dirigió a su mesa acostumbrada donde tantas mañanas había conversado con Lady Chloe antes de dirigirse a sus clases de pintura.

Se volvió hacia la gran chimenea, recordando a su padre allí sentado, todo orgulloso, conociendo a sus amigos, mientras esperaban la inauguración de la exposición donde ella participaba.

Allí había empezado todo, una lágrima solitaria recorrió su mejilla al recordar los días posteriores a aquel acto.

Él había querido estar junto a su hija en ese momento tan especial y nunca se lamentó del precio que tuvo que pagar por ello, pero para Becca todo cambió aquella sencilla mañana, su mundo se vino abajo y nunca más volvió a ser el mismo.

Se acarició su vientre incipiente, no se arrepentía de lo que había hecho para conseguirlo y pasara lo que pasara ese día, tras su conversación con Halfted, afrontaría lo que le deparara el futuro con valentía.

Ahora tenía un motivo por el que luchar y lucharía.

El lacayo se acercó con su pedido habitual sin ni siquiera recordárselo, haciéndola sentir como si las últimas semanas de ausencia no hubieran ocurrido.

Se volvió hacia la ventana a observar los jardines y a los miembros del Club que estaban llegando, se tomó su tiempo saboreando su té, perdida en sus recuerdos.

Nadie se acercó a ella ni interrumpió su momento.

A eso de las once se levantó y fue hacia la recepción para solicitar una sala de tertulia privada, nadie los molestaría allí, ni nadie comentaría su encuentro.

Lo que pasaba en el Club se quedaba en el Club, eso era algo que todos sus miembros respetaban.

Todos iban allí para ser ellos mismos sin ser juzgados por la sociedad, por lo que entre ellos tampoco se juzgaban.

Dejo su bolso de mano, donde llevaba su cuaderno y sus lápices de dibujo en la sala que la asignaron antes de salir del Club en busca de unos emparedados y tartaletas a una tienda cercana por si les apetecía picar algo o se les hacía muy tarde para el almuerzo.

También había pedido que les llevaran té y café, así como una botella de vino para acompañar.

Había estado insegura entre pedir vino o brandy, pero decidió que era demasiado temprano para lo segundo, aunque lo podrían llegar a necesitar.

Eran sobre las once y media cuando volvía a entrar en el hall, seguida por un par de lacayos que transportaban su encargo. Sabía que había comprado demasiado, pero no estaba segura de los gustos de Halfted para la comida.

No lo conocía demasiado bien en ese aspecto, casi todos sus encuentros habían sido de noche o durante la cena y no se dedicaban a compartir refrigerios precisamente.

Sintió como se acaloraba al recordarlo.

Halfted la vio cruzar la entrada y se levanto del sillón donde había estado disfrutando de un buen café mientras leía el periódico, esperándola.

— Lady Rebecca — la saludo con una ligera inclinación de cabeza.

— Lord Halfted — le correspondió — aquí no son necesarios los formalismos — le instruyo pasando junto a él — he alquilado una sala privada de tertulia donde podremos hablar libremente, si sois tan amable de seguirme — le dijo sin detenerse en su camino.

Las salas de tertulia se encontraban en la parte de atrás del edificio, con vistas a Hyde Park, y solían tener una pequeña terraza a los jardines de la que se podía disfrutar si el tiempo lo permitía.

Becca despidió a los lacayos que la acompañaban tras depositar sus compras sobre la mesa y se dispuso a abrirlas.

— No sabía cuanto tiempo nos ocuparía nuestra conversación — le explico justificando los aperitivos que estaba disponiendo sobre la mesa.

Halfted no supo que decir al respecto, él no había previsto nada de eso.

Una discreta llamada en la puerta hizo que se volviera.

— Adelante — dijo inconscientemente respondiendo a la llamada.

Dos nuevos lacayos entraron en la habitación con las bebidas que Becca había solicitado con anterioridad.

— Gracias — les dijo despidiéndoles una vez las dejaron sobre una mesita cercana.

Los lacayos salieron tan en silencio como habían entrado.

Halfted aún no se había hecho una opinión sobre aquel extraño Club, donde Becca parecía sentirse tan a gusto, pero por ahora le gustaba. Se pregunto donde estaría Nusa mientras que su ama estaba en el Club, pero decidió no preguntar.

Becca se acomodo en uno de los sillones que había frente a la chimenea y Halfted la imito sentándose junto a ella.

Becca se volvió hacia él deseosa de acabar de una vez con esto y poder seguir con su

vida, fuera cual fuera tras su conversación.

— Responderé a tus preguntas si tú respondes a las mías — dijo Becca.

— Me parece justo — la respondió, ambos tenían mucho que explicar sobre sus actos.

Se miraron cara a cara unos minutos más antes de que Becca preguntara.

— Por qué me mentiste sobre quién eras en realidad.

Esa pregunta la había estado obsesionando durante semanas, desde que dejó Kentford aquella madrugada, no conseguía entender por qué la había ocultado que era el Conde de Halfted, un miembro respetado de la nobleza, según la habían informado, aunque no deseo profundizar en sus pesquisas para no llamar la atención sobre su persona.

— En realidad no lo hice, mi nombre completo es Michael Gibson, Conde de Halfted — la informo — solo omití parte del mismo.

— Sí, pero ...

— Oh, oh, he respondido a tu pregunta — la corto Halfted antes de que pudiera continuar — te toca responder a ti.

Becca frunció el ceño, disgustada, dispuesta a protestar, pero se lo pensó mejor.

— Está bien, que quieres saber.

— ¿Por qué?

— Deberás ser más específico — replico confundida.

— Está bien, ¿por qué adoptaste el papel de Dama Enmascarada?, ¿qué deseabas conseguir con eso?

No entender sus motivos era lo que más le había estado torturando todas esas semanas.

No podía imaginar que podía conducir a una dama de alcurnia, joven, bonita y soltera, aún elegible dentro del mercado matrimonial, a comportarse así.

Becca se tomó su tiempo antes de contestar, gracias a su regia educación como dama de la nobleza, pudo dominar sus impulsos, de gritar que nada de eso importaba ya, que en estas semanas en que habían estado separados había descubierto que sin él en su vida nada tenía sentido, que le amaba con todo su corazón.

En cambio, ocultó sus sentimientos y se volvió hacia él mostrándole a una mujer fría y serena dueña de sus actos.

— Quedarme embarazada — le respondió sin ninguna emoción en la voz.

Halfted se incorporó en su asiento totalmente rígido, le había utilizado y lo peor de todo es que para ese fin cualquiera le hubiera servido.

Sintió un peso en el corazón que le atenazaba, no había esperanza para ellos, todo estaba perdido. Se dejó caer de nuevo sobre el respaldo derrotado, la había perdido.

Becca le observaba atentamente desde su posición en el sillón de enfrente, esperaba que dijera algo, que se enojara, pero nada de eso sucedió.

— Durante muchos años creí que mi mejor amigo de la infancia me propondría matrimonio cuando mi padre faltara — continuó sintiendo la necesidad de contarle la historia

completa a fin de que la entendiera.

Michael se merecía saber por qué le había usado de tan vil manera, quizás con el tiempo pudiera llegar a perdonarla por su descaro.

— Pero no lo hizo — murmuro adivinando el resultado.

— No, yo pensaba que no deseaba cargar con mi padre enfermo y por eso lo retrasaba — menuda, estúpida, había sido, aunque eso no lo dijo en voz alta —. Estaba tan convencida de ello que cuando llego el momento de presentarme en sociedad, como el resto de las damas de mi alcurnia, y buscar un marido con quien formar una familia, me negué en rotundo. Yo ya había encontrado a mi futuro esposo, no tenía necesidad de exponerme como un juguete de feria ante los caballeros — le confesó molesta por lo tonta que había sido los últimos seis años — así que me centre en mis clases de pintura en el Club donde nos encontramos y en cuidar de mi padre y su patrimonio.

— ¿Y qué hizo él durante ese tiempo? — quiso saber Halfted curioso.

— Lo mismo de siempre, visitarnos con frecuencia y colmarme con sus atenciones — le respondió con sinceridad — Ser un amigo con el que siempre podía contar.

— Y con su actitud te mantuvo enamorada cada día más, dándote esperanzas que no cumpliría, menudo canalla — exclamo furioso con tal personaje, cuando supiera quién había sido el vil cobarde que la había engañado tendría unas cuantas palabras con él.

Entonces recordó que ya lo sabía gracias a Lord Kendall que lo había mencionado cuando fue a buscarla a su finca. Lord Morrison.

— En realidad no, él nunca dejó de comportarse conmigo como un amigo, nunca dio la más mínima insinuación de que deseara algo más que brindarme su amistad y apoyo a aquella pobre huérfana que cargaba con un peso demasiado pesado para sus jóvenes hombros — le confesó con amargura y aún dolida con él por no sacarla de su error—. Él nunca tuvo intención de algo más, todo fue fruto de mi imaginación y mi deseo de formar mi propia familia a su lado.

Halfted la observo no creyéndola del todo, las mujeres solían justificar los hechos injustificables ante los demás, si había verdadero cariño y amor entre ellos.

Eso era una de las muchas lecciones que Marian le había enseñado en el último año.

Daba igual lo que hiciera o dejara de hacer para ella, siempre sería su caballero de blanca armadura y sacrificaría lo que tuviera que sacrificar para ocultar sus defectos.

Tal y como había hecho, pensó Halfted cayendo presa de los remordimientos, no había podido hacer nada para evitar que Marian hiciera lo que hizo, pero quizás aún podría conservar a Rebecca a su lado.

— Cuando Lady Kendall me ofreció alejarme de Londres e ir a un lugar donde nadie me conocía, decidí tomar las riendas de mi vida y conseguir lo que en realidad siempre había querido, no un marido, sino un hijo — concluyo mostrándole su férrea determinación.

— ¿Y lo has conseguido? — la pregunto dándose cuenta por primera vez que ella podría estar embarazada de su hijo.

— Ya he respondido a tu pregunta, te toca a ti responderme — le recordó negándose a darle esa información, aún no estaba lista para eso.

— Muy bien, que quieras saber — claudico, ansioso por su respuesta, desterró sus nervios al fondo de su mente y se concentró en responderla.

CAPÍTULO 24

— ¿Por qué ocultabas tu título en Kentford y te comportabas como un empleado más al servicio de Sir Arthur? — le pregunto — No me imagino como alguien de tu alcurnia podría hacer algo así, tus motivos debían de ser muy poderosos para estar dispuesto a rebajarte de esa manera y durante tanto tiempo.

— En realidad fue idea de Sir Arthur, él pensó que el trabajo físico me ayudaría a descargar mi frustración y ocultar mi identidad, lo haría más fácil. Mientras me recuperaba de todo lo ocurrido durante mi última estancia en Londres — decidió ser claro al respecto, estaba ahí para acabar con las mentiras que ambos habían construido a su alrededor desde que se conocieron.

Becca le observo sin rechistar, ahora tenía más preguntas que antes, pero se obligo a permanecer callada y esperar que continuase.

Su paciencia casi se había terminado cuando él decidió continuar con su relato.

— Cuando estaba en mi último curso en Eton cometí la estupidez de yacer con una joven dama que viajaba con su familia hacia Londres — comenzó a contarle toda la historia, no deseaba darla muchos detalles de lo ocurrido, pero un simple resumen no sería suficiente para que entendiera —. Esa misma noche ella se quito la vida, dejando una nota donde me acusaba de haberla forzado para satisfacer mis deseos.

Michael se perdió en el danzar de las llamas, tratando de no sucumbir a los recuerdos.

— Convocaron a mi padre, quien se encargo de arreglarlo todo con la familia mientras a mí me retenían en mi habitación en el colegio. Hasta esa misma tarde que partimos para Halfted — la explico.

Halfted relajo los puños que no sabía mantenía apretados en un fuerte agarre sobre los reposabrazos del sillón. Tomo una taza y se sirvió café tratando de recomponerse, aún podía vivirlo como si fuera ayer y no más de diez años desde que ocurrió.

— Mi padre me explico que eran los Condes de Leinster que viajaban desde Irlanda con su hija a Londres en busca de un médico que pudiera tratarla — continuo, sin ninguna emoción en la voz —. Quien había dado síntomas de una gran inestabilidad emocional, al igual que uno de sus antepasados, quien termino tirándose por la ventana de la torre sur de su castillo.

— Madre mía — exclamo Becca sin poder contenerse por más tiempo — todo el mundo sabe que eso es un síntoma de locura, la cual pasa de padres a hijos.

— Exacto, por eso viajaban a Londres en lugar de buscar un buen médico en Irlanda que

la ayudara — la confirmo —. Los Condes le aseguraron a mi padre que la locura no había vuelto a aparecer en su familia durante generaciones y en el caso de que se supiera el estado de su hija mayor, el condado sufriría, así como su heredero.

Halfted tomo un largo trago de café antes de continuar con su relato.

— Por lo que decidieron encubrirlo para que la nobleza no los despreciara y castigara por su desgracia, en lugar de enfrentarse abiertamente a ello — termino por él Becca indignada —. Pobre muchacha, hoy en día se han hecho grandes progresos con este tipo de enfermos y hay muchos especialistas, así como tratamientos que consiguen una vida digna para los enfermos que la padecen.

Becca recordó a su padre hablarle de ello, él había estudiado a fondo esos avances e incluso algunos de esos pocos médicos que se atrevían a tratarla le habían visitado para consultarle en más de una ocasión.

Michael la miro a través de las pestañas con todo el cariño que albergaba en su corazón, esa mujer siempre acababa sorprendiéndole por su gran capacidad de comprensión ante los problemas ajenos.

Sacudió la cabeza levemente, tratando de salir de su ensoñación y con centrarse en lo que la estaba contando.

— Los Condes no desearon ninguna compensación por mi vil comportamiento, asegurándole a mi padre que no era la primera vez que se escabullía para retozar con algún mozo en los establos.

Esa era una información que no hubiese querido revelar sobre la joven dama, pero era necesario que Rebecca conociera todos los detalles, por escabrosos que fueran, si deseaba tener una oportunidad de hacerla su esposa y cada vez estaba más convencido de que necesitaba a esa mujer a su lado para sentirse completamente realizado, como hombre y como marido.

— Lo único que pidieron a cambio fue nuestro silencio y que nunca más se mencionara lo ocurrido.

— Supongo que era su forma de proteger a su heredero y al condado del escándalo — observo Becca pensativa — si se supiera que la locura está presente en su legado, nunca encontraría una esposa digna que concibiese al próximo heredero al título y este pasaría a un extraño o se perdería.

— Supongo.

La verdad es que Halfted nunca lo había visto de esa manera, pensó, para él simplemente quisieron tapar la vergüenza y el escándalo por el comportamiento de su hija.

Ellos sabían lo que podía ocurrir y aun así no fueron capaces de protegerla de sí misma, tal y como deberían haber hecho unos verdaderos padres.

Lo cierto es que siempre se había sentido como la víctima de esa fatídica noche y no como el villano, por lo ocurrido.

— Fue una desgracia que te vieras envuelto en semejante tragedia, pero eso no justifica lo que has hecho después de tantos años — le recrimino Becca sin ver la relación de sus actos con el pasado, por mucho que lo atormentara, tenía la sensación de que había mucho más que aún no la había contado, por lo que se propuso ser paciente y esperar a que estuviera listo para seguir

hablando.

Se levanto y se acerco a la mesa de la comida y se preparo un plato con un par de tartaletas de frambuesas, antes de regresar a su asiento frente a él. Comenzaba a tener hambre a pesar de las circunstancias, pensó sirviéndose una taza de té frío para acompañarlas.

Halfted la agradeció en silencio esos minutos que le estaba concediendo para que se recompusiera en lugar de instarlo a seguir con su relato.

— Hace cuatro meses, el joven Conde de Leinster apareció ante mi puerta exigiendo una compensación — trago saliva sonoramente, de repente sentía la garganta tan seca como el esparto — yo le robe a su hermana y él me robaría a la mía, tomándola como esposa y llevándosela tan lejos que nunca volvería a saber de ella y cumplió su palabra.

— ¿Qué?, ¿le entregaste a tu hermana? — le pregunto Becca encolerizada.

Halfted se volvió hacia ella asustado, se había puesto pálida, pero aun así parecía dispuesta a darle una buena paliza por ello.

— Por supuesto que no — la aclaro ofendido de que pudiera pensar eso de él — le eche de mi casa inmediatamente.

— Menos mal — suspiro, aliviada, parecía que por una vez no había juzgado mal el temple con el que estaba hecho un hombre.

— ¿Cómo has podido creer eso de mí? — la pregunto muy ofendido y enfadado, con ella.

Si no le consideraba un caballero decente que se comportaría con integridad, no tenía sentido seguir considerando que podría ser su esposa.

— Lo siento, me he equivocado tantas veces al juzgar el carácter de las personas que me importan que ya no sé qué pensar — Becca se regaña a sí misma por sacar conclusiones precipitadas — perdóname, por favor.

— Si eso es lo que piensas de mí, esta conversación carece de sentido — replico, no dejándolo pasar tal y como ella le pedía.

Becca acuso el golpe reconociendo su error, pero no sabía que más podía hacer, ya se había disculpado, para enmendarlo.

— Por favor, continua.

Halfted se tomo su tiempo antes de volver a tomar la palabra.

Se levanto y fue a por unos emparedados que devoró de un solo mordisco antes de volver a su lugar y apurar su taza de café, dándose tiempo a mitigar su enfado y que este no obstaculizara su conversación.

— Antes de marcharse me dio un ultimátum, si para el sábado, de esa misma semana, no estaba casado con mi hermana, acudiría a las autoridades y toda la sociedad sabría que era un asesino que forzó a su pobre hermana inocente antes de matarla.

Becca consiguió sofocar su grito de angustia en el último momento.

— Aun así, me negué a ello y le plante cara, nunca se la entregaría.

— Bien hecho.

— ¿De verdad?, yo no estoy tan seguro después de lo que ocurrió.

Becca observo como su semblante había cambiado y ahora estaba perlado de un profundo dolor.

— Marian siempre ha sido mi talón de Aquiles, una niña alegre que me idolatraba desde pequeña y a quien yo amo con toda mi alma — la confeso, sin ningún tipo de vergüenza por los sentimientos que albergaba su corazón —. Una mujer hermosa, con un gran futuro por delante, valiente y divertida, que podría haberse casado con quien quisiera — cerro los ojos para rememorar su sonrisa en su mente —. Mi mejor amiga, mi consejera, mi orgullo.

— Me gustaría conocerla alguna vez — murmuro Becca al ver la profundidad de sus sentimientos — tal vez seamos amigas.

— Daría mi vida porque nada de esto hubiera sucedido, pero sobre todo por el dolor que la he causado y que nunca me perdonara — dijo totalmente abatido.

— Podemos dejarlo aquí y continuar en otro momento cuando te hayas sobrepuesto — se atrevió a sugerir preocupada por él.

— No, acabemos con esto, no tiene sentido posponerlo más tiempo.

CAPÍTULO 25

Aun así, se tomo unos minutos para recuperar el control con la mayor imparcialidad de la que fuera capaz, no era el momento de derrumbarse y buscar su consuelo, aún no.

— Leinster comprendió que no conseguiría nada de mí con sus amenazas y muy sutilmente dejo caer algunos comentarios en los oídos adecuados, asegurándose de que Marian sabría de ellos — continuo —. No vi su jugada y no pude prevenir a Marian sobre ellos, ni siquiera quiso escuchar mi versión de la historia, creyó lo que la contaron y actuó en consecuencia sin consultar conmigo.

— ¿Qué quieres decir?

— Se fugaron esa misma noche y se casaron al día siguiente en Greta Green, desapareciendo de la faz de la tierra, no he sabido nada más de ella desde entonces — la confeso, derrotado — me está castigando por lo que hice, pero también ha renunciado a sus amigos, nadie la ha visto o sabido nada de la Condesa de Leinster desde sus nupcias.

— Por el amor de Dios — exclamo Becca enfadada con esa desconocida por lo que le estaba haciendo a su hermano con su silencio — o tal vez solo esté cumpliendo las órdenes del su tirano esposo — se la ocurrió de repente que ese podría ser el motivo de su silencio.

— Probablemente — fue todo lo que acertó a decir perdido en sus recuerdos.

— Por ello quisiste desaparecer tú también — concluyo Becca comprendiendo, por fin, sus motivos para ocultarse.

— En parte.

Becca se volvió a mirarle interrogante, se había equivocado de nuevo, cuando aprendería a no sacar conclusiones precipitadas, si no tenía todos los datos, se regañó de nuevo en silencio.

— Cuando Marian desapareció entre en shock, nada me importaba, salvo encontrarla, no prestaba atención a lo que pasaba a mi alrededor — continuo con la mirada fija en el fuego —. Apenas si recuerdo nada de aquella época — la confeso, avergonzado por haber permitido que sus sentimientos le dominaran, anulándolo como persona.

— Entiendo — susurro Becca y de verdad que lo entendía, ella misma había pasado por una época parecida cuando falleció su padre y descubrió que Lord Morrison estaba a punto de casarse con otra.

Escapar a Kentford y tomar las riendas de su propio futuro, gracias a Helena, fue lo mejor que pudo pasarla.

Hoy lo había superado y aunque su futuro era incierto y dependía totalmente de aquella

conversación, había logrado lo que se había propuesto con aquel viaje.

— Ciertas damas casamenteras y sus madres se dieron cuenta de mi estado emocional y decidieron que ese sería un buen momento para conseguir atrapar al Conde de Halfted, colocándolo en una situación comprometida que provocara el matrimonio con la dama con quien fuera descubierto — la explico cuáles habían sido los planes de cierta parte de la nobleza —. Incluso los padres o tutores de las hijas casaderas contribuyeron en ello.

— No he tratado mucho a la nobleza, pero cada día me alegro más de no haber entrado a formar parte del circo del mercado matrimonial que es la Temporada cada año — le confesó horrorizada con lo que eran capaces de hacer por conseguir un marido algunas mujeres.

— Esa es una de las muchas cosas que me gustan de ti — la dijo sintiéndose orgulloso de su forma de ser — nuestros pares no han logrado moldearte a su antojo, por lo que conservas ese grado de inocencia y determinación que tanto admiro en las personas que son libres para pensar y actuar según sus creencias.

— Nadie es completamente libre en realidad, todos estamos sometidos por la sociedad en la que convivimos y sus normas.

— Pero unos, más que otros, créeme. Y hemos perdido el valor de enfrentarnos a ello para conseguir lo que de verdad deseamos.

— Nos estamos desviando del tema — le recordó Becca.

— Tienes toda la razón.

Halfted se sirvió una nueva taza de café antes de continuar y tomo un buen trago.

— Un buen amigo mío se entero de lo que me esperaba y me advirtió justo cuando estaba a punto de entrar en el matadero, un palco del teatro — la aclaro al ver su cara de confusión — tras eso tome mi caballo y cabalgue directamente hasta Kentford.

Becca se lo imagino en plena noche cabalgando al galope, campo a través, con su traje de noche como si le persiguiera el diablo, no pudo evitar sonreír ante la estampa que se perfilaba en su imaginación.

Salir de Londres lo más rápido posible parecía ser una buena solución a sus problemas, pensó felicitándolo mentalmente por su decisión.

— Acudí a Sir Arthur, mi antiguo tutor, en busca de consejo — la confeso, sin avergonzarse por ello —. A él se le ocurrió que estar una temporada en el pabellón y trabajar en sus campos, con el fin de modernizarlos, me daría la oportunidad de superar la salida de Marian de mi vida, al tiempo que me alejaría de las damas que quisieran atraparme como esposo.

“Nadie te encontrará allí si dejas de ser el Conde de Halfted y te conviertes en un simple caballero”, me dijo y acepte.

— Y resultado, salvo por Lady Fanny — vio como arrugaba el ceño con disgusto ante su mención —. Si no llega a ser por Kendall que vino a inspeccionar el libro que encontramos, aún estarías allí disfrutando de la paz que te obligara a salir de tu retiro — se disculpo, se sentía culpable de que hubiera tenido que regresar al ser descubierto —. Al menos conseguiste tu objetivo.

— ¿Tú crees? — la pregunto con ironía —. Sigo desesperado por encontrar a Marian y estoy seguro de que las damas no han renunciado a su caza.

— Es posible que no, pero ahora vuelves a estar alerta para esquivarlas.

Becca lo oyó reír con sarcasmo y le miro sin comprender.

— Ningún hombre está nunca a salvo de semejantes arpías y pobre del que se piense que sí.

— No todas las mujeres actuamos tan vilmente — trato de defenderlas, era incapaz de creer que todas las damas de la nobleza tuvieran tal falta de honor y orgullo.

— Es verdad, perdonadme — se disculpo reconociendo que tenía razón, no todas las damas que conocía eran tan despiadadas — pero son tan escasas que cuando las conocemos queremos mantenerlas en nuestra vida de una manera u otra.

Becca le miro confundida sin llegar a comprender a qué se refería, las convertiría en sus amantes, se pregunto llena de dudas.

— Tengo grandes amigas que son mujeres y a las que nunca me he llevado a la cama — la explico al ver la confusión reflejada en su rostro —. También es verdad que la mayoría están casadas con grandes amigos míos, pero algunas también están solteras y buscando esposos.

— Pero no te interesan para convertirlas en tu esposa.

— No las veo de esa manera, ni ellas a mí, tampoco — la aclaro — salvo una a la que quizás la dejara que me arrastrara a la vicaria si me lo propusiera.

— Oh — fue todo lo que pudo decir.

Becca deseaba ser esa mujer, después de la noche anterior, ahora con todas sus dudas casi despejadas, deseaba más que nunca ser su esposa, acompañarle en la búsqueda de su hermana, ser su fuerza cada día en que se apoyara para seguir adelante, ser su amiga, ser su amante.

Formar parte de su vida y que él la formara de la suya.

Halfted se obligo a mostrarse indiferente, Becca era una mujer inteligente, la daría algo de tiempo para ver como reaccionaba a sus últimas palabras, a que las asimilara y actuara en consecuencia.

Ella era una mujer decidida, capaz de hacer algo así, si de verdad le interesara.

Pero en silencio, rogaba a Dios para que lo hiciera. Se había prometido así mismo que no la impondría su voluntad y aunque le costara perderla cumpliría su palabra.

Becca no dejaba de darle vueltas en su cabeza a las últimas palabras de Halfted, había una dama, a la que quería hacer su esposa y ella deseaba ser esa dama con cada poro de su piel.

Sería lo suficientemente valiente como para preguntar y arriesgarse a su rechazo.

Comenzó a removerse en su asiento, nerviosa, tenía que hacerlo, no podía pasarse el resto de su vida preguntándose que hubiera respondido, de haberse atrevido a preguntar.

Además, tenía que preguntar, el futuro de la vida de alguien más estaba en juego, se acaricio distraída su vientre incipiente al tiempo que tomaba varias respiraciones profundas tratando de calmarse.

Se volvió hacia él y le miro, no era tan guapo como Lord Morrison, pero pocos hombres podían aspirar a serlo, pensó comparándolos, pero era el hombre que su corazón había elegido y su cerebro había secundado.

Sería feliz a su lado, aunque él nunca llegara a amarla como deseaba que lo hiciera, sería un buen marido que la trataría bien y un buen padre para su hijo.

Tal vez con el tiempo llegara a tomarla cariño.

— ¿Os casaríais conmigo, Lord Halfted? — murmuro con un débil hilo de voz cargado de determinación.

Halfted se volvió despacio para mirarla recorriéndola de arriba abajo, parecía una niña asustada lista para salir corriendo.

Quiso alargar un poco más su respuesta, saborear ese momento y comenzar a construir recuerdos de su vida juntos, pero temió que se levantara y lo dejara solo antes de haber respondido.

— Lady Rebecca Penton será un honor para mí convertirme en su esposo — la dijo con toda la solemnidad que pudo reunir.

Becca soltó la respiración que no sabía que estaba manteniendo y se levanto de un salto para sentarse en sus rodillas. Tomo su cabeza entre sus manos y le beso con todo el amor y la pasión que albergaba su corazón.

Había dicho sí, iba a ser su esposa, aún no podía creérselo.

Halfted no pudo hacer nada más que responder, sorprendido por su asalto, con la misma pasión y amor que recibía.

— ¿Cuándo? — le pregunto cuando la necesidad de respirar la obligo a separar sus labios de los suyos.

— No estoy dispuesto a esperar más de lo que tardemos en llegar a la vicaria más cercana — la respondió sacando de su bolsillo la licencia especial, que había recogido esa misma mañana del despacho de sus abogados antes de ir al Club.

— Hombre cruel — le regaño al ver de que se trataba, rompiendo a reír radiante de felicidad.

La amaba, no era necesario oírle decir las palabras.

Su corazón sabía que la amaba.

FIN

Biografía:

Nacida en 1969, soñadora, romántica empedernida y amante de su familia, vive junto a su marido y sus dos hijas en una zona rural, rodeada de bellos paisajes, en un pueblecito medieval cargado de historia que la sirven de inspiración.

Amante de las historias ocultas en la historia y de las leyendas urbanas que se transmiten de generación en generación, comenzó a coleccionarlas durante su adolescencia.

Sus primeros pasos como escritora fueron una colección de poemas, “Sueños de Poeta”, más tarde escribiría dos novelas cortas y algunos fanfiction, relatos y cuentos que compartiría por Internet.